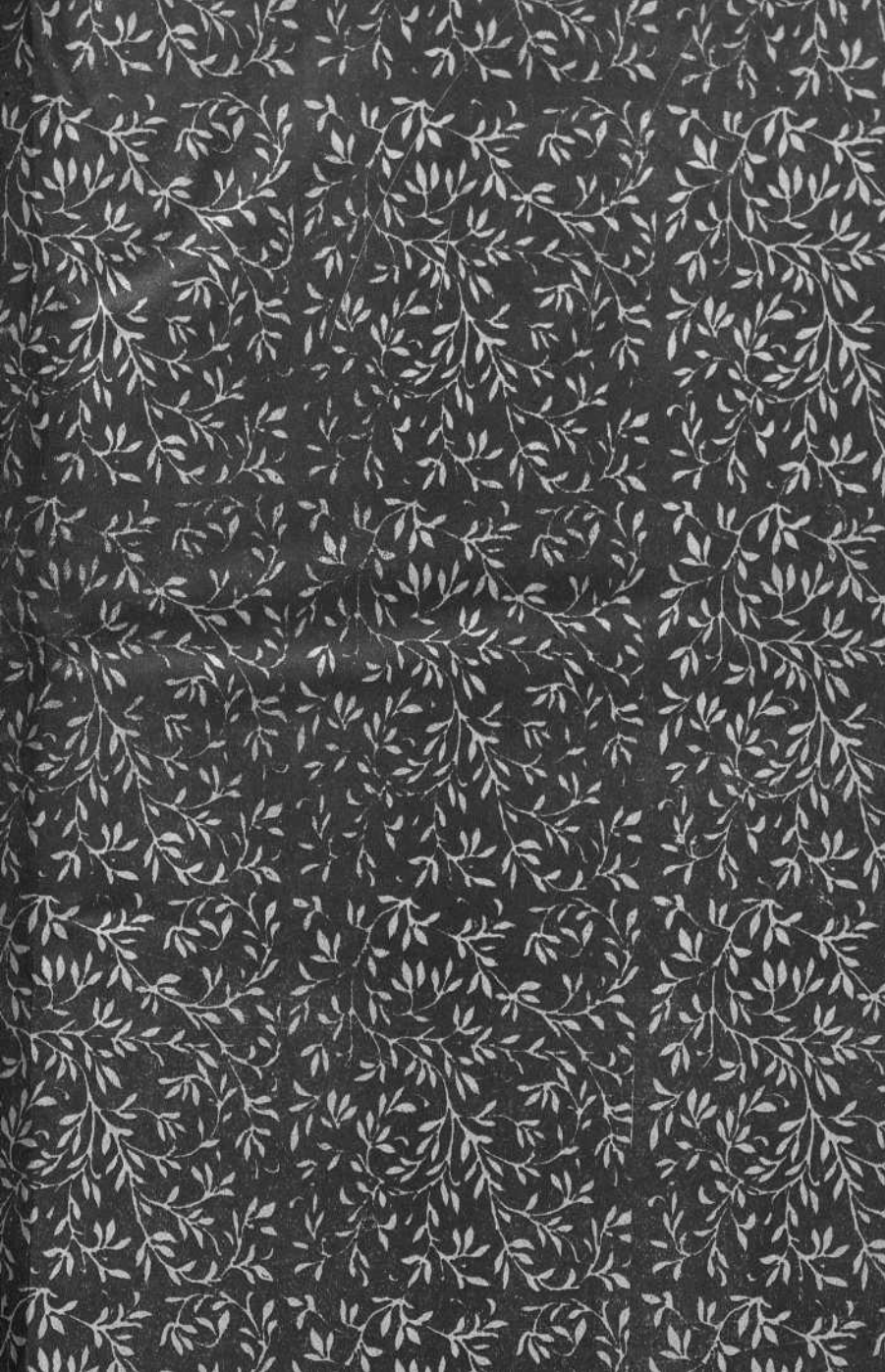
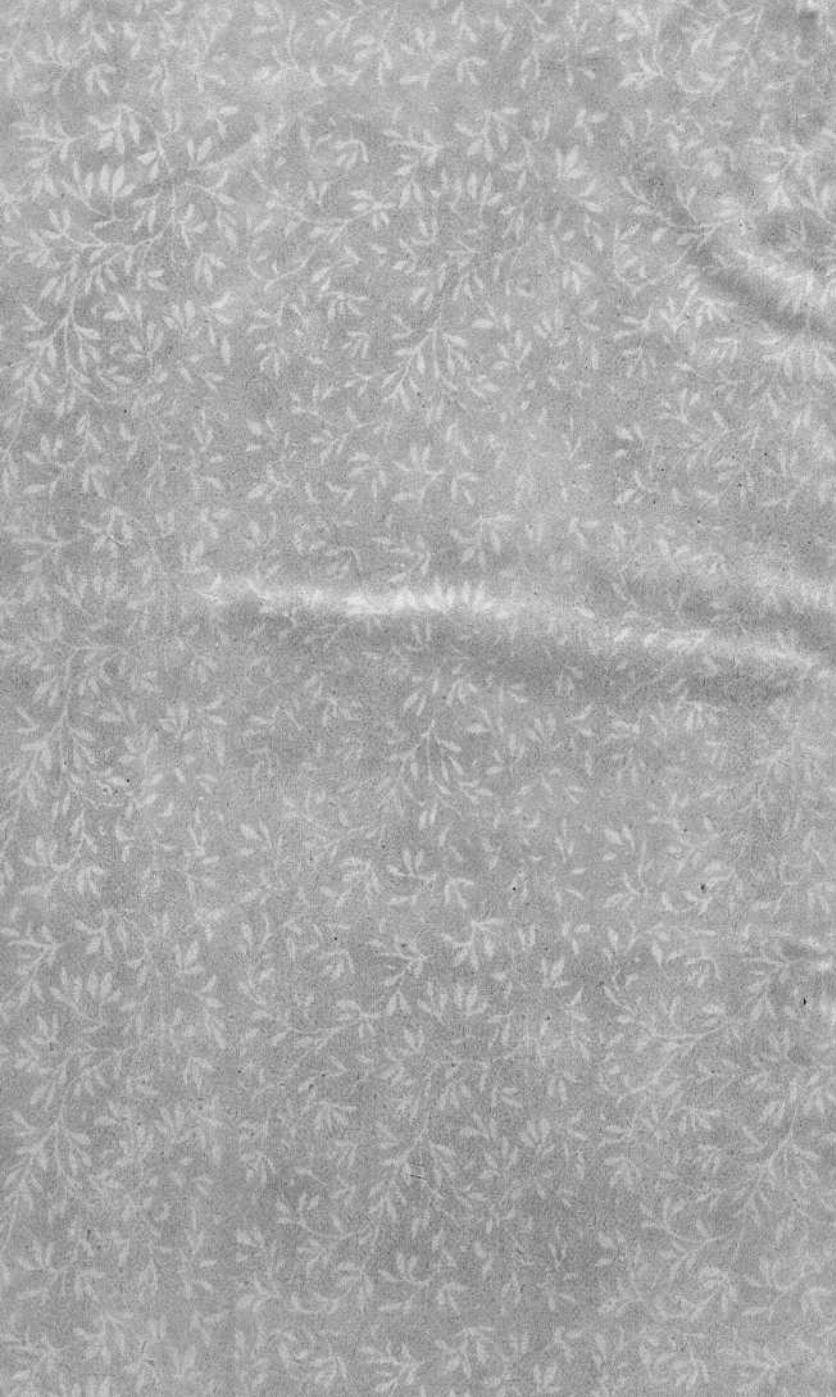


1871

1871











TOMAS ORTIZ RAMOS

...de la sangre del
toro...





THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637

IMPRESA C. GIBERT
Nueva de San Francisco, 25
:: BARCELONA ::

DEL MISMO AUTOR

DE LA SANGRE DEL TORO

DEL MISMO AUTOR

UNA HISTORIA VULGAR	(Novela)	Agotada
TODO POR NADA.	»	»
LA ALEGRIA DEL AMAR	»	»
NENA CLEMENTE.	»	
NOVIOS SIN SABERLO.	»	
INTERVIENE EL AZAR.	»	
EROTICOS Y SENTIMENTALES ..	(Cuentos)	
CONFESIONES DE MUJERES . . .	»	
DEL IMPLACABLE AMOR.	»	
A LOS CUARENTA Y TANTOS AÑOS DE VER TOROS.		
(Recuerdos de mi vida de aficionado)		



Tomás Orts - Ramos

De la sangre del foro

(NARRACIÓN NOVELESCA)



EDITORIAL «LUX»

CONSEJO DE CIENTO, 347

BARCELONA

1928

Tomás Ors-Ramos

De la sangre del toro

Propiedad registrada



EDITORIAL ELIZ

CORRALO DEL TRONCO 24

BARCELONA

1938

DEDICATORIA

Al amigo desconocido,

De ordinario más tolerante, indulgente y comprensivo que los amigos conocidos, acaso porque éstos esperan de nosotros mucho más de lo que podemos dar, o porque todo siempre les parezca poco, aun en el supuesto de que les demos mucho.

EL AUTOR

I

En Bernia, villa mediterránea, donde me crié, por espacio de unos cuantos años, los primeros de mi vida, yo no tuve más nombre que el de «el hijo de la viuda»; y por lo que más tarde llegué a saber, pocos con más motivo y fundamento han podido llamarse así, pues la viudez de mamá, según malas lenguas, tenía ya dos años de fecha cuando vine al mundo.

Parece ser, hablo por referencias, que el matrimonio de mi madre sólo tuvo de duración efectiva veinticuatro horas escasas. Hoy, a eso de las diez de la mañana, se celebró la boda, y al otro día, a eso de las seis, desaparecía el novio, que ya era esposo, sin dejar rastro ni señal en su huída.

¿Qué había ocurrido?

Soy el menos llamado a hacerme eco de chismes y cuentos de vecindad de los que queda medianamente parada, nada más, la honorabilidad de mamá; y de no haberme impuesto la obligación de decir toda la verdad en esta narración que de mi vida ejemplar he emprendido, seguramente pasaría por alto detalles que a los suspicaces tal vez se les antojen unos escabrosos y otros desfavorables, pero más bien quiero verme desconceptuado por sincero, que enaltecido por hipócrita. Decía, pues, que la desaparición de papá dió origen a las más temerarias suposiciones todas en demérito de mamá, y cumplo así con mi deber de narrador imparcial; mas esa misma imparcialidad me obliga a consignar que no todos sus convecinos juzgaron pecadora a mi madre, y es de señalar que persona de tanta austeridad y solvencia moral como el capellán beneficiado del pueblo, que la conocía a fondo por haberla criado en su casa, en la que mi abuela ejercía funciones de ama de gobierno, al ascender a ecónomo en la villa de Bernia, se la llevó consigo, jubilando a la madre que con otra niña de unos tres años, mi tía Laureta, se trasladó a la corte a desempeñar el importante cargo de portera en un establecimiento benéfico donde, amén del sueldo, casa, luz y calefacción, tenía más de lo que precisaba para la olla cotidiana con las rebañaduras de la general, y todas las facilidades para dar a su retoño una educación esmerada, pues de una casa donde la recibían jóvenes descarriadas se trataba; y aunque, naturalmente,

mi tía, muy niña por entonces aún, no se había descarriado todavía, no por eso dejaba de aprovecharse de las morales enseñanzas de que las otras eran objeto, y de las inmorales que las propias corrigendas, con las que estaba en constante comunicación, le proporcionaron, con lo cual su educación fué integral y pudo ser más tarde una mujer de provecho, con no poco para mí, como tendrá el lector ocasión de comprobar si toma con paciencia, no hablo de gusto, esta historia que para su edificación estoy recapitulando.

La prebenda que mi abuela disfrutaba al Padre Jaime la debía, y tan decidida protección por parte de sacerdote de las virtudes de Mosén Jaime Nuria, el P. Jaime como todos le llamábamos ¿no es la mejor prueba de que a ella se habían hecho acreedoras, lo mismo mi madre que mi abuela?

Además, cuando mi madre se casó no había cumplido los diez y seis años; una parte de ellos transcurrieron en casa del entonces beneficiado, que primo, en no sé qué grado, de mi abuelo, de éste hizo un celoso sacristán de la parroquia, y de su esposa una excelente ama de gobierno para uso particular, cargos que desempeñaron con general satisfacción, él hasta que tuvo la mala ocurrencia de morirse, y ella hasta un año después, que fué cuando mi madre estuvo en condiciones de reemplazarla: ¿cómo, pues, podían tener fundamento las habladurías de las gentes respecto a las causas que determinaron la fuga de mi padre?

Lo cierto es que éste se fugó al día siguiente de la boda, dando con ello pábulo a las más arbitrarias suposiciones, y que ya no se volvieron a tener noticias suyas hasta pasados más de catorce meses, en que, según parece, una carta de mi abuela puso en conocimiento del P. Jaime que en Madrid había dado señales de vida el prófugo, presentándose en casa de su suegra arrepentido y contrito en demanda de una reconciliación, que, para evitar explicaciones y comentarios, pedía que se hiciera en la Corte. No puso el respetable y bondadoso ecónomo el menor obstáculo, y provista de su bendición y de los fondos necesarios, a Madrid voló la enamorada e indulgente esposa, de donde regresó al cabo de un año aproximadamente, porque por segunda vez la había abandonado el marido veleidoso y ahora con la agravante de dejarla con un rorro en brazos.

Como se ve, los hechos no podían estar más claros. Pues, para la gente maliciosa y comadrera, tan falsa era la reaparición de mi padre como su nueva desaparición, por la razón sencilla, afirmaban, de que ya por aquellas fechas llevaba meses de fallecido en tierras de América el buen hombre; y todo lo hecho y dicho sólo tenía por objeto legalizar y justificar mi venida al mundo.

Afortunadamente hay una ley que vela por los ciudadanos y gracias a esa ley, yo, Juan de Dios Pérez y López, hijo legítimo de Pedro Pérez y Carmen López, he venido gozando de todos mis derechos, entre otros el de heredar la poca hacienda que

mi padre poseía, cuando pasados los años preestablecidos sin tener noticias suyas, legalmente se le consideró como definitivamente muerto.

En Bernia, pues, se me llamaba el «hijo de la viuda» con una cierta reticencia, pero me acostumbré tanto a la reticencia y a ese mote que, como la cosa más natural del mundo, los admitía, ignorante como estaba de toda la maldad que en llamármelo ponían. Contaría unos diez o doce años de edad cuando para mis amiguitos dejé de ser «el hijo de la viuda», para convertirme en *Oremus*, remoquete que debí a mi oficio de monaguillo, al decir del ingenioso que me rebautizó de ese modo, porque Mo-sén Jaime parecía dirigirse a mí exclusivamente cuando invitaba a todos a la oración; pero casi con seguridad porque es tradicional que los monaguillos carguen con un apodo que huelga a iglesia.

—Tú te llamas Juanito Pérez—aseguraba mamá en un tono enfático y de convicción—y no quiero que te dejes llamar Oremus.

Pero tampoco quería antes que me llamasen «el hijo de la viuda»; y no por eso lo pudo remediar.

—Ya se cansarán—afirmaba a su vez el P. Jaime, conciliador y filósofo.

Francamente, a mí me era igual que me diesen un nombre u otro, y hasta me parecía más conforme con mis gustos y aspiraciones el de Oremus que el de Juanito Pérez. Juanito Pérez había seis lo menos en Bernia; Oremus era yo el único, y desde pequeño me ha agrado distinguirme. Además, el

ser Oremus representaba para mí no sólo el ejercicio de funciones que me daban una cierta importancia entre mis amiguitos, sino también la iniciación en la carrera eclesiástica a la que estaba destinado por la voluntad de Mosén Jaime y con anuencia de mi madre, que en la vida sacerdotal veía la suma y compendio de todos los bienes, en este valle de lágrimas primero, en el de Josafat más tarde, pues así la consideraba de buena para el cuerpo como para el alma, y de útil en ambos valles. Por lo que se refiere a lo material y terreno nadie mejor que ella para saber a qué atenerse. Al fin y al cabo, a la sombra de la abadía había crecido y medrado y de no pocas de las ventajas y consideraciones que el sacerdocio proporciona había disfrutado. Claro que, no hay felicidad completa en la tierra, y en más de una ocasión la oí lamentarse de una mal disimulada hostilidad de que era objeto por parte de ciertas vecinas suyas, cuyas solapadas insidias no escapaban a su penetración; pero aparte de que, como decía el P. Jaime, no hay posibilidad de poner freno a las lenguas maldicientes cuando la envidia y el resquemor las mueve, si cuatro mujerucas le arrancaban túrdigas, eran cuarenta las que le bailaban el agua, se disputaban su amistad y la colmaban de lisonjas y agasajos, quizá porque estar bien con ella era estar bien con el señor cura, y estar bien con el señor cura era estar bien con Dios. Esto, naturalmente, lo malicio yo ahora, al reconstituir los hechos; cuando ocurrían, no

recuerdo que me sugiriesen ni éstas ni otras deducciones, limitándome a encontrar muy bien que a tan buena y linda mamá la halagasen y por el contrario muy mal que la molestaran y mortificaran:

Camino del presbiterio, pues, se enderezaban mis pasos, y aunque no siempre era llano, con todo el celo de que era capaz procuraba allanármelo el P. Jaime embutiendo en mi sesera más latín del que en ella cabía, con su poquito de geografía, otro tanto de historia y la retórica correspondiente; un médico tomó por su cuenta trasladarme cuantas ciencias había acaparado en su larga vida, y de ese modo, uno tras otro, los cursos del bachillerato fueron aprobados, previo el viaje cadañero a Alicante en compañía de Mosén Jaime. Y allí unos señores muy serios, muy tiesos y envarados, pero en el fondo unas bellísimas personas, acababan siempre por dar por bueno lo que el señor cura y el señor médico me habían enseñado, con lo que mi regreso a Bernia, después de tan dura prueba, más que de orgullo me llenaba de alegría. Eran los meses de vacaciones los que me aguardaban en el pueblo, era el verano con sus días interminables en los que todas las correrías, todas las travesuras, todas las hazañas, eran posibles. Cuatro veranos, cada uno que venía más hermoso, abriendo nuevos y más dilatados horizontes a las empresas que en mi deseo de acción se me ofrecían tentadoramente, cuando he aquí que aconteció el hecho que había de señalar la verdadera vocación de mi vida...

Si a mí no me constase por ciento y un ejemplos y las repetidas pláticas de Mosén Jaime que la Providencia se vale de los más intrincados caminos para conducirnos a nuestro destino, la verdad, yo no sabría a quien achacar mi ingreso en la cofradía taurina, nacido y criado en país tan mocho como el mío—quiero decir sin cuernos—y educado con miras tan alejadas de la tauromaquia que nada menos que a la teología, como ya se sabe, apuntaban mis aspiraciones, reales o ficticias, lo que para el caso es igual; pero la Providencia fué, sin que haya manera de dudarlo, la que dispuso que a Bernia recalase, tras largos años de ausencia, un carabinero retirado con su familia y de ella formase parte Rafael Matillo, el *Carabinero*, unos cuantos años mayor que yo, y que por tierras de Andalucía, por la serranía de Ronda, se había sentido acometido de fiebre torera, y al decir de él ya nada le faltaba para torear con picadores. Entre tanto, cuando el tiempo lo permitía y sin ninguna clase de permiso de la autoridad paternal que parecía ser la más competente, un buen día faltaba a la lista en su casa, y a trotar por esas carreteras de Dios se ha dicho, con el capotillo y la muleta por todo equipaje y la imaginación poblada de sueños de grandeza, útiles y serviciales compañeros de viaje en esos de itinerario vago e impreciso.

Ignoro qué fuerza de sugestión pudo tener para mí el relato de tales andanzas en boca de mi nuevo amigo, ni qué encanto llegué a descubrir en los

azares de una vida a salto de mata, para que desde la primera insinuación me hallase dispuesto a formar parte de su cuadrilla, sin que justificase tamaña determinación—que traía aparejado el enorme disgusto que con ello ocasionaría a mi madre y la mucha contrariedad que había de producirle a Mosén Jaime—ni siquiera el deseo de ser torero, eso que enfáticamente llaman «la afición», los tocados de la gracia, pues mal podía desear lo que me era completamente desconocido. El toro es en mi país un animal poco menos que fabuloso; corridas de toros se celebraban dos o tres al año en la capital, y no hay que decir que ni se me había ocurrido el que yo pudiese presenciarlas. Pero indudablemente *Carabina* me comunicó, si no el entusiasmo por el toreo, en primer lugar el que él sentía por ese vivir libre y aventurero del que las penalidades se convertían en su narración en lances amenos y graciosos, y en segundo, su ambición de fama y riquezas fácilmente realizable; tan fácil, que para ganar miles y más miles, coches y caballos, casas y haciendas, el amor de las muchachas más bonitas, la amistad de las personas principales, bastaba con media verónica, ni una entera precisaba, un buen volapié, que eso lo daba cualquiera, y dos o tres tonterías más por el estilo.

—¿No te atreverías tú?—me preguntaba mi maestro e inductor, dándole tan poca importancia a todo aquello, y al propio tiempo mirándome con ojos escrutadores que trataban de investigar has-

ta qué punto podía fiar en mi temple, que un poco por jactancia y otro poco porque había acabado por adquirir la misma seguridad que *Carabina* afectaba respecto a lo hacedero del programa, le contestaba con un aplomo que yo era el primero en admirar:

—¡Figúrate!

Y me encogía de hombros desdeñosamente.

Quizá exageraba yo un poco la nota algunas veces, pues mi amigo no podía disimular que le mortificaba aquella brava actitud mía, pero medía sus palabras por temor a desalentarme, pues en que yo fuese su compañero de excursión aquella temporada parecía tener el mayor interés.

—Te advierto que algunas veces lastiman los toros, y que hacerles eso que a mí ya no me parece nada, por lo hecho que me lo traigo, a ti te va a costar lo tuyo al principio. No quiero equivocarte, para que luego no creas que te he querido engañar. Con el toro pasa lo que con todo, que unos sirven y otros no. Pero a mí se me ha metido en la cabeza que tú vas a ser buen torero, que vas a comer del toro, ¡vaya!

Si a *Carabina* se le había metido semejante idea en la cabeza, una cabeza no muy grande y de no fácil acceso, por lo que referente a otras ideas había tenido yo ocasión de comprobar, que se me metiera a mí, a nadie puede sorprender, porque al fin y al cabo no dejaba de ser halagador para mi vanidad eso de que iba «a comer del toro», es decir a ver realizado el programa que tantas veces me había

expuesto como señuelo y tentación a mis instintos mucho más seculares que eclesiásticos.

Sobre todo lo de que tendría tantas novias como quisiera, yo que ya por entonces las tenía de diario y de fiesta, diurnas y nocturnas, en el pueblo y en el campo, unas porque me gustaban y otras porque yo les gustaba a ellas y me habría parecido un pecado desairarlas; eso de las novias me entusias mó y me conmovió. Cada cual tiene su debilidad. La mía, desde muchacho, desde la época a que ahora me estoy refiriendo, ha sido la mujer. En esa época, naturalmente, no era la mujer el objeto de mis ansias, eran las chiquillas y sino las que me gustaban más, por lo menos con las que me atrevía, como antes he dicho, y las que se atrevían conmigo, pues de todo había. En eso del amor todos tenemos nuestra teoría; yo creo que el hombre normal se enamora, o si no está bien eso de «se enamora», se inclina hacia aquella mujer que le parece más asequible. Entre dos que le agraden, prefiere desde luego a la que se le antoja más fácil de alcanzar, o menos difícil de aproximarse a ella. En aquel tiempo de que estoy hablando, no dudaría en afirmar que no era deliberada y consciente mi predilección por las chicuelas, pues la misma atracción ejercían sobre mí las mayores que las menores, pero aunque unas y otras hacían nacer en el fondo de mi ser un vago anhelo, un afán inconsciente, que me impulsaba a buscar su trato y roce, con las muchachitas de mi edad, era más franca y leal mi acome-

tividad y mucho mayor mi intrepidez con aquellas que me buscaban que con las otras que buscaba yo. El temor de que éstas se enfadasen conmigo me retenía; y como de las primeras no me preocupaba su enojo, me mostraba decidido y emprendedor, con grave daño de sus brazos y piernas, pues en pellizcarlas bárbara y cruelmente experimentaba un goce que no cambiaba por el de besarlas sino a regañadientes, accediendo a veces a su propia demanda, cuando para librarse de mis dedos martirizadores me ofrecían esa compensación. No me sería posible ahora afirmar que fuese realmente un placer para mí el amoratar las carnes suaves y lustrosas de mis amiguitas y hasta juraría que en hacerlo sólo existía como un desahogo de no sé qué furia contra mi mismo, que sentía muy otros deseos y únicamente me atrevía a los pellizcos, pues me hubiera avergonzado revelar por un estúpido pudor, por un insensato respeto que las propias interesadas me estimulaban a perder, lo que yo de ellas apetecía.

Ocurría esto cuando tenía de catorce a quince años, y era ya, por mi desarrollo, un mocito espigado, y por otras circunstancias que concurrían en mi persona, y de las cuales no estaría bien que yo hablase, entre todos los chicos del pueblo el preferido de las chicas.

Al final de este período fué cuando *Carabina* me levantó de cascos. Sólo me faltaba un año para acabar el bachillerato, y según él mi aprendizaje de

torero no sería un obstáculo para mis estudios, toda vez que las capeas a que teníamos que asistir se celebraban durante el verano y para el comienzo del curso ya estaríamos en Bernia de regreso.

Pero había que resolverse pronto.

¡Y tan pronto!... ¡Ya estaba resuelto!...

—Si tú pudieras reunir unas pesetas—me propuso—tomábamos el tren en Alicante y cuando vieran a darse cuenta ya estábamos nosotros en la Mancha.

Unas pesetas...

No era difícil para mí apoderarme de unas cuantas. Sabía yo perfectamente dónde las guardaba mamá, y tan seguras creía tenerlas que no tomaba la menor precaución para preservarlas de manos extrañas y con más motivo de las mías.

De unos cuantos billetes que había en una cartera que guardaba mi madre en el armario de la ropa buena, me apoderé de dos modestamente, y al otro día, con el pretexto de pasarlo en el campo, me reuní muy temprano con *Carabina* y tomamos ambos la carretera de Ifach, con dirección a Albir para esperar allí la diligencia.

La emoción que el pecado grave que cometía me causó, evitóme casi la que el alejarme de mi madre me habría producido en cualquier otra circunstancia. Lo que en aquellos momentos constituía mi única preocupación era verme a la mayor distancia posible de Bernia, y para lograrlo apretamos el paso.

II

Así que traspusimos la loma, tras de la cual, en el fondo del valle quedó oculto el pueblo de cara al mar, y nos consideramos ya un poco más en seguridad, *Carabina* se detuvo un momento para preguntarme:

—¿Has podido coger dinero?

—Estos dos billetes—le respondí sacándolos del bolsillo de la chaqueta donde los había guardado sin pararme a mirarlos.

Eran de cien pesetas; una fortuna, según mi *mataor*, que nos permitiría hacer el viaje pronto y bien. Pero entre tanto, al cabo de un par de horas de caminata, el calor de julio y el polvo de muchos meses de sequía acumulado en la carretera, nos tenían rendidos y sofocados, especialmente a mí, menos acostumbrado a semejantes trotes y fatigas.

Hasta los árboles que bordeaban el camino, cuanto más avanzaba el día más nos regateaban su sombra, que iba replegándose y acabó por encogerse alrededor de los troncos cuando mayor necesidad sentíamos de ella.

Era muy pronto para arrepentirme; pero algo en

mí me decía que no era mi gusto el que me impulsaba a continuar y me impedía retroceder, sino más bien el amor propio el que me sujetaba y contenía por parecerme indigno de un hombre, como yo pretendía ser, desalentarse tan rápidamente porque el sol abrasase y el polvo cegara y asfixiara. ¡Qué habría pensado de mí *Carabina!*

Una vez más un falso concepto de la dignidad constreñía a un mentecato a persistir en su majadería.

Pero es que sin duda más duras pruebas me tenía reservadas el Destino, y no había manera de eludirlas.

A ratos descansando y otros procurando distraernos con un diálogo que cuando no era con fines docentes resultaba amenísimo por las salidas y agudezas de mi compañero, íbamos alejándonos de Bernia y aproximándonos a Albir, donde pensábamos tomar la diligencia—el ferrocarril estaba entonces en proyecto nada más—de Alicante.

Carabina, que era en el fondo un buen muchacho entonces, con esa picardía superficial que en la existencia golfa a que su desmedida «afición» le empujaba había adquirido, pero que no consiguió malearle, tenía ingenio y talento natural, pero era tanta su ignorancia que ni siquiera sabía, excluída la tauromaquia, que no sabía nada de nada, o para decirlo con mayor exactitud, nada de nada como los demás lo sabían, pues a su manera su saber era enciclopédico, y para su uso había inventa-

do una geografía, una historia, una física, una mecánica, un derecho, etc., que sólo por casualidad tenía a veces un remotísimo punto de contacto con esas ciencias y saberes, tales como por el estudio se aprenden. En él era la intuición la fuente del conocimiento y el «sentido común» la piedra de toque por la cual era preciso que pasasen las cosas antes de ser aceptadas como reales y verdaderas. Y claro, *Carabina*, como la inmensa mayoría de los hombres, llamaba *sentido común* a su *sentido particular*, y aquello que no comprendía no tenía «sentido común».

—Pues, tú, figúrate—me había dicho una de las veces en que yo me quejaba del calor—el que estarán pasando ahora los que vivan en el Polo sur.

—Hombre, en el Polo sur, si hay algún habitante por allí, lo natural es que esté tiritando de frío—le contesté con un tonillo de suficiencia a que mi casi bachillerato me daba derecho.

—Oye, oye...—empezó a decir y vaciló en seguida, como si por aquella vez, ante mi sonrisa indulgente y compasiva, dudase de su «sentido común» que fué indudablemente el que le sugirió, que el Polo sur era como imaginó el poeta, el Polo ardiente, revelando, en esta ocasión por lo menos, que su sentido era común... de dos—. ¿No es el Polo norte donde hace frío?

—También.

—¿Cómo también? Si en el Polo norte hace frío, en el sur no lo puede hacer.

Le desengañé no sin trabajo, y concluyó por ceder.

—Pues ya ves, yo creía que cuanto más al sur más calor hacía.

—Hombre, eso es según de donde arranques. Para nosotros, cuanto más bajamos hacia el sur, más calor encontramos; pero para los del hemisferio austral, es al revés. Al norte es donde han de ir en busca de calor.

—¿Y es el mismo norte nuestro?—preguntó el presunto as del toreo, candorosamente.

—¡Pero qué borrico eres, *Carabina!*

—Claro que no soy tan instruído como tú; pero me parece que mi pregunta no es ninguna tontería, y que tiene sentido común, si es que hay sentido común. Si hay gente que encuentra frío en el norte y otros encuentran calor, o hay dos nortes o...

—No, hombre, no—le interrumpí yo haciéndole el primer favor, pues había iniciado un titubeo que comprendí perfectamente—. La zona calurosa es el Ecuador, que es la línea que pasa por el centro de la tierra, y naturalmente, esa línea la tenemos nosotros al sur, y los de Buenos Aires al norte. ¿Comprendes ahora?

—Hubieras empezado por decir que la tierra tiene calefacción central, y en seguida nos hubiéramos entendido—me contestó *Carabina* con un gesto desdenoso de hombre superior al que se le ha hecho perder miserablemente la preciosidad de su tiempo.

Me eché a reír y se me quedó mirando él un poco

receloso como si no estuviera seguro de haber dicho una cosa «con sentido común», pero así que se dió cuenta de que yo me reía porque me había hecho gracia de verdad su respuesta, desarrugó el entrecejo y se rió conmigo de buena gana.

Polvorientos y despeados llegamos a Albir, ocupamos nuestros asientos en la diligencia, que no parecía sino que nos esperaba a nosotros para arrancar, y a eso de las cinco de la tarde ya estábamos en Alicante.

De Alicante para arriba empezaron mis fatigas de veras, no tanto por los malos ratos que pasamos, como porque los buenos no me lo parecieron tanto que compensasen de todo aquello que había dejado detrás y que en seguida eché de menos. Me refiero a las comodidades y atenciones que en mi casa disfrutaba y de las que me costaba ahora gran trabajo prescindir.

Con un poco más de experiencia de la vida y de conocimiento de mí mismo, pronto me hubiera convencido de que todo aquello no era para mí, pues carecía de esos entusiasmos, de esos ardorosos estímulos que hacen llevaderos los trabajos, privaciones y sinsabores, amén de los riesgos, que para espíritus aventureros, impulsados unas veces por la ambición, otras por una necesidad de acción irrefrenable, eran los alicientes mayores, el acicate que los espoleaba, aumentando con las dificultades, con las penalidades, el encanto de la lucha que con el sino habían emprendido.

Yo, que no tenía experiencia ninguna de la vida y lo ignoraba todo con respecto a mí, me limitaba a juzgar la conducta de mis compañeros como una insensatez; a deplorar y lamentarme por haberme dejado arrastrar por las sugestiones de *Carabina*, el que acabó por ser para mí la representación genuina de las «malas compañías» de las que la prudencia y sabiduría de Mosén Jaime había procurado siempre apartarme, presentándomelas como la más nociva de las acechanzas de que el diablo pudiera valerse para mi perdición.

Para colmo de desdichas la primera vez que tuve ocasión de verme ante un toro, en la capea en la que dieron comienzo nuestras hazañas tauromáquicas, fué tal el miedo que experimenté y tanto el que me siguió dominando en lo sucesivo, que si alguna ilusión me había hecho—cosa de que no estoy seguro—de «comer del toro», como *Carabina* tuvo a bien pronosticarme, quedó desvanecida. Si para comer de él era preciso exponerse aunque sólo fuera a sus testarazos, sin contar las cornadas, yo renunciaba decididamente a semejante pretensión, persuadido de que no me llamaba Dios por el camino del toreo para hacer de mí un hombre de provecho. Pero aunque tal fué mi convicción y tal mi resolución desde el primer momento, no sé si porque en ello siguió interviniendo el amor propio o porque se creó en mi ánimo un estado de perplejidad nacido del temor y la vergüenza que me causaba el regreso al pueblo, aun continué al lado de

Carabina durante algún tiempo, todo el que tardó la guardia civil encargada de mi captura solicitada por mi madre, en dar conmigo.

También *Carabina* tuvo que reconocer que había obrado de ligero al suponerme con aptitudes para «comer del toro»; mas si como capaz de ello perdí mucho en su concepto, nuestra amistad, en cambio, creció y se agrandó; por su parte porque se creyó causante de mi calaverada y por lo tanto obligado a velar por mí, y por la mía porque en él descubrí, cada vez más, un fondo de rectitud que contrastaba con las apariencias pícaras o la picardía real de la mayoría de los muchachos que había ido conociendo en aquella escapatoria.

Rafael sentía verdadera pasión por el toreo, tenía fe en sí mismo, y en su obsesión por triunfar, nada que no fuese «el toro» le preocupaba. Las privaciones, los contratiempos, las fatigas, los golpes y porrazos que de hombres y de bestias recibía, porque no eran siempre las bestias los más brutos, no contaban para él, que lo aceptaba todo como si por él pasase sin rozarle, y con una abnegación que tenía mucho de inconsciencia.

—«Sabe lo que no ha aprendido y va a ser «toreo caro», pero muy caro, sin haberse enterado de cómo se torea»—pronosticaban de vez en cuando algunos de nuestros compañeros, no sin un poquito de envidia.

Entre los «aficionadillos» que se agregaban — y disgregaban — a nuestro grupo, cuadrilla, o mejor,

partida, los conocí de todas las clases y categorías; algunos de ellos verdaderos profesionales del aprendizaje, pues en él llevaban largos años y en realidad no tenían otro oficio que ese de aprendiz de torero, gracias al cual, por lo menos unos cuantos meses del año veían relativamente asegurada la comida, no muy abundante ciertamente todos los días ni bien condimentada la mayoría de ellos, pues los más solían ser los melonares y viñedos nuestros abastecedores, y tan sólo cuando actuábamos en los pueblos, el producto del guante que echábamos, nos permitía hacer un buen caldero de carne, o algo equivalente, con patatas, si es que el alcalde, satisfecho de la cuadrilla, no disponía en nuestro honor una comilona más con el propósito de hartar nuestros estómagos que de regalar nuestros paladares.

Aparte de esos veteranos del oficio de «torerillos» que de una temporada a otra se tenían que agarrar unos al lustrado de botas, otros al de maletero, los más a una profesión diferente cada día, diseminados por toda España, había los que, verdaderamente ilusionados con la idea de llegar a ser toreros de verdad, al igual que *Carabina*, buscaban en las capeas y en los *tentaderos* la práctica que les era necesaria para conseguirlo; y éstos eran los que justificaban las andanzas de la pandilla, los más sufridos y los más optimistas en todas las circunstancias, y, claro está, los que recibían los golpes y cornadas de los toros, puesto que eran los que a ellos se arrimaban: De los que, sin afición, necesi-

dad ni deliberado propósito y sólo por el placer de la escapada o por gusto de cometer una travesura, no era yo el único que se había agregado a la tropa, y seguía sus vicisitudes, pero prontamente desengañados, otros desechados como peso muerto, cuando ni para el toreo ni para aquel vivir a salto de mata revelaban aptitudes y demostraban su utilidad, iban rodando de grupo en grupo, hasta que aburridos emprendían el regreso a sus lares, si no era la Benemérita la que se encargaba de reintegrarlos, por alguna de las contravenciones que eran obra de todos y ellos casi siempre los que cargaban con la responsabilidad. En los trenes sobre todo, por viajar sin billete, caían la mayoría, porque faltos de la protección de los prácticos y experimentados, que los abandonaban a su propia iniciativa, les era difícil salvar las mil dificultades que por todos lados se les presentaban.

A mí me valió, en primer término la amistad de *Carabina*, y más todavía la de otro individuo que se declaró mi valedor y el que quizá, sin pretenderlo, fué el verdadero encauzador de mis aptitudes.

Lo encontramos en Villarrobledo, donde se hallaba con tres o cuatro de cuadrilla, dos valencianos y uno de Madrid, y en seguida nos unimos a él, porque *Carabina* ya era antiguo conocido suyo. Por espacio de muchos días no supe otro nombre suyo que el de *Rechorizos*, que era su exclamación habitual, según parece desde que en el campo de Salamanca quiso su buena estrella depararle más de un

hartazgo de tan sabroso embutido; y tanta fué la impresión que el exquisito bocado le causó, que desde entonces en defecto de chorizos, el *rechorizos* no le cayó de la boca, acabando por convertirse en mote la interjección.

Alcarreño de cuna, madrileño honorario, y un tipo curioso, era *Rechorizos* un «aficionadillo» con sus treinta y tantos años en las costillas y más de doce de prácticas en las capeas, que había visto triunfar en los ruedos a dos o tres docenas de compañeros de fatigas. Tal vez por esto, que no deja de ser un mérito, el cual en defecto de otros hacen valer los hombres, quizá porque no sirviera para otra cosa, se erigió en jefe de la banda, y a él, que modestamente se retraía de torear, le estábamos todos sometidos, lo acatábamos como director de lidia, dejábamos que administrase los bienes comunes, que fijase los itinerarios y que dispusiera de todo a su gozo y capricho. Verdad es que nadie como él para tratar con los alcaldes pueblerinos, ni más conocedor de todos los atajos y veredas seguras y prácticas para nuestra tropa, ni quien mejor supiera en qué trenes era posible viajar con «billete de tope» o de «retrete» o de «debajo de asiento», pues le era familiar todo el personal ferroviario de la región, y sabía el genio y carácter de cuantos conductores, guardafrenos y mozos circulaban por aquellas líneas; y no había triquiñuela, picardía, expediente, cuento, mentira, a las que no recurriera oportuna y hábilmente, y además con gracia, pues

tenía chispa e ingenio, con los que si no conseguía lavarse de culpa, lograba atenuarla y predisponer a la indulgencia al que hubiera de juzgarle. Justo es reconocer que en aquel pícaro, que no había vicio que no cultivase, ni pecado que no cometiese, existía un tal fondo de ingenuidad, una tal ignorancia del bien y del mal, que ni aun el roce con los demás hombres, ni los largos años de una existencia asendereada, ni los percances y contratiempos que en ella sufriera, abrieron en su espíritu el pequeño resquicio que habría sido necesario para que penetrase en él la luz de la verdad, que diría Mosén Jaime, y que yo llamaré el sentido moral por parecerme expresión más secular. Carecía por completo de tal sentido, y lo suplía con ese sentimiento instintivo de equidad que es a veces notable en gentes de inadaptabilidad social absoluta, y muy frecuente hasta en aquellos que viven fuera de la ley, gracias al cual *Rechorizos* que encontraba lícito y bueno cuanto halagase sus gustos y pasiones, aun lo más depravado, o redundase en beneficio suyo, y no había acción que no cometiera si con ella se lograban sus deseos, era incapaz de llevarla a cabo si resultaba perjudicada tercera persona.

Habrá que aclarar que esa tercera persona, para gozar de los beneficios de la inmunidad, era preciso que le fuese conocida, que su personalidad concreta y tangible se la pudiese representar con una figura, cara y cuerpo, bien definidos. De otra manera no había caso. Y lo mismo las compañías de

ferrocarriles, que los dueños de viñedos, frutales y melonares, de gallinas y conejos, contra cuya propiedad atentaba, éstos no eran *terceras personas*, ni personas siquiera, y por lo tanto, como bienes mostreros consideraba lo que le apetecía y se hallaba al alcance de sus manos.

Para su uso se había fabricado una moral y a ella se atenía. Y por lo que luego he podido comprobar, no era esa moral ni peor ni mejor que la corriente en los demás.

Pero en lo que resultaba *Rechorizos* un verdadero «as» era comiendo. ¡Un fenómeno!

Carabina, que no era tampoco ninguna tontería en esos menesteres, se quedaba asombrado viendo al decano de los torerillos tragelando, y había llegado a abrigar la sospecha de si nuestro guía y administrador tendría tripas en las piernas.

—Porque si no es así, yo no sé dónde le cabe lo que traga.

—¿Pero puede darse ese caso?—preguntó *Rechorizos* un si no es preocupado, dirigiéndose a mí que ya por entonces estaba declarado el sabio de la pandilla.

Me eché a reír y hubo un conato de «ofuscamiento» por parte de mi interlocutor que seguramente encontró «prematura» mi carcajada, pues en el léxico de mi protector «prematuro» tenía las más distintas acepciones, y «él sabía lo que se decía» cuando empleaba la palabra; pero no les ocurría lo mismo a los que le escuchaban.

—¿De qué te ríes tú, «pasmao»—exclamó a dos

dedos de la indignación—. ¿No has oído tú decir que «tripas llevan piernas?»

—Y claro tú querrías que «piernas llevaran tripas»—le respondí burlonamente—, y eso es lo que me ha hecho gracia.

Me dirigió una mirada desdeñosa de perdonavidas y no se ocupó ya de mí.

Pues bien, ese *Rechorizos*, que me había *tañado* en seguida, y adivinó que no era toreando como yo había de comer del toro, hizo de mí su ayudante de órdenes, su auxiliar y compañero inseparable.

En los comienzos de esta simpatía, que nació a las pocas horas de encontrarnos en Villarrobledo, aseguró que con mi cara y con mi tipo, a poco que el corazón me acompañase, yo podía ser figura en el toreo, y cuando *Carabina* le explicó mis antecedentes como aficionado, que no podían ser más insignificantes, por no llamarlos nulos, y quién era y cómo era, concluyó el veterano por asegurar, dándome unas palmaditas cariñosas y protectoras en el hombro, que lo primero que yo necesitaba era tener «sangre torera» y que él se encargaría de proveerme de ella.

Los otros tres o cuatro torerillos que había en el corro se miraron unos a otros sonriendo, me miraron luego a mí y de soslayo a *Rechorizos*, que acabó también por sonreír aquiescente, pero un poco contrariado, de haber exteriorizado de manera demasiado transparente su deseo, o más bien por

aquel comentario malicioso que la sonrisa de los otros ponía a sus palabras.

Ni por ellas, ni por el comentario, ni por la réplica enérgica de *Carabina*, pude yo descubrir su alcance, y no hizo más que chocarme oírle decir a mi amigo:

—Este—señalándome—no necesita sangre torera de nadie y tú harás mejor en conservarla para ti, que buena falta te hace.

—Hombre, *Rechorizos*, no es para tanto. No me figuro haber dicho nada ofensivo ni molesto para el joven, al expresarme como lo he hecho. Tú no ignoras que yo soy un señor que sabe honrar la amistad y que llega al sacrificio por compañerismo, si la ocasión se presenta. Pero me parece que has estado algo prematuro y hasta si se quiere ofensivo al tomar vela en un entierro para el que nadie te había enviado esquela.

—Mira, *Rechorizos*; aquí todos nos conocemos. Si yo he tomado vela en este entierro, es porque este chaval ha salido de su casa conmigo, es de mi pueblo y ¿para qué vamos a hablar más? Tú ya me entiendes.

Sí, indudablemente, *Rechorizos* le entendía, le entendían los demás con toda seguridad; pero yo, ni palabra.

Fué preciso que mi amigo *Carabina* me explicase más tarde el sentido que la frase tenía en labios de *Rechorizos*, para que yo me diese cuenta de todo su vituperable alcance.

—Pues ya ves—añadió—si los hay «chalaos» en esta afición, que más de un chavalillo ha pasado por eso con tal de llegar a ser torero.

—No me da a mí tan fuerte, Rafael—le aseguré yo a mi compañero, que me respondió convencido:

—Eso lo sé yo... Pero por si acaso...

—Has hecho bien en advertirme y te lo agradezco. Y en cuanto a *Rechorizos*...

—No te ocupes—me interrumpió *Carabina*, y quedó en suspenso lo que en mi ánimo iba a ser una amenaza—. Manuel te dejará tranquilo...; desde que él ha comprendido que había dado en hueso, ya no vuelve ni a acordarse. Conozco yo a Manuel.

Y, con efecto, Manuel, o sea *Rechorizos*, que Manuel Quintanilla se llamaba, no volvió a hacerme la menor insinuación al respecto, pero me siguió distinguiendo con su simpatía, aleccionándome, favoreciéndome y aconsejándome sobre todo que no perdiera el tiempo en querer ser torero, pues un muchacho listo e instruído como yo era, podía comer del toro sin exponer un pelo. ¡Si él se encontrase en mi pellejo! Pero la cosa ya no tenía remedio. Y gracias que aun tenía la suerte de ir comiendo a temporaditas.

—Si al menos me pudiese colocar de mozo d'espás con un buen torero, ¡rechorizos!

—Tal vez lo consigas de alguno de los que ahora son compañeros de capea—le dije yo ingenuamente.

—¿Pero es que tú te has llegado a figurar que es aquí en las capeas donde se aprende a ser torero?

¡Qué lila! Eso era antes... dicen. Hoy los toreros se hacen en casa, con un profesor, becerros a la medida y mucha protección y ayuda del pariente o del amigo que ve un negocio para el porvenir, como el que cría un animal raro de mucho precio. Yo no te diré que dando tumbos por los pueblos, toreando los bueyes criminales que nos sueltan no se aprenda a banderillar, por ejemplo, a defenderse de las reses resabiadas y otras cosas que luego en la plaza no sirven para nada o más bien perjudican, pues de tal manera está hoy esto del toreo, que saber demasiado es un mal... Sí, sí—insistió como si yo le llevase la contraria o enardecido por su propio discurso—ser buen torero perjudica para colocarse; créeme, que no te equivoco. Ya verás *Carabina*... Ese va a ser figura, ese puede ser torero caro; pero si continúa por los pueblos va a perder el estilo, las maneras, porque aquí lo primero es aprender a defenderse del toro que sabe más que nosotros un rato largo; y ¿qué pasa luego?, pues luego pasa que dicen que no hay emoción, que todo son trucos, porque al público le han hecho creer que el que no es un «borracho» es un «truquista», y así anda esto del toro.

—Pues entonces, ¿qué hay que hacer para ser torero?—me atreví a preguntar, por curiosidad nada más, pues en realidad no me interesaba, con fines egoístas, conocer el secreto.

—¿Qué hay que hacer?—repitió *Rechorizos*—. Hay que aprender posturitas delante del espejo, en-

sayarlas luego con un chiquillo con una cesta, tener un amigo en Sevilla o en Salamanca, para que los ganaderos te permitan torear en los tentaderos cómo y cuándo tú quieras, y en seguida disponer de dinero para la propaganda, y salir retratado en todos los periódicos que te llamen fenómeno, niño prodigio, *non-plus-ultra* der toreo... y a dar el pego por las plazas, toreando becerritos, becerros, novilleros y novillotes hasta la *arternativa*. Si de cada diez tardes, en una o en dos aciertas a dar el «parón» y puedes colocar dos o tres posturitas de las del espejo, aunque en las otras salgas a pedradas de la plaza, ya eres un hombre y te hincharás de ganar billetes.

—En ese caso, esto que hacemos...—quise objetar.

—Lo que hacemos—me interrumpió mi mentor—es pasar el rato, los más; otros, como *Carabina*, son unos equivocados; y unos cuantos, si no hicieran esto ¿qué haríamos?

El pesimismo de *Rechorizos* no me desalentó, porque ya entonces no me quedaban alientos tauromáquicos. Los primeros cuernos que me amenazaron y el primer rebufe con que fué acogido el tímido capotazo que incautamente le eché en la tarde de mi estreno al toraco que en Villarrobledo nos soltaron, acabó con mi vocación, con mi entusiasmo y con mis ánimos; pero oír hablar así en privado a quien en público parecía el más decidido campeón de lo que él llamaba enfáticamente la escuela práctica

del toreo, me causó verdadera sorpresa, pues al fin y al cabo era yo un chiquillo candoroso, incapaz de darme cuenta de la doblez que los hombres necesitan para ir tirando.

Con la amistad de *Carabina* y la protección de *Rechorizos* yo iba escapando bien en aquella campaña que había comenzado en la Mancha y estaba continuando por tierras de Salamanca, cuando he aquí que a consecuencia de una cornada grave que recibió uno de los nuestros, intervinieron las autoridades judiciales y al identificar nuestras personalidades, como yo dijese mi verdadero nombre se descubrió que por el gobernador de Alicante se me había reclamado y la guardia civil se hizo cargo de mí; y así acabó, con gran satisfacción mía, aquella tentativa de ser torero que en realidad no había durado más que una semana escasa; todo el demás tiempo, cosa de dos meses, fué lo que necesité para inficionarme con esa pasión de aventuras que ha persistido hasta hoy, y que desde luego me hizo comprender que no era la eclesiástica la carrera que yo debía seguir.

A últimos de septiembre llegué a mi casa. Mi madre me recibió con los brazos abiertos; el P. Jaime, muy conmovido me dedicó uno de sus más elocuentes sermones, y a ambos les ofrecí reintegrarme a mis estudios y acabar el bachillerato con el mayor aprovechamiento.

Así lo hice, y en junio del otro año recibí el grado. *Carabina* no volvió al pueblo, pero supe de él por

carta, que en Málaga había encontrado un protector y que el invierno lo pasaría «poniéndose» en las ganaderías de unos amigos de su padrino, para echar a torear así que en la primavera empezaran las novilladas por allá.

Luego fué la prensa la que me enteró de sus triunfos en Málaga, Ronda y Granada. Y no se los envidié, pero...

III

Bachiller ya, pude convencer a mi madre, y con ayuda de ésta a Mosén Jaime, de que a mí no me tiraba la Iglesia.

Pero algo había que hacer de mí.

—¿Qué querías ser tú?—me preguntó el bondadoso sacerdote para orientarse con respecto a mis inclinaciones.

—Yo... yo...—titubeé, porque, la verdad, mi bello ideal habría sido no ser nada más de lo que era: un bachiller cerril, bien comido, medianamente vestido, lector asiduo de novelas de amor y de aventuras que por todos los medios a mi alcance—unas veces con los chiquillos de mi edad, y otras con las chiquillas que a ello se prestaban—procuraba vivir, convirtiendo los campos y montes del contorno, los almiares de las eras, los desvanes y graneros del poblado y las masías, en teatro de mis hazañas, siempre en perjuicio de la propiedad o de la honestidad, si es que era atentar contra una y otra hartarme de frutas y hortalizas, de besos y retozos en aquel despertar de mis instintos en plena Naturaleza, sin más rey ni más Roque que mi santísima

voluntad, pues para hacer lo que me viniese en gana contaba con la debilidad de mi madre y la pasividad egoísta de Mosén Jaime, en la que yo ya sabía cómo mantenerle evitándole el tener que intervenir, para lo cual bastaba que no llegasen hasta él quejas, como estudiante, de mis maestros, en todo lo demás de sus feligreses. Para esto último estaba mi mamá, que si el caso se presentaba sabía interponerse hábilmente entre el reclamante y el señor cura, y ella era la que recibía por lo menos el primer choque, y gracias a eso quedaba muy amortiguado el empuje; para lo primero me valía de la gran facilidad que he poseído siempre para aprender aquello que me he propuesto. Satisfecho, pues, de mi aprovechamiento, e ignorante de la mayoría de mis travesuras, a Mosén Jaime le era más cómodo creerme un buen chico y si algo llegaba a sus oídos me lo perdonaba con una indulgencia que le eximía de inquietudes y molestias que nunca favorecen una buena digestión.

—Yo... yo... lo que usted quiera—acabé por decir.

—Hombre, lo que yo quería ya tú lo sabes, y es precisamente lo que tú no quieres—dijo el párroco pasándose desmayadamente el pañuelo por la frente, lo que era en él uno de los primeros síntomas de aburrimiento—. ¿Te gustaría ser médico?

—¿Médico?—repetí yo con esa vaguedad de quien no ha comprendido del todo lo que le dicen.

—Sí, médico—insistió el P. Jaime—. Siempre es una carrera más socorrida que la de abogado.

—Bueno... pues, médico—aprobé yo sin el menor entusiasmo.

—Entonces no se hable más. Te matricularás en Madrid y allí irás a casa de tu abuela a estudiar. ¿No te parece, Carmen?

—Como usted disponga, señor cura—contestó mi madre con tan poco entusiasmo como yo.

—Pues no se hable más—repitió el P. Jaime.

Y, con efecto, no se habló más. No porque mamá y yo no tuviéramos algo que oponer, pues ni a mí me seducía la medicina, ni a ella y a mí lo de tenerme que desterrar y separarnos; pero sabíamos que era inútil toda protesta y tener que volver sobre el asunto equivaldría a abandonar toda idea de estudios, pena que yo no encontraba aflictiva en modo alguno, pero que a mi pobre madre le hubiera costado un gran disgusto, pues en verme convertido en hombre de provecho, con una buena carrera terminada cifraba todas sus ilusiones, y a ellas había sacrificado otras no menos tentadoras y lo más florido de su juventud, aviniéndose a la equívoca posición que ocupaba al lado del P. Jaime, un poco sobrina, un poco ama de gobierno, para que yo no careciese de nada al presente y me hallase en condiciones de valerme a mí mismo en lo porvenir.

Llegado el momento oportuno me trasladé a Madrid, donde mi abuela me acogió con la mayor alegría y otro tanto mi tía Laura, de la que fuí amigo

desde el primer momento. Era unos dos o tres años mayor que yo nada más, y con una cara tan simpática, unos ojos tan dulces y acariciadores, una boca tan fresca y sonriente, y un donaire, un garbo, una gracia y tal ángel en toda su persona, que yo me sentí invenciblemente atraído hacia ella y le profesé en seguida mucho más cariño que el que a una tía se debe, no sé si a efectos de la irresistible simpatía que de ella emanaba o porque halagaba mi vanidad tener una parienta tan bonita y tan mona.

No podía sorprenderme esto. Mamá, con sus treinta y tantos años era todavía una hermosísima mujer, y hasta mi abuela, cincuentona ya, no había perdido aún del todo los atractivos; y ni una ni otra representaban los años que tenían. Pero la de mi tía, con ser una criatura espléndida y lozana, nada de una muñequita de alfeñique, nadie le hubiera echado los veinte años, o para mejor decir, nadie habría creído que ocultaba cuatro si hubiera sostenido que tenía diez y seis, tal era la frescura de aquel cutis, tal la infantil expresión de aquel rostro, tal el amasijo lechoso de aquella carne, tal la alegría ingenua de su risa, tal, en fin, toda ella, en lo físico como en lo moral, que más bien parecía una chiquilla que quisiera hacerse pasar por una mujer, que una mujer que pretendiera pasar por una chiquilla.

Y lo que más me chocó en ella es que le descubrí un gran parecido conmigo. Al principio sólo fué

como si me recordase a una persona vagamente conocida, sin que se me ocurriera pensar que era yo esa persona; pero pronto me di cuenta de que los rasgos que en mi tía encontraba tan familiares eran los míos propios, y que mis ojos especialmente eran los mismos suyos, aunque mi abuela, después de contemplarme un buen rato llena de complacencia y enternecida, introdujera la confusión en mi espíritu al exclamar:

—¡Eres un guapo mozo, Juanín! Tienes los ojos de tu padre.

¿De mi padre? ¿No habría querido decir de mi abuelo?

—No, mamá—rectificó mi tía en seguida, pues sin duda también ella había notado la semejanza de nuestros ojos—. Tiene los ojos míos.

Y los entornó picarescamente primero, y los abrió luego de par en par, como para que se apreciara la clase.

—Sí, pero es que...—empezó a decir abuelita y se interrumpió bruscamente como quien ha estado a punto de soltar una atrocidad—. Pues es verdad... Son tus mismos ojos... Ya ves, se parece más a ti que a su propia madre. Seguramente muchos os tomarán por hermanos. Pero Juanín dirán que es el mayor.

—No, yo seré siempre la hermana mayor—declaró mi tía resueltamente, dirigiéndome una mirada impregnada de ternura maternal—, porque quiero

cuidarme de él, que me obedezca... ¡y ya verás lo que nos vamos a querer, Juanín!

El programa no podía ser más risueño para mí, que ya quería con toda mi alma a mi encantadora tía, hasta el extremo de que desde el primer día no eché de menos ni aun el cariño de mi madre.

Mi abuela, muy satisfecha con la actitud de su hija con respecto a mí, me dejó en sus manos, abdicó en ella cuantos derechos podía tener sobre mí, como, por lo que pude apreciar había hecho abdicación de todos los demás, pues en realidad la que mandaba y disponía en casa era mi tía. Y no digamos de su persona.

Por lo que seguidamente tuve ocasión de observar, pertenecía mi abuela a esa categoría de seres que, un poco por su idiosincrasia y otro por experiencia, llegan al convencimiento de que ser bondadosos, tolerantes, indulgentes, es siempre más cómodo por lo menos; y su bondad, su tolerancia y su indulgencia tomaban la apariencia de una pasividad egoísta para todo lo que no le atañase a ella de una manera personal y directa.

Muchas veces, después, he pensado, y mis pensamientos no la ofendan, que muy humana nada humano le era ajeno, y teniendo quizá mucho de que ser perdonada, su perdón se extendía a todos los pecados y a todos los pecadores.

La situación de mi madre en casa de Mosén Jaime, ¿cómo no había de parecerle normal, si esa misma fué la suya por todo el tiempo que al señor

ecónomo le plugó? Que mi tía Laura se desenvolviera en su vida a su gozo y capricho, ¿cómo no encontrarlo bien si con ello, por de pronto, tenía resuelto el problema que más la podía preocupar, el de una existencia plácida, sin agobios ni quebraderos de cabeza?

Para su completa tranquilidad, aparte de las positivas cualidades con que su hija menor estaba adornada, ella la había dotado de cuantas precisaba además para no tener que importunarla con sus consejos, cosa siempre enojosa, ni para vigilar sus actos, mucho más molesta todavía, ni intervenir en nada que no fuera el dinero que en casa ingresaba. No hay que decir, por lo tanto, que mi tía hacía lo que le venía en gana, pues para eso era ella la que subvenía a todas las necesidades del hogar; o a casi todas, porque en pago de buenos servicios Mosén Jaime enviaba unas pesetas mensuales a su antigua ama, y mi madre agregaba otras de vez en cuando. Ahora al venirme yo a su casa tuvieron asimismo lo consignado en concepto de mi pupillage. Pero el resto, y el resto era lo importante, lo ganaba tía Laura desde hacía dos años como mecanógrafa en una respetable casa de banca, de la que pasó como cajera a otra en la que la *banca* se alternaba con el *treinta y cuarenta* y el *bacarrat*, y con la *ruleta* si las circunstancias lo permitían.

A contar de ese ascenso es cuando variaron las cosas en casa de mi abuela que dimitió su cargo de portera del asilo y tomó un cuarto bien distribuido

y lindo en la calle de Diego de León, amueblado coquetonamente, y donde yo tuve la recepción de que queda hecho mérito.

—Ven conmigo, Juanín—me ordenó títa—; quiero ser yo quien te instale en la que va a ser tu habitación. Gertrudis—agregó llamando a la doméstica—traiga la maleta del señorito.

Y precedidos de Gertrudis, una muchacha un poco cerril todavía, no desbastada aún, pero que trajó a mi memoria el recuerdo de las rústicas bellezas que acababa de abandonar no sin pena, atravesamos un corredor bastante largo, que desde el saloncito conducía al comedor, y en la habitación que tenía la entrada por éste, penetramos.

—Te gusta, Juanín—me preguntó tía Laura, mirando alternativamente al menaje de mi cuarto y a mí.

—Mucho, títa, mucho. Ya lo creo—le dije tal como lo sentía. Todos los muebles nuevos, de madera blanca pulimentada; la camita, el tocador, el armario de luna, la mesita de escritorio, me parecieron de un lujo extremado; y desde luego lo más elegante que yo había, visto, cuanto más disfrutado.

—Aquí podrás estudiar tranquilo, sobre todo por las noches, cuando viene... un amigo de casa que te aburriría probablemente si hubieses de hacerle tertulia...

—Muchas gracias, tía Laura—respondí yo conmovido por tan bondadosas atenciones.

—No quiero que me llames tía, Juanito. No, tía,

no; no lo quiero ser ni para ti—dijo riendo, pero en tono decidido y autoritario—. Cuando éramos pequeños me llamabas Laureta... ¿Tú no te acuerdas?... ¡Y bastante que me hacías rabiar! Como yo era mayor que tú y te tenía tan mimado... De esto ya hará... creo que el último verano que mamá y yo estuvimos en el pueblo fué... fué... lo menos hace ocho años... o más... Pues bien, quiero ser para ti Laureta lo mismo que antes... Laureta, ¿sabes?, no Laurita... ¿Ves?... Me parece que somos más parientes si me dices mi nombre en valenciano... Me gusta mucho, mucho el castellano, lo empleo siempre, a veces hasta con mamá, que se figura que desmerecería del concepto de las gentes si la oyesen hablar su lengua, ¡la pobre ha pasado y aun pasa unos apuros!; pero cuando tengo ocasión, como ahora, y más con los míos, no puedes figurarte lo dulce que me suena el valenciano y lo que me agrada oírme llamar Laureta por ti... Será como una caricia—acabó diciendo y volvió a entornar los ojos como si realmente experimentara la sensación de que me estaba hablando.

—Pues la llamaré Laureta, como usted quiere—le prometí yo enternecido por contagio y seguramente por la evocación del pueblo lejano y de los afectos que en él quedaron.

—Y no me trates de usted—fué su nueva exigencia—, si somos de la misma edad. Total...

No dijo el total. Sin duda se dió cuenta de que

no se trataba de una suma, sino de una resta, y rectificó.

—¡La diferencia es tan poca!—y los ojos esta vez no se entornaron, se bajaron como si no quisieran enterarse del efecto que me causaban esas palabras.

Y a mí no me causaron ninguno. Empezaba por parecerme muy bien que *casi* fuéramos de la misma edad, y aunque tenía yo la vaga idea de que cuando pequeño *era* ella bastante mayor que yo, como había comenzado por declarar la propia Laureta, encontré muy razonable que con el tiempo la desproporción hubiese aminorado y hasta me pareció evidente:—ya he dicho que mi tía tenía todo el aspecto de una chiquilla—; tampoco experimenté sorpresa cuando por la noche al presentarme al «amigo de casa» suprimiera el *casi* y le asegurara que teníamos los mismos años y ya puesto a que por mí pasaran y a ella la respetasen, cuando algunos más tarde resulté mayor que ella se me antojó el hecho naturalísimo.

—Quedamos, pues—prosiguió la amable y deliciosa criatura—, que nos hemos de querer como hermanos, y que seremos los mejores amiguitos, que aquí estarás muy bien y que cualquier cosa que necesites no has de tener el menor empacho en pedirla. Ahora te lavas, te aseas, te vistes, mientras me arreglo yo, para que demos juntos el primer paseo por Madrid, ya que por la tarde no podré acompañarte.

¿Parecerá exagerado si afirmo que mi tía Laureta me robó el corazón desde ese primer momento y que quedé convertido en una cosa tan completamente suya, que de mí pudo disponer a su antojo?

Por muy buena que fuese la opinión que yo de ella tuviera, por muy grandes las esperanzas que mamá me hiciese concebir con respecto al carácter y simpatía de su hermana, y a la bondad un tanto pasiva de su madre, para mí eran ambas poco menos que dos desconocidas, pues ya habían transcurrido algunos años desde su última visita al pueblo y yo conservaba un recuerdo muy vago de una y otra. Por lo tanto así que me apeé del tren y me encontré en aquel Madrid tan grande, que en la hora mañanera aparecía ante mis ojos adormilados en un aspecto que en nada se avenía con la antevisión que de él yo me había formado, me sentí tan extraño, tan forastero, que más que en los días de vagabundaje y aventura por los pueblos manchegos y extremeños, el corazón se me oprimió y mi pensamiento voló hacia el Levante luminoso cuya nostalgia empecé a experimentar en aquel mismo punto unida a la añoranza del calor familiar. En este estado de ánimo me presenté en casa de mi abuela, y una hora más tarde nostalgia y añoranza se habían desvanecido.

¿Cómo no querer con toda mi alma a la que semejante prodigio había obrado?

Dimos el paseo un gran rato en auto, otros ratitos a pie, y ahora Madrid entrevisto nada más

en los cortísimos intervalos que a mi atención le quedaban libres, pues toda entera para contemplar y escuchar a mi tía era poca, me pareció un pueblo maravillosamente hermoso y me reconcilié con él.

Laureta interrumpía su inagotable charla, en la que atropelladamente me hablaba de su vida actual, de sus recuerdos del pueblo, de nuestros parientes y de sus amigos, para decirme de vez en cuando:

—¿Ves? ahora estamos en la Castellana... «Esto es el Prado»... «Esta es la calle de Alcalá»... «Ahora pasamos por la Puerta del Sol»... «Mira el Palacio Real»... «Eso es el viaducto»...

Echaba yo una rápida mirada y en seguida mis ojos volvían a ella, a los suyos que me miraban acariciadores, a sus labios que me sonreían y me decían, porque eran ellos los que las decían, cosas mil veces más interesantes que todas cuantas señalaba a mi curiosidad por calles y paseos.

Fueron dos horas de tan dulce intimidad que sobre el cariño ya bien arraigado por una mutua simpatía, se estableció la más cordial camaradería que entre dos muchachos, por encima de la diferencia de sexos y de la jerarquía que le daba nuestro parentesco, sea posible fundar.

De esas dos horas tan llenas de encanto hay que deducir unos minutos, que, confieso mi ridiculez, fueron un punto negro en la diafanidad de mi contento.

Me habló mi tía de sus relaciones con el «amigo de casa», no me ocultó que él la pretendía, sin sa-

ber a punto fijo si «con buen fin», y entre tanto a él le debía la colocación un tanto equívoca de que disfrutaba y el bienestar de que gozaban así ella como mi abuela.

—Hasta ahora no hay nada más que eso entre nosotros... pero...—se detuvo y quedó un momento preocupada. Luego añadió confidencial: — Lo peor del caso es que no me gusta... Parece un buen hombre y lo es conmigo... Quizás yo haría de él lo que quisiera. Pero lo encuentro demasiado viejo... Tiene más de cuarenta años y... No creas que me hago ilusiones, Juanito. Yo conozco la vida; sé lo que el destino me tiene probablemente reservado... Sin embargo, ese paso siempre había creído que lo hubiera podido dar a mi gusto... y ya ves cómo se enredan las cosas...

Aunque de una manera confusa, algo comprendí de lo que Laureta me quería decir y me hizo daño la idea de que una criatura con los hechizos de mi tía fuese a caer en manos de un hombre que ya me era aborrecible y aun no conocía; pero no supe qué decirle, no porque no se me ocurriera nada, sino porque lo que se me ocurría tenía la certidumbre de que era una insensatez.

Como que mi primer impulso fué exclamar:—«¿Y si yo trabajo, no podrías tú prescindir de ese señor?»

Modifiqué luego esta primera tontería y elaboré esta segunda:

—«¿Y si yo trabajara no podría ayudarte?»

Por último acabé por decir:

—¡Qué lástima que no sea yo médico ya! Así no necesitarías tú de nadie.

Mi tía, enternecida, me echó los brazos al cuello y me besó, como se besa a un niño en premio de una buena intención, y la oí que me decía emocionada:

—Ya sé yo que tú me quieres y que si pudieras no me dejarías sufrir. Por eso te quiero tanto también.

El auto se detuvo en aquel momento. Habíamos llegado a casa y el almuerzo nos esperaba.

La caricia de Laureta me había devuelto la alegría y durante muchas horas nada vino a turbarla nuevamente, pues aquellas de la tarde que mi tía tenía ocupadas—de tres a ocho—casi por entero se las dediqué a mi abuela, que también la pobre tenía muchas cosas de que enterarme y otras muchas de que enterarse.

IV

Aquella misma noche conocí al «amigo de casa». Vino acompañando a Laureta, y con ellos otros dos señores, socio uno en el negocio del juego, y periodista el otro, especializado en cosas de toros; los tres para comer con nosotros y festejar de ese modo mi llegada al decir del «amigo de casa» que estuvo muy afectuoso conmigo, y sabedor ya de mis correrías taurómacas, me ofreció su protección, pues el de toros era su negocio principal, como no sé si he dicho ya, y en él realizaba los mayores beneficios, según unos porque la suerte se había volcado para favorecerle, según otros porque como empresario sabía dónde le apretaba el zapato.

El «amigo de casa» se llamaba don Blas de la Peña y Ribaselles, era hombre de más de cuarenta años, no mal mozo, con ese tipo y prestancia de señorito chulo tan genuinamente madrileño en el antiguo régimen, pues hasta el tipo de los hombres ha cambiado en Madrid en los últimos tiempos. Vivo, listo, con «mucha pupila», con «mucho quinqué», sabía de todo, hablaba de todo, su opinión era siempre definitiva, inapelable, porque, a Dios gracias,

tenía un «sentido común» que casi había dejado de serlo por haberlo acaparado él todo... todo menos la parte que en el reparto le había correspondido a *Carabina*, que era otro de los favorecidos con ese cómodo e inapreciable don que de tantos quebraderos de cabeza libra a las gentes. Poseía además el señor de la Peña, lo que llamamos don de gentes, simpatía, esa fuerza misteriosa de atracción que nace en cada individuo—dotado de ella—de algo que no es en todos lo mismo; y hasta en muchos es antagónico y opuesto. En don Blas no provenía ni de una gran bondad, ni de una gran amabilidad, ni de un gran altruísmo, que por nada de esto se distinguía el «amigo de casa». Un elevado concepto de sí mismo, esa superioridad que los hombres se suelen atribuir en días de fortuna, porque nada menos que sometida a ellos se les antoja, tal vez el hábito de mando adquirido en largos años de negocios, en los que fué siempre el gerente cuando no el único dueño, le daban un empaque que en nada mermaba su poder atractivo, aun diríase que lo aumentaba, pues como andando el tiempo tuve ocasión de comprobar, aquellos con quienes menos asequible se mostraba, más empeño ponían en servirle y agradarle.

De mí sé decir que la antipatía que la confianza de Laureta hizo nacer en mi corazón, quedó desvanecida así que me dirigió la palabra, y hasta me pareció poco justificada la repugnancia que mi tía manifestaba hacia un hombre que, por muchos conceptos, encontré con méritos para halagar la vani-

dad de una muchacha, aunque esta muchacha reuniera los muy notables de títa.

No hay que decir que mi juventud, y por lo tanto, mi inexperiencia, no me permitían entonces adentrarme en los recovecos y sinuosidades del corazón femenino.

Igualmente agradables encontré a los dos amigos de don Blas.

El periodista se llamaba don Manuel Domínguez, pero «había popularizado», como rezaban las gacetillas cuando de él se ocupaban, el pseudónimo de *Don Mínguez*, y aun era conocido entre los «taurinos» por el «señor Manuel Domínguez», que era una manera zumbona de aludir a sus conocimientos técnicos o a su afición a la tauromaquia, equiparándolo a su homónimo el famoso y legendario español gelveño. Para los más íntimos era en cambio «el pobrecito Manuel», ignoro si por ser en el fondo una bonísima persona, porque andaba siempre a bofetadas con las pesetas o porque el llamarle así irónicamente, como piadosamente se le llama al desventurado *Espartero*, envolvía una lástima simpática hacia aquel señor con el que la suerte no había sido muy generosa, y que era por muchas razones compasible.

El otro amigo, don Joaquín Murull, era catalán y en Barcelona representaba a don Blas, con el que estaba asociado. Aunque enemigo furibundo de los toros, lo mismo en este negocio que en el del juego llevaba parte, y asistía a las corridas y aun se las

echaba de inteligente. Verdad es que una de sus características era serlo en todo.

Don Blas aseguraba que nada le divertía tanto como ver enzarzados en una discusión taurina a *Don Mínguez* y a *Murull*; y cuando éste se hallaba en la Corte, o la casualidad los reunía en otra ciudad, buscaba todas las ocasiones para enfrentarlos. A eso era debida la presencia de ambos en aquella cena improvisada con pretexto de celebrar mi llegada a Madrid, que no era peor que cualquier otro, y tenía la ventaja de resultar halagüeño para todos nosotros. ¿No sería esa atención la que ayudó más a la buena impresión que don Blas me causó?

La cena, compuesta de la que había de servir para la familia, muy aumentada y corregida, gracias a los fiambres que los nuevos comensales trajeron consigo, y a la industria de mi abuela y a la actividad de *Gertrudis*, fué abundante y sobre todo variada. Y tan excelentes los vinos y tan copiosamente servidos, que ni siquiera hubo que esperar a la sobremesa para que *Murull* y el «pobrecito *Manuel*» entablaran la lucha en que tenía puestas don Blas todas sus complacencias.

Don Joaquín había llegado el día anterior de *Barcelona*, donde acababa de presenciar, como siempre, pues no faltaba a ninguna, una corrida de toros de *Palha* estoqueados todos por *Larita*, y aun estaba escandalizado del llenazo que el anuncio de seis *terroríficos Palhas* había congregado en la plaza Monumental. Eso, en su concepto, era la demostración

más terminante de los malos instintos del público de toros.

Don Mínguez, permanecía escéptico, escuchando con una desdeñosa cortesía, la argumentación de Murull que, desesperado, concluyó:

—Pues bien; ese público que llena la plaza porque le anuncian seis *terroríficos* Palhas, y a un torero con fama de valiente y torpe, porque olfatea la tragedia y ya se regodea con la esperanza de ver colgado de un pitón al desgraciado al que la necesidad obliga a apencar con ese ganado que los otros matadores han declarado indeseable, es la mejor prueba de la brutalidad de los aficionados a eso que ustedes llaman la «fiesta nacional». Y aun hay otro detalle que todavía pone más de manifiesto los instintos sanguinarios de «la afición». Lo he presenciado yo no hace muchos días y lo han presenciado todos. Como los toros no resultasen tan *terroríficos* como los carteles prometían y su fama legendaria abonaba, y el grotesco torero se aconsejase de la prudencia para acabar con sus seis enemigos, así que la corrida mediaba sin percance ni casi sin tropiezo, empezó la gente a impacientarse, comenzó a sentirse defraudada, y de ahí en adelante exteriorizó su mal humor con el «diestro», no porque lo hiciera bien o mal, porque ni estuvo peor ni mejor que de costumbre, sino porque no se dejaba coger, que para verlo ensartado habían acudido, y la esperanza de contemplarle con las tripas al aire era lo que los había llevado. ¿Cree usted que la «afición»

habría llenado la plaza para verle matar seis toros de Saltillo a Marcial Lalanda?

—Hombre, no lo sé—contestó don Mínguez con la calma y mesura de que hacía alarde cuando se creía dueño de la situación—. No lo sé, porque no estoy completamente seguro de que en Barcelona haya aficionados bastantes para llenar la Monumental; pero lo que sí me atrevo a afirmar es que todos los aficionados habrían ido con más gusto a ver a Marcial con seis Saltillos, que a Larita, con seis Palhas.

—Eso es lo que yo dudo—insistió el taurófilo—. Pero de todos modos la actitud del público en la corrida de marras, censurada por los propios revisteros, que la consideraron bochornosa por bárbara y cruel, me figuro que no la justificará usted.

—Pues está usted equivocado.

—¿De veras? Francamente, me gustaría saber a qué sofismas le será preciso recurrir para defender a la «afición».

—A ningún sofisma... En primer lugar no es a la «afición» a la que voy a defender, y en segundo... que no es mía la culpa si usted y los que como usted opinan, incluídos los revisteros a que alude, toman el rábano por las hojas. Para sus fines particulares a usted le conviene confundir al público en general con el especial de las corridas de toros, y eso puede ser muy cómodo, pero no es exacto. Lo más que puede ocurrir, es que un día determinado, el público especial se contagie del general, y forme con él una multitud. Si usted fuera más leído sabría que

cuando los individuos se reúnen en multitud desaparecen todas las inhibiciones individuales, mientras que los instintos brutales, crueles, destructivos, supervivencias de las épocas primitivas, que duermen en el fondo de cada uno, se despiertan y procuran satisfacerse...

—Todo eso son retóricas y carambainas—interrumpió Murull de mal humor—y nos salimos de la cuestión. Lo que yo sostengo es que lo que ocurre con el público de toros no ocurre con ningún otro; y eso es lo que usted no puede negar.

—¿Cómo no?—exclamó el «pobrecito Manuel», ya un poco excitado—. ¡Vaya que lo niego! Cualquiera diría al oírle a usted, que los que van a los toros son escapados de los penales o salidos de las cavernas, y no hay tal. El público de las plazas, es el mismo de todos los otros espectáculos, y si protesta airado y se pone de mal humor, cuando se cree defraudado porque no le dan lo que más o menos explícitamente le ofrecieron—y en el caso concreto a que alude usted era *la tragedia*—se enfada, exactamente igual que lo hace en el teatro, en el circo y a donde quiera que lo hayan congregado con promesas que no se cumplen. Yo recuerdo verdaderos motines por haber atenuado riesgos en peligrosos ejercicios acrobáticos; por haber velado desnudeces femeninas en exhibiciones teatrales; por haber suprimido procacidades en el gesto y en la frase en determinadas obras escénicas; y si no fuera que los contiene un hipócrita humanitarismo, los que se

disponen a presenciar la ejecución de un reo y el indulto les priva del atroz espectáculo, crea que también se enfadarían; y desde luego, algo en el fondo de ellos deplora el acto de clemencia que los ha decepcionado. Y esa gente que así procede no es una gente especial, que forma un público especial: somos todos, nosotros y nuestros amigos y conocidos que en esos casos obramos como salvajes, y en otros nos conducimos no ya como hombres civilizados, sino como seres capaces de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios y de todas las heroicidades, por evitar un daño o salvar a nuestro prójimo.

—¡Muy bien, muy bien, *Don Mínguez!*—exclamó de la Peña sin gran convicción y con relativo entusiasmo, pues sin duda él, como el público de que hablaba el revistero, había esperado otra cosa de la discusión provocada, y se divertía menos de lo que se había prometido.

Laureta, por su parte, parecía ausente y no dejaba de inquietarme su actitud; mi abuela escuchaba atentamente, y asentía sonriendo a lo que cada uno de los contrincantes argüía, como si en realidad comprendiera y le interesara la controversia.

Yo era el único de los oyentes a quien verdaderamente le interesaba, sin que yo mismo pudiese saber por qué, y más extraño resultaba que simpatizara con las ideas de *Don Mínguez*, pues del público de toros que me era conocido únicamente, el de las capeas, a decir verdad, no era posible que

hubiese formado muy buen concepto; pero tenía la intuición de que de parte del «señor Manuel Domínguez» estaba la razón. Es muy probable también que eso fuera debido a que, de los dos, a él iban mis simpatías. Ello es que su discurso se me quedó grabado en la memoria y de él he hecho uso más tarde, para justificar a la «afición», cuando he presenciado sus violencias y desmanes en la plaza.

—No podemos estar de acuerdo—concluyó el socio de don Blas, deseoso de poner acabamiento a una controversia que siempre iniciaba con ímpetu y vehemencia, seguro de su triunfo, puesto que de su lado estaban el progreso, la civilización, la humanidad, etc., y en la que nunca lograba obtener ni siquiera el asentimiento de sus oyentes, debido sin duda a que éstos en general no eran ni progresistas, ni civilizados ni humanitarios.

—Yo creo que no es por culpa mía, querido Murull—dijo con una sonrisa de condescendencia y tono transigente, el «señor Manuel Domínguez»—y no es esto insinuar que la culpa sea de usted. La culpa es de la diferente posición que cada uno de nosotros ocupa en esta contienda. En eso estriba lo largo, enojoso y estéril de estas discusiones. Ustedes, los enemigos de las corridas, tienen aferrada la idea de que los aficionados son unos bárbaros sanguinarios que no buscan en la plaza más que el goce mal sano que les proporciona el espectáculo horrible de la sangre, y que se divierten con el horroroso martirio de caballos y toros, y mucho más si

son hombres los heridos y maltrechos. Y el error en que se hallan ustedes es monstruoso. El aficionado, todo lo más que hace es pasar por esos horrores y esas crueldades, en los que apenas fija su atención; y aquellos que la fijan, en un instante de reflexión, deploran y sienten que esas cosas ocurran, y no son pocos los que se preocupan por atenuarlas. Por eso, si usted conociera la historia y evolución de la fiesta sabría que en poco más de un siglo, las corridas han sufrido una enorme transformación en el sentido humanitario—dejando a un lado la que han experimentado desde el punto de vista artístico—y han ido desapareciendo un sinnúmero de detalles repugnantes que en otros tiempos se consideraban imprescindibles. Ahora mismo la suerte de varas, que casi no va siendo más que un pretexto para los quites, se busca la manera de modificarla para evitar en lo posible el sacrificio de los pobres jarmelgos; y no hay aficionado que no encuentre bien y aplauda esa tendencia. ¿No es la mejor prueba de que nos damos cuenta de que aun hay en nuestro espectáculo favorito algo que necesita eliminarse? Créame, amigo Murull, el atractivo que tiene para nosotros la corrida dista mucho de ser el que ustedes suponen, acaso porque sólo ese tenga para ustedes.

Y *Don Mínguez*, sonrió esta vez maliciosamente, para subrayar este rasgo final.

El señor Murull, con un gesto de displicencia dió por terminada la discusión, y poco después la reu-

nión con manifiesto contento de Laureta, que yo no sé si hastiada, fatigada o enferma, ya hacía rato que daba señales de impaciencia, a pesar de las gentilezas y halagos de que era objeto por parte de don Blas. Este me pareció empalagosamente enamorado de mi tía a la que no se recataba de mimar y acariciar en presencia nuestra, como tal vez sería moda en Madrid hacer con las novias, pero en Ber-
nia no se usaba, ni a ella le agradaba por lo que creí advertir, pues era visible su contrariedad cuando la actitud de su protector podía prestarse a suposiciones aventuradas, que ignoro si alguien haría, pues por lo que se refiere a mi abuela jamás noté otro gesto que el mismo de aquiescencia con que escuchaba la discusión psicológico-aurina de los dos amigos, y en cuanto a éstos, si por incidencia se daban cuenta de algún que otro desmán amoroso, o fingían no haberlo notado o tan natural les parecía que no le daban ninguna importancia. A mí era al que aquello producía una mezcla de sentimientos confusos y hasta antagónicos y no hubiera podido decir si aprobaba o reprobaba la despreocupación del «amigo de casa», si me agradaba o desagradaba ser testigo de las demostraciones apasionadas de que era objeto mi tía por parte de él; pero mi curiosidad estaba excitadísima, y contra mi voluntad, no obstante el interés con que seguía los discursos de *Don Mínguez*, con tanto o mayor observaba a hurtadillas los manejos del «protector» y aun habría deseado que fuesen más atrevidos, e interiormente

te le azuzaba, a pesar de condolerme de la pobre Laureta que, con aire de resignación unas veces, de mudo reproche otras, con mal reprimida cólera bastantes, y con cara de tristeza y dolor siempre, más chocante en la suya que hasta entonces yo sólo había visto animada por la más franca de las alegrías, se sometía a las vehemencias de don Blas que parecía olvidarse en ocasiones que allí, además de ellos, estábamos nosotros.

¿Era aquel su modo habitual de comportarse con su mecanógrafa y protegida? Entonces, ¿por qué más que confusa y avergonzada parecía mi tieta melancólica y abatida?

Esto me preocupaba un instante; pero pronto volvía a dominar en mí una curiosidad malsana, de chiquillo vicioso, y esa curiosidad se sobreponía al gran afecto que por Laureta sentía; y aun comprendiendo que los mimos y caricias de que era objeto eran una verdadera tortura para ella, experimentaba un goce perverso en verla humillada, irritada o sumisa, y lejos de parecerme odiosa la conducta de don Blas, que seguramente no se daba cuenta de los efectos que sus libertades producían y toda rebeldía no hacía más que estimular su osadía, me hallaba en un todo solidarizado con él, hasta el punto de que los celos que antes de conocerle habían suscitado su solo nombre y las preeminencias de que gozaba en la casa, se desvanecieron en absoluto.

Ni entonces supe ni ahora sé explicarme el fenómeno.

Cuando nos quedamos solos dejó escapar Laureta un suspiro de alivio, tras del cual tuve la esperanza de ver renacer en su semblante la dulzura de la expresión que le daban aquellos dos ojos que yo ya creía que no sabían mirar tristemente, y la sonrisa de aquellos labios que nunca supuse que pudiera desaparecer; mas no fué así: en sus labios se acentuó la contracción dolorosa, y en sus ojos húmedos la languidez y la melancolía de ojos que han llorado.

Mi tía, indudablemente, se hallaba bajo el peso de alguna pena que no me era posible adivinar ni ella parecía dispuesta a revelarme.

—¿Estás triste, Laureta?—acabé por preguntarle conmovido, cuando mi abuela nos dejó para irse a acostar.

—No..., no...—me contestó apresuradamente, como temerosa—; pero no me encuentro bien... tal vez un poco cansada...

—¿Nada más que cansada?—insistí afectuosamente.

—Nada más...—y de nuevo me miraron sus ojos escrutadores.

—Acuéstate, pues.

—¿Y tú?

—Yo me iré a mi cuarto y... me acostaré también—dije para decidirla.

—Bueno... pues, sí... me iré a acostar... No puedo tenerme ya de sueño—y se levantó con algu-

na dificultad, y al dar los primeros pasos noté como si le costase trabajo andar.

—¡Tú no estás buena, Laureta!—exclamé alarmado.

—Sí... sí...; no es nada—y haciendo un esfuerzo se dirigió a su alcoba—. Buenas noches, Juanín. Duerme mucho y mañana ya todo estará pasado.

La vi alejarse con el corazón oprimido y preocupado; y aun después de haberla visto entrar en su alcoba permanecí de pie un buen rato fija la mirada en la puerta tras la cual había desaparecido, reconstituyendo con una asombrosa precisión toda la escena desarrollada desde su llegada con don Blas y sus amigos hasta aquel instante. Y dándome cuenta ahora de lo que parecía haberme pasado inadvertido en el momento de ocurrir, como si en mi memoria se revelase una cinta cinematográfica que yo no sabía cómo ni cuándo había impresionado, adquirí la conciencia de que mi pobre tía, aunque en un principio tratase de fingir alegría y satisfacción, no había estado alegre y satisfecha desde que entró en casa.

Me recriminé por haber tardado tanto en comprenderlo, y casi a punto estuve de correr a su alcoba para decirle que me perdonara por mi estulticia y despreocupación; pero ya debía estarse acostando y con gran dolor de mi alma aplacé para la mañana siguiente ese acto de contrición.

Comprendiendo que ya nada hacía allí, me fuí a mi cuarto y maquinalmente empecé a desnudarme,

muy despacio, perezosamente, inquieto y desasosegado como si temiese algo y no pudiera decidirme a meterme en cama. Y esperaba, atento el oído al menor rumor, que sobreviniera algún acontecimiento que reclamara mi presencia al lado de mi tía. ¡Hasta tal punto había aumentado en mi imaginación la gravedad e importancia de aquello mismo que durante dos horas ni siquiera logró llamar mi atención! Ahora tenía la certidumbre de que a Laureta le había pasado algo triste y doloroso, y en el persistente recuerdo de su expresión descubría lo que ante esa expresión misma no había adivinado.

¿Qué le podía haber pasado a mi pobrecita tía?

La actitud para con ella por parte de don Blas alejaba toda sospecha por ese lado; nada tampoco hacía presumir que mi abuela fuese la causante de su pena. La buena señora se fué a la cama sin que en ella se delatara ni la más leve señal de haber notado algo que la inquietase en su hija; tampoco era de presumir que se relacionara su disgusto con el empleo que tenía, pues siendo don Blas su principal...

Tales eran mis cavilaciones, mientras sentado al borde de la cama, no parecía sino que esperase a que mi tía me llamara y me sacara de dudas.

V

En el mismo instante en que me disponía a levantar las ropas para entrar en la cama, me pareció oír un sollozo que me hizo suspender todo movimiento y quedar en una actitud de espera angustiosa, más bien porque yo me esforzaba en no dar crédito a mis oídos, que porque en realidad dudase de que hubiera llegado a ellos y de su procedencia. Desde el primer momento tuve la convicción de que algo se produciría aquella noche que a mí me permitiera ver de nuevo a Laureta, explicarle cuánto me ocurría desde que tuve conciencia de que era desgraciada.

No tardé en salir de ese estado de duda, de perplejidad y de expectación más insostenible, casi dolorosa, a cada minuto que pasaba, porque el sollozo ahora claro y preciso, inconfundible, se repitió y tuvo un eco en mi corazón que palpité con mayor violencia todavía, tras una instantánea paralización que duró el breve tiempo que en el aire vibró el gemido.

Resueltamente me dirigí a la cercana alcoba de Laureta y ante su puerta entornada, por cuya

abertura salía una franja de luz, me detuve un instante sobrecogido por un temor que no se compadecía con lo laudable del propósito que había provocado mi impulso generoso. El silencio era absoluto en la casa. ¿Entraría? ¿No entraría?... ¿Pensaba yo que podía haber algo malo en allanar la alcoba de mi tía, que seguramente había de creerse a salvo de toda indiscreción, aun de las del afecto, en aquella hora avanzada de la noche? Por mi imaginación no cruzó ni la sombra de una idea pecaminosa; ni siquiera me estimulaba esa curiosidad que en cualquier otra circunstancia hubiera sentido ante la probabilidad de descubrir intimidades femeninas y más de una mujer tan soberbiamente, tan maravillosamente bella a mis ojos, como Laureta me parecía. Aunque yo no me hallaba en ese estado de pura inocencia, de ingenua ignorancia que a mi edad y en la vida pueblerina no habría hecho de mí un caso extraordinario, porque a perder una y otra, pureza e ignorancia, contribuyeron mi temperamento apasionado y vehemente en primer lugar, y en segundo, todas las enseñanzas que en la materia adquirí en ocasión del curso práctico de tauromaquia en compañía de aventajados profesores, que en teoría cuando menos eran poseedores de un caudal enorme de ciencia amatoria, que jactanciosamente exhibían, y de la que luego dispuse durante un año en Bernia para hacer cuantas experiencias quiso mi buena fortuna permitirme; sin hallarme, pues, en aquel envidiable estado, y no

obstante encontrar a mi tía inconmensurablemente más bonita que la que mayores atractivos me pareció que poseía entre todas las por mí deseadas y amadas y por cuyas caricias no hubo locura que no cometiese ni riesgo a que no me aventurase, yo no me habría atrevido a decirme a mí mismo que Laureta me gustaba. La quise así que la vi; durante todo el día no hizo más que crecer mi cariño por ella; ahora antepone su cariño al que por mi madre sentía, y por ella me hubiera dejado matar; pero si su belleza, sus atractivos físicos, habían influido en mis sentimientos, yo no lo sabía ni lo suponía, ni lo sospechaba... y sin embargo me sentía confuso, una extraña turbación se apoderó de mí en el momento de penetrar en aquella alcoba donde mi presencia sólo podía explicarla el interés afectuoso que a ella me conducía. ¿Por qué, entonces aquel temor que me sobrecogió?

Fué preciso que un tercer suspiro, quejumbroso y hondo, saliera de su pecho para que yo me decidiese al fin.

Empujé la puerta y entré.

Mi tía, sentada sobre la cama, las piernas encogidas, los codos apoyados en las rodillas y la cara oculta entre las manos con las que sujetaba un pañuelo con el que secaba sus ojos, continuaba llorando silenciosamente y no pareció advertir que yo me aproximaba.

—¿Por qué lloras, Laureta?—le pregunté emocionado y con acento de ternura que a mí mismo

me sonó de un modo extraño, como si la revelase mayor que la que yo creía sentir.

Vi que aquel cuerpo todo lleno de hechizos se estremecía como si un escalofrío lo recorriese, al propio tiempo que sus manos en un movimiento nervioso, rápido, se apartaban de la cara, y que sus ojos arrasados en lágrimas se posaban en mí asustados primero, dulces, buenos y acariciadores, sin dejar de ser tristes, en seguida.

Pero sus labios no profirieron palabra.

Esperé unos segundos la respuesta y como no viniera, insistí nuevamente:

—¿Por qué lloras, Laureta?... ¿No me lo quieres decir?

—No... por nada, Juanín... por... por...—y los sollozos interrumpieron la aclaración ansiada.

Me aproximé a ella, y lo mismo que se acaricia a un niño desconsolado, la atraje contra mi pecho y la besé en la frente.

—Dime, Laureta, por qué lloras. Eso te consolará... Tú ya sabes que te quiero mucho... y que me haces sufrir horribilmente viéndote así... tan afligida.

Ella a su vez me había abrazado, y oculta su cabecita adorable en mi pecho, sus lágrimas caían y rodaban sobre él ardientes y copiosas.

—¿Por qué no hablas?—repetí con un tono de dulce reproche.

—Porque... a ti... a ti... no te lo puedo decir...

—acabó por contestarme.

—¿No tienes confianza en mí, Laureta?—le contesté ofendido.

—Más que... en nadie... pero...

—¿Te ha ofendido alguien?... ¿No me crees capaz de defenderte?...

—Es que hay ofensas... que nadie sino uno mismo puede sentir y puede vengar..., Juanín.

No comprendía aquello y así se lo dije.

—Y además—añadió—si alguien me ha ofendido como tú dices, no ha pensado ciertamente en que lo hacía, ni yo puedo reprochárselo.

Confieso que aun entendí menos aquello.

—Pero...—quise empezar.

—Es que... los hombres son muy egoístas... muy crueles...

—¿Yo también, Laureta?—le pregunté asustado.

—Tú eres mi Juanín... tú no eres un hombre—y al acentuar el abrazo quedé sentado en su misma cama al lado de ella.

—Entonces... ¿quién te ha hecho llorar? Dímelo... y yo le mataré. ¿Ha sido don Blas?—le pregunté a todo evento, casi seguro de que no podía tratarse de él.

—Sí... ha sido don Blas... pero... pero... porque... me quiere mucho... y tú no puedes matarle...

Tuve la intuición de lo ocurrido.

Juanín... era un hombre, contaba entre sus aventuras amorosas, allá en el pueblo lejano, con una de esas hazañas que tanto nos envanecen, y sabía

de egoísmos y crueldades masculinas; lo único que me desconcertaba un poco era que aquello hubiese ocurrido aquel día, porque en mi malicia yo había supuesto que la intimidad de las relaciones de mi tía con el «amigo de casa» databa de más tiempo.

—¡Pobre Laureta!—exclamé besándola conmovido—. Pero yo me figuraba...

—No... no...—me interrumpió ella que por el tono debió adivinar mi pensamiento—. Ha sido esta noche... una hora antes de la comida... que según él me dijo quería que fuese en tu obsequio y para conocerte, por lo que me anunció que vendría al casino con anticipación por mí, para que comprásemos algunos fiambres y vinos. Así lo hizo, y después de las compras me pidió que lo acompañara a su casa, y cometí la tontería de acceder, tal vez pensando que allí con su hermana en cama y su sobrinita enredando por las habitaciones no corría riesgo ninguno. Por desconsiderado que fuese, la presencia en casa de una enferma y de una chiquilla me figuraba yo que bastaba para mi seguridad... en aquella ocasión cuando menos, y ese fué mi error. El, como todos los demás, sólo atiende a su gusto y a su capricho y no hay respeto ni consideración que le detenga cuando llega el momento de satisfacerlos... Mentiría si no te confesara también, que yo sabía que eso había de suceder tarde o temprano... porque él lo deseaba y yo, puestas las cosas en el punto que se hallaban... no podía negarme... Más cuando él siempre me ha hablado

de casamiento... tan pronto como su hermana, que está muy enferma, muera... Pero yo, que no le quería antes... ahora le aborrezco... porque... porque... ha sido un bárbaro... no ha tenido compasión de mí... y se me ha hecho odioso... Y por eso lloro... no por lo que he sufrido y sufro... sino porque no le quiero... y la vida a su lado será un martirio...

Hablaba con rabia, con despecho, y continuaba llorando. Yo no sabía qué hacer para calmarla, para consolarla, y todas las caricias, todas las palabras de cariño, todas las promesas con que procuraba mitigar su pena resultaban ineficaces.

Y, cosa rara, aquella carne atormentada, dolorida, vejada, mancillada, que buscando un apoyo, un amparo, se apretaba contra la mía, al propio tiempo que piedad, yo no sé qué extraña turbación me producía su contacto, no por hermosa, no por lozana, sino por algo que, confusamente y contra mi voluntad, hacía que se agitasen en el fondo turbio de mi ser dormidos instintos que ahogaban en mi pecho la compasión y forzaban a mi imaginación a representarse con deleite, lo que en mi conciencia seguía considerando un bárbaro ultraje por ser quien era la víctima de él y porque yo la veía desolada y maltrecha en mis brazos, en los que confiadamente había acabado por abandonarse a mi ternura y a la dulce voluptuosidad que se iba enseñoreando de nosotros piadosamente.

—Lo aborrezco a él... y aborrezco a los hombres...

por malos... por perversos... por bárbaros... Ahora te querré a ti sólo, Juanín... porque tú no serás como los otros...

En mi gratitud al oír aquella promesa que era la bienaventuranza para mí, la estreché tan fuertemente y con tal ardor la besé que en sus labios vi por fin la sonrisa que durante todo el día me había acompañado, y en sus ojos aquella luminosa mirada que las lágrimas habían empañado.

—¡Mi Juanín... Juanín mío!—exclamó enternecida devolviéndome mis caricias—. ¡Tú sí que me quieres!

—Más... más... Laureta, que he querido a nadie...

.. .. .

Y después... y después...

Yo no sé lo que ocurrió después; y si lo sé, ignoro cómo pudo ocurrir.

Casi juraría que ni en ella ni en mí hubo un propósito consciente; que ni sus besos ni los míos perdieron nunca su inocencia; que en la dulzura infinita, inefable que yo sentía al recorrer con mis manos la suavidad incomparable de su piel; que en la deliciosa sensación que el tibio contacto de su cuerpo me producía, no pudo haber un estímulo ni una tentación de que yo llegase a darme cuenta, porque ni pensaba, ni quería en aquellos minutos nada; no hacía más que sentir, y en sentir había concentrado todas mis facultades.

Con la vaguedad de un susurro lejano llegaban a

mis oídos suspiros y palabras cuya significación se me escapaba y tampoco podría decir si eran los labios de ella o eran los míos los que las proferían. Y... ya no recuerdo más.

Cuando a la mañana siguiente desperté en sus brazos, mi sorpresa no tuvo límites. En el primer momento de abrir los ojos y encontrarme al lado de Laureta, que dormía aún abrazada a mí, más hermosa, más radiante que nunca, fué tan grande la dicha, el placer, la alegría que experimenté, que yo creo que ha sido ese el minuto más feliz de mi vida; pero casi en seguida, al querer recapacitar, hacer memoria sobre lo que había sucedido, me sentí tan culpable para con mi pobre tía, que mi primer pensamiento fué huir para escapar a su dolor, a su enojo y a sus quejas cuando se diese cuenta de lo que en nuestra embriaguez habíamos hecho.

No era yo, ciertamente, más culpable que ella, ni en realidad lo éramos ninguno de los dos; pero yo sabía que para ella había de resultar penosísimo verme en su cama al despertar, y no sintiéndome con valor para afrontar su pesar o su enojo, me dispuse a huir y esperar en mi alcoba los acontecimientos.

Al tratar de desasirme de sus brazos, aunque puse en ello sumo cuidado, ella, al propio tiempo que con un movimiento instintivo volvió a anudar el abrazo, como si temiera que yo me escapara, abrió los ojos en los que no descubrí rastro de sorpresa, sino una infinita ternura al clavarse en mí, mien-

tras en sus labios se dibujaba aquella sonrisa tan suya que comunicaba su encanto a todo su semblante.

—¿Me querías dejar, Juanín?—me preguntó con acento de tierno reproche.

—¡Creí que estarías enfadada conmigo también!—le contesté ingenuamente.

—¡Contigo! ¿Con mi Juanín? ¡Qué tonto!—y reía, y me besaba apasionadamente. Luego, adoptando un aire de cómica gravedad, añadió:—Claro que no me faltan motivos para estar enfadada, porque... porque me has engañado. Yo te consideraba como mi Juanín nada más... y no quería ver en ti un hombre, y tú... y tú... Pero te perdono... con una condición...

—¿Cuál?—le pregunté—. Pon la que quieras.

—Que no te has de arrepentir—me contestó provocativa echándome los brazos al cuello y riendo con más fuerza.

También a mí me hizo gracia lo de mi tía, y reí con ella, recobrando todo el aplomo que mi miedo anterior me había hecho perder. No necesitaba yo mucho para disipar los escrúpulos, pues en verdad no me he visto afligido jamás ni por su cantidad ni por su tenacidad, así que no tan sólo di por bueno todo lo pasado, sino que me sentí satisfecho y orgulloso de mi obra, y me atreví a contemplar como pertenencia propia, por derecho de conquista, a la espléndida belleza, que, hasta un momento antes únicamente, me parecía haber profanado.

—Tú me querías vengar—prosiguió Laureta, rebozante de amor, de pasión, de reconocimiento, que ponía en sus labios todos los halagos, todas las ternezas—y además de vengarme de la manera más dulce, me has dado una compensación como yo no hubiera podido nunca imaginar. ¡Si tú supieras lo desgraciada que yo era anoche y lo dichosa que soy esta mañana!

No, no lo sabía, ni me hubiera atrevido a sospecharlo cinco minutos antes.

¿Tendría razón mi amigo *Rechorizos* cuando afirmaba que las mujeres eran unos animales muy raros?

Esta irrespetuosa duda me cruzó por la imaginación mientras, sin saber qué respuesta darle a mi tía, me quedé mirándola con ojos interrogadores.

—Y esa dicha te la debo a ti, Juanín—prosiguió mi seductora tía, en un tono de gratitud conmovida que sonaba halagüena a mis oídos y se adentraba hasta mi corazón—. Para mí anoche, vivir ya no podía ser más que un martirio; creía que mi existencia no tenía objeto, y lloraba por mi juventud estropeada y mis ilusiones rotas. Ahora... ahora mi juventud y mis ilusiones son para ti... y hasta me avengo a sufrir... al *otro*, con tal de no perderte a ti... ¡Ya verás, ya verás... lo felices que somos!

—Pero...—me atreví a objetar—si al *otro*... tú lo aborreces...

—No me acuerdo de eso... Al *otro* lo necesitamos; necesitamos su dinero, puesto que nosotros no lo

tenemos... El ha querido hacer de mí su querida, ya lo soy, pero tendrá que pagarlo, como lo pagan todos... Yo nunca había pensado en eso, pero hoy lo pienso... ¡Ya verás, ya verás!...

En ese vago «ya verás», había todo un programa cuya realización ni me indignó ni me asustó; ni siquiera me produjo extrañeza en labios de mi tía, que por lo tanto nada perdió en mi concepto.

—¿Es que yo había nacido para el cómodo oficio a que mi tía me destinaba?

No lo creo. Probablemente yo no había nacido para nada, como el resto de los mortales; pero poco a poco, y sin que de ello fuese responsable nadie más que la vida misma, me fuí formando tal y como ya en aquellas circunstancias me revelaba: un hombre libre de eso que llamamos «prejuicios», que puesto que no tuvo el menor interés en venir a este mundo quería permanecer en él con las menores fatigas posibles y los mayores placeres que le fuera dado procurarse. Como a mi tía no la hacía mejor que a mí, estaba justificado que encontrase muy puesto en razón su discurso y propósitos.

Por si acaso, ella, ya en plan de confidencias, se creyó obligada a nuevas aclaraciones que acabaron de ilustrarme.

—Como eres muy joven todavía, y no conoces el mundo, que yo, que no soy mucho más vieja que tú, te hable como te hablo, tal vez te produzca extrañeza o...

—No, Laureta, no—protesté—; yo te escucho y haré lo que tú quieras.

—Eso ya lo sé. ¿Te figuras que dudo de tu cariño y de ti? Pero es preciso que te diga, que aunque yo sea casi tan niña como tú, sé de la vida lo que tú no puedes saber. Desde muy pequeña, porque mamá... ya verás como es mamá, me dejó casi en absoluto dueña de mis acciones, y me crié donde me crié, unas veces por perversidad, otras por inconsciencia, otras por imprudencia, me fuí enterando de lo que para las otras chiquillas suele ser un misterio cuando no un secreto; y no tan sólo pude darme cuenta de mi posición en el mundo sino del destino que probablemente me estaba reservado. Y en vez de afligirme por ello, me encaminé a él valientemente. Pero no ciegamente. Quise ponerme en condiciones de sacar el mejor partido de mí misma, y para ello estudié con provecho y con ahinco, y a los diez y siete años era mecanotaquígrafa, conocía el francés y el inglés y la contabilidad... Y ya ves... ¡entonces estuve a punto de meterme a tanguista! Una muchacha que había estado en nuestro asilo... Ya te lo contaré otra vez... Afortunadamente por entonces conseguí la primera colocación y eso evitó la catástrofe... Mis conocimientos quería yo que me sirviesen de medio de resistencia, que me evitasen la caída estúpida, hostigada por el hambre... y así fué. Pero vino luego... don Blas, hombre generoso, simpático, que empezó por darme un gran sueldo como mecanógrafa en su casa, que luego para

aumentar mis honorarios me puso de cajera en los recreos mayores del Casino Internacional Deportivo, y que poco a poco con sus obsequios, con sus regalos me hizo conocer una vida casi lujosa... y esto me obligó a él... y yo no ignoraba a qué...

Se detuvo un momento mi tía; su expresión era entonces de honda melancolía, triste como en la noche anterior, y yo sufría y no sabía cómo poner término a su penosa rememoración.

—Lo más grave—prosiguió—es que yo no sentía por él amor ninguno. Le estaba agradecida, me parecía un hombre espléndido y agradable; pero esto no era bastante para que yo me decidiese a hacerle el sacrificio de mis años de cordura, de prudencia y sagacidad, que me figuraba que merecían como premio a más del bienestar la satisfacción de mi gusto. Pero por lo visto no se puede exigir tanto... y ya sabes lo que ha pasado. Afortunadamente has venido tú a redondear mis aspiraciones y a completar mi felicidad.

No me dió tiempo a envanecerme.

En sus ojos brilló de nuevo la alegría que se comunicó a toda su carita de chiquilla ingenua y maliciosa a la vez, y sus labios golosos ya no profirieron una palabra más: besaron, mordieron, me atolondraron con sus caricias, en las que había fuego, perversidad, provocación, como si para ellos no existieran secretos en el arte de besar.

Era ya día claro cuando nos separamos ante el temor de que Gertrudis, que no podía tardar en

levantarse, nos sorprendiera en la misma cama; y con la promesa de que más tarde acabaríamos de planear nuestra vida futura con arreglo a la pauta que mi tía había esbozado, salí de su alcoba y me encaminé a la mía, tan satisfecho de mí mismo, de Laureta, hacia la cual no hay que decir que mi cariño se había centuplicado, y de la vida, que cuando me estiré en mi camita y acto continuo volvieron a mi memoria los deliciosos momentos de aquella mi verdadera primera noche de amor, una ola de voluptuosidad me envolvió y mecido por ella mis párpados se cerraron y quedé dormido beatíficamente.

Tal fué mi primer día de Madrid, que tanta influencia había de tener en el resto de mi vida.

VI

Las cuatro o cinco horas que duró mi sueño mañanero, de poco más de las cinco a las diez, las debí de pasar soñando en Laureta, en las caricias de Laureta, porque cuando abrí los ojos y la vi sentada al borde de mi cama inclinándose para besarme, no me produjo la menor extrañeza, como si en realidad aquel beso fuera uno más en la serie infinita de los dados y recibidos. Y echándole los brazos al cuello mantuve su cara pegada a la mía aspirando con delicia el perfume de su carne fresca y lozana, y volví de nuevo a cerrar los ojos.

—¡Y si lo dejara, se dormiría de nuevo tranquilamente!—oí trasoñado que decía mi tía, medio sofocada por lo apretado de mi abrazo—. ¡No, no, Juanín, alma mía, ya has dormido bastante! Menos he dormido yo... Ahora a levantarse; te tomas un buen baño, que ya lo tienes listo, y a la calle con su Laureta, que en menos de dos horas te va a poner desconocido... como corresponde a un muchacho tan guapo como tú...

Yo había vuelto a abrir los ojos y la escuchaba

como quien oye una música agradable, pero sin darme cuenta exacta del sentido de las palabras.

—¡Arriba el perezoso!—continuó tirando de mí para incorporarme—. Tenemos menos de tres horas de tiempo, y hemos de ir a muchas tiendas. No quiero verte más con ese traje de corte pueblerino, ni con esas botas, ni con ese sombrero... ¡Qué lástima que el traje no pueda ser a medida hoy mismo! Pero te la tomarás para otro y hoy revolveremos todos los bazares hasta que estés a mi gusto. ¡Arriba he dicho!

¡Me encontraba tan bien entre el calor de la cama y el calor de su cuerpo! ¡Era un goce tan delicioso—prolongación y eco de todas las voluptuosidades que aun estaban latentes en mi recuerdo y en mi sensibilidad—el que experimentaba con su presencia y con su contacto, que los esfuerzos de mi voluntad no eran bastante para arrancarme de aquel estado de semi inconsciencia, o ni del todo dormido ni del todo despierto, en que hubiera sido la mayor dicha continuar indefinidamente.

Pero no fué posible. Hube de renunciar a ella obligado, precisamente, por la persona que no habría reparado en sacrificios por verme dichoso. Como así lo reconocí no pude guardarle rencor...

El programa se cumplió tal y como mi tía lo había dispuesto, y de la zapatería a la sombrerería, de la sombrerería a la sastrería, en menos de dos horas mi transformación fué completa, en lo que a la indumentaria se refiere.

—¡Como si te lo hubieran hecho para ti!—aseguró Laureta, admirándome, cuando entró en el probador donde la metamorfosis se había operado—. ¡Ahora sí que vas bien vestido!... El traje, el abrigo, todo te está muy bien.

Y no pararon ahí sus larguezas; aun quiso comprarme un reloj y darme dinero para el bolsillo... ¿Abundan las tías como ésta?...

Ya en la calle, vestido, alhajado, provisto de dinero y con Laureta al lado, me creí con derecho a pavonearme, lo mismo, exactamente lo mismo que si todo aquello que tuvo a bien la loca suerte volcar sobre mí, sin otra justificación que su locura, fuera una conquista de mi esfuerzo inteligente, o mejor todavía, como si desde el indumento al amor todo ello le fuese debido a mi persona serrana y no hubiera hecho más que reintegrarme de lo que era mío y me correspondía.

Para que mi satisfacción y vanidad llegasen a un grado que no sé si en ninguna otra ocasión han alcanzado, aun no habíamos dado veinte pasos por la calle de Preciados, cuando he aquí que por la misma acera y en dirección opuesta, aparece ante nosotros aquel *Rechorizos*, mi mentor y guía en mi etapa de aficionadillo, que como si no se atreviera a dar fe a lo que sus ojos veían, se detuvo indeciso a dos pasos de nosotros, mirándome fijamente, con un conato de sonrisa que no acababa de romper en sus labios.

Yo, que no tenía la menor duda respecto a su per-

sonalidad, quise poner término a su perplejidad, y me eché a reír al propio tiempo que le tendía la mano.

—¡Ola, Manuel!—exclamé.

—Ya sabía yo que eras tú—respondió él con sincera alegría estrechándome efusivamente la mano.

—Pero tan buen mozo, hecho ya un hombre, tan elegante... y tan bien acompañado... la verdad... dudaba... Ahora ya comprendo que esta señorita ha de ser forzosamente tu hermana... Tiene tu misma cara... No lo podéis negar... Cualquiera creería que sois gemelos...

Laureta se puso muy encarnada, no sé por qué, y se echó a reír, mirándome a mí.

—Pues no somos gemelos... ni siquiera hermanos—le contesté con un cierto orgullo—. Esta señorita es mi tía y yo su sobrino.

—¡Un sobrino mayor que su tía!—exclamó *Rechorizos* devorando a Laureta con los ojos.

—De la misma edad—intervino ella antes de que yo pudiese hablar.

—Pues parece él mayor... Hermana o tía, te felicito, Juan, por tener una persona de tanto mérito en tu familia—dijo mi antiguo compañero sin quitar la mirada de Laureta, que se creyó obligada a bajar los ojos y sonreír agradecida.

También yo sonreí; pero mi sonrisa era de vanidad.

—¿Y qué es de tu vida, Manuel?—le pregunté con cierto aire de protección.

—La mejor de las vidas. Le sirvo los estoques a Rafael y soy su hombre de confianza. ¡Qué contento se va a poner cuando sepa que estás aquí! Mañana se presenta en la plaza de Madrid.

—¿Mañana?—pregunté alborozado.

—Sí, mañana... Vente esta tarde al café de Lisboa, que allí paramos, y te dará un billete. ¡Verás qué alegría tiene Rafael cuando te vea!

Retrocedió con nosotros hasta la Puerta del Sol, a pesar de que se hallaba atareadísimo, con tanta cosa como tenía que arreglar todavía, porque...

—Tú no te puedes figurar lo serio que es el *debut* de un torero en Madrid, cuando viene con el cartel que se trae Rafael de provincias.

No, yo no lo sabía. Era una de las muchas cosas que ignoraba aún; pero me bastaba la palabra de *Rechorizos* para creer que, efectivamente, la cosa debía de ser muy seria.

Le prometí ir a tomar café al de Lisboa que...

—Ves—me dijo, señalando casi enfrente de la entrada de la calle de Preciados, donde nos detuvimos de nuevo—es allí. Al lado mismo del Bazar de la Unión.

Nos despedimos en seguida, y mi tía y yo nos dirigimos hacia el centro de la plaza en busca de nuestro tranvía.

—¡Qué gracia, tu amigo!—exclamó así que anduvimos unos pasos—. ¡Tomarnos por hermanos!

—Pues yo no veo que nos parezcamos tanto—dije

yo, que en realidad no notaba hasta ese punto el parecido.

—Sí, nos parecemos, sí... Los ojos y la boca son iguales...

—Me alegro entonces... No me tenía yo por tan guapo.

—Lo eres mucho, Juanín... mucho más que yo— me dijo ella mirándome enternecida, con acento infinitamente dulce.

Aquella tarde me presenté en el café de Lisboa como le había prometido a *Rechorizos*.

Allí estaba ya *Carabina* sentado a una mesa con un grupo numeroso de amigos, y él fué el primero en verme.

—¡Juanito!—gritó poniéndose en pie y con los brazos tendidos.

—*Carabina!*—dije yo abrazándole.

—No sabes la alegría que tuve cuando me ha dicho *Chori* que ibas a venir. ¡Estás hecho un real mozo! Supe en Valencia por un paisano nuestro que pensabas venir a Madrid a estudiar...

—Sí... a estudiar...—respondí como trasoñado, porque, efectivamente, en los dos días que llevaba en la corte aquella era la primera vez que lo del estudio pasaba por mi mente—. Y tú, ya sé que mañana toreas aquí, y que por provincias has armado una revolución.

—Me han *rodado* bien las cosas, es verdad; pero hasta que no torea uno en Madrid... Yo quería venir

antes, pero mi *apoderao*, este señor bajito que habla ahora con *Chori*, no quiso... y tal vez tenga razón... Ahora, a últimos de temporada, si me viene el santo de cara, puedo hacer valer el éxito para el año que viene, sin verme obligado a torear de nuevo aquí... y si me viene de espaldas, hay unos meses de por medio para que la gente se olvide... No, como estar bien «administrao», lo estoy; Manolito es un hacha.

Me fijé en el aludido, y no me pareció un hacha. Si parecido tenía con algún instrumento o herramienta era con un cilindro apisonador: bajito, gordo—y a eso debía el remoquete de *Recoquín*—mofletudo, con dos ojillos inquietos y penetrantes, una vocecilla aflautada y unos bracetos que estaban constantemente en escena y en acción, es posible que lo grotesco de su tipo contribuyera a hacerle simpático, como después vi que le ayudaba no poco su descarado, su cinismo, para que en él se diesen los más contradictorios efectos.

Durante el examen a que yo a hurtadillas le había sometido, él se ocupaba en irle entregando a *Rechorizos* unas cartas al parecer, acompañando a cada sobre de una concisa explicación, que el otro acogía con movimientos afirmativos de cabeza en general y sólo alguna que otra vez con una mirada interrogadora como en demanda de un suplemento de instrucciones. Así fueron pasando hasta diez o doce sobres de manos de Manolito a las de Manuel.

—Ya sabes—concluyó aquél—en manos propias, y con toda discreción.

—¿Pero es que usted cree que es la primera vez que hago yo estas cosas?—le preguntó *Rechorizos* como ofendido en su dignidad profesional—. En provincias ¿quién le arreglaba la prensa a Rafael, cuando usted no venía?

—En provincias no es en Madrid, *Chori*, y no está de más que lo recuerdes, por si acaso. Bueno, y ahora, ya te estás pirando que quiero que esta tarde quede todo en poder de los interesados, que en eso hemos quedado.

Levantóse *Rechorizos* un poco amostazado y al despedirse de mí me entregó la entrada prometida.

—Hasta mañana, Juan—me dijo con un tono resignado, que me hizo pensar que pese a sus dichos, *Rechorizos* no era feliz en su nueva posición. Había perdido aquel empaque, aquella seguridad y fe en sí mismo que le eran característicos, en los tiempos de hambres y zozobras de las capeas, cuando ni siquiera con los redrojos de las viñas se podía contar, pues siempre había alguien que se adelantaba en la revendimia esquilmadora. Hasta su mote se había disminuído y ya nadie le llamaba *Rechorizos*; con decirle *Chori* se daba ya él por requerido.

—Hasta mañana, Manuel. Yo estaré aún aquí un rato con *Carabina*—le contesté yo.

—Con Rafael Matillo... Eso de *Carabina* ya es de la historia pasada—me corrigió el celoso mozo de estoques.

—Déjale que me llame como quiera—intervino el

interesado—. Para ti yo siempre seré *Carabina*... Pero en los carteles... dicen que no hace bien.

—Otra tontería de los sabios—saltó Manolito, jugando los dos bracitos como un pulchinela—. El cartel lo llena cualquier nombre si el que lo lleva se arrima y le hace cosas al toro. Ahora nos parece que *Cúchares*, *Tato*, *Lagartijo*, son apodos que huelen a torero... y es que huelen a los toreros que los llevaron. ¿Quieren ustedes decirme dónde tienen la torería, la gracia, la bonitura esos motes? Si *Carabina*, es decir, si Rafael hace tres tardes en Madrid lo que ha hecho veinte por provincias esta temporada, yo les aseguro que *Carabina* apestará a torero a más leguas que hay de aquí a Lima.

—En eso tiene razón Manolito—convino obsequiosamente uno de sus machacantes.

—¿En eso nada más?—preguntó con su habitual descoco *Recoquín*—. La tengo en todo.

—¡Hombre!...—quiso protestar un banderillero viejo, habilísimo en el arte de enzarzar a las gentes. —¿También cuando dices que todos los *taurinos* somos unos sinvergüenzas?

—En eso más que en nada... empezando por mí —afirmó el interpelado—. Yo me guardaré muy bien de dudar de la decencia de cualquiera que sea, en todo lo que no se refiera al toro, pero en lo tocante a eso, unos sinvergüenzas todos...

—Todos no, Manolito—replicó dignamente un muchacho, aprendiz de apoderado, recién llegado de Cartagena, y que empezaba a colaborar en algunos

periodiquitos de toros—. Yo por lo menos, todavía no he perdido la vergüenza...

—Pero tienes unas ganas locas de perderla, Perico... ¡Y es natural! ¡Valiente olla ibas tú a poner a base de vergüenza! ¡Y como de lo que se trata es del garbanzo!...

—¿Pero es que ese garbanzo no se puede ganar honradamente?—preguntó el otro, firme en su papel de hombre digno.

—Hombre, eso es según lo que tú entiendas por honradez... Porque no sé si sabes que hay honradeces de varias clases.

—No, no lo sabía... Yo me figuraba...

—¡Sabré yo que tú estás lleno de figuraciones!... Pero por eso me ha puesto Dios en el mundo, para quitártelas. ¿No comprendes, infeliz, que si eres honrado con tu torero, es decir, si tienes la honradez profesional que para cumplir con tu cargo necesitas, no puedes ser honrado con el público? Para engañar a éste has de mentir, has de sobornar a los revisteros, te has de poner de acuerdo con todos los que intervienen en ese «timo del portugués» que en nuestra jerga se llama «*administrar bien*» a nuestro poderdante. Y nada te importa que de ese timo resulte además de engañado el público—al que le das un fajo de recortes de periódicos ofreciéndole billetes, o sea un torero que es una medianía por gran artista—, perjudicados los compañeros que actúen con él a poco que puedas y te lo permitan los medios de que dispones. Y si no haces eso, y eres

honrado de la otra manera, dejas de serlo para con el que se ha confiado a ti. ¿No lo ves claro?

—Pero eso será cuando se necesite recurrir a tales procedimientos—objetó Perico.

—¿Y cuándo no se necesita?... Créeme, que no te equivoco; de tal manera se han puesto hoy las cosas que si tú, de buena fe, te has imaginado que vas a poder comer de esto conservando esa vergüenza de que pareces tan orgulloso, esta noche misma debes tomar el tren y marcharte a Cartagena... Pero no creo que te dé tan fuerte ¿verdad?...

—y soltando una carcajada final quedó terminado el incidente.

Escuché el discurso de Manolito el *Recoquín* con la misma atención que yo siempre ponía en estas peroraciones, y todo cuanto le oí decir me pareció lleno de verdad y buen sentido. Indudablemente había en mí una gran predisposición a la *taurinidad*, y no dudé de que en la materia había yo de ser algo. Una voz interior me lo aseguraba.

Rafael que, como los otros contertulios, no había hecho más que reír de esa manera indulgente con que se pretende atenuar el efecto que en los demás puede producir la crudeza de expresión de un amigo o allegado, así que su apoderado terminó se volvió a mí y entablamos una animada conversación.

No nos veíamos desde hacía más de un año, pues desde que la guardia civil nos separó, ya no había vuelto al pueblo. De Extremadura se fué a Málaga, allí le salió un protector y con él pasó el invierno,

asistiendo a tentaderos y tomando parte en festivales en lo que se reveló como un futuro lidiador de gran porvenir y su nombre empezó a sonar entre los aficionados de por allá. Al comenzar la temporada se echó a torear y primero en Málaga, después en Granada, en seguida en Córdoba y luego en Sevilla, armó el escándalo; ese escándalo tras el cual van todos los torerillos y en el que cifran todas sus esperanzas. De Andalucía saltó a Valencia, pasó después a Barcelona, inmediatamente a Zaragoza, y como, con más o menos fortuna, en todos los lados confirmó la fama de que iba precedido, y se apreciaron en él además de la valentía precisa, más conocimientos del arte de los que su poca práctica habría hecho suponer, y sobre todo una manera muy suya de torear, en la «afición» de toda España el nombre del joven *Carabina* se hizo popular y no hubo público que no reclamara su presencia ni empresario que no lo solicitara. Madrid inclusive; pero la de Madrid es una carta muy importante para jugársela al tun tun; y la «buena administración» aplazó su *debut* mientras fué posible, combinándolo al fin, para aquel domingo de los comienzos de octubre, por las razones que *Rechorizos* había tenido a bien comunicarme.

Explicado todo esto a grandes rasgos por mi amigo y paisano, me tocó a mí ponerle en autos de lo que me atañía.

—Es verdad... Ya no me acordaba que tu abuela vive aquí... Yo la conozco,..; pero a tu tía no.

Debía de ser muy pequeña cuando nosotros nos fuimos del pueblo; y cuando volvimos ya no estaba... Me ha dicho *Chori* que es una chiquilla que quita la cabeza... Me llevarás a tu casa... ino por eso!, sino porque tengo deseos de saludar a tu abuela y conocer a tu tía.

—¿Quieres que vayamos ahora?—le propuse con la mejor voluntad.

—¿Ahora?... Bueno, sí... Vamos ahora.

Eran ya cerca de las siete cuando salimos del café, donde casi nos habíamos quedado solos haciéndonos confianzas y rememorando lances y fechas.

En un periquete nos llevó un *taxi* a casa de mi abuela; y por parte de ésta y por parte de mi tía, que ya estaba de regreso del Círculo, mi amigo *Carabina* tuvo una acogida afectuosa y amable.

—Yo no me acordaba de usted—le había dicho Rafael a Laureta así que se la hube presentado.

—¿Y le hablas de usted?—preguntó sonriente mi abuela—. Eso entre paisanos y de una misma edad no está bien. ¿Verdad Laura?

—Desde luego...; pero como no nos conocemos—respondió mi tía un poco cohibida.

—¡Con lo amiga que yo era de tu madre!...—agregó la vieja, cordial y expansiva.

Y siguió la obligada serie de investigaciones, preguntas y respuestas, acaparando casi por completo al torerito, que de vez en cuando clavaba en Laureta sus ojos llenos de admiración, para bajarlos en seguida, como si se diese cuenta de que era osadía

y temeridad posarlos en tanta belleza; o los volvía hacia mí en demanda de un «capotazo» con el que le hiciera «el quite». Pero mi abuela era en ocasiones de una «codicia» imponderable y no había manera de hacerle soltar la presa.

Por fin llegó el momento de la despedida, y toda la familia acompañó hasta la escalera al paisano famoso, deseándole mucha suerte para el día siguiente y haciéndole prometer que volvería a visitarnos.

Yo le acompañé hasta la parada del tranvía.

—¿Sabes que tu tía es aún más bonita de lo que me había dicho *Chori*?—fué lo primero que me dijo cuando habíamos dado ya algunos pasos en dirección a la calle de Velázquez.

—¡Ja, ja, ja!—me eché a reír—. ¡Y para decirme eso has necesitado pensarlo tanto?

—No... pero... la verdad... es una de esas mujeres que quitan la cabeza... ¡y qué amable, qué fina, qué simpática!...

—¿A ver si es a ti al que ha quitado la cabeza?—le pregunté riendo de nuevo.

No me contestó de momento; y luego sin responder a mi pregunta, dijo:

—¿Por qué no la traes mañana a la corrida?... Yo le brindaría un toro...

—Se lo diré—respondí complaciente, y a punto estuve de añadir que sería preciso que don Blas lo permitiera; pero me pareció una indiscreción hablarle a mi paisano del «amigo de casa», y no añadí una palabra.

VII

El triunfo de Rafael en Madrid fué sonado.

Revistero hubo que afirmó que con el capote había toreado como jamás otro lo hiciera en aquella plaza, y las 13,013 personas consabidas, consagrado tópico, hicieron nuevamente su aparición para dar idea de la unanimidad con que se le concedió la oreja por una de esas faenas imborrables de muleta, rematada con una estocada en la propia cruz.

Si este clisé fué el más prodigado, no faltó tampoco el otro, aquel que aseguraba que «como ese diestro torea no se puede torear», porque si es verdad que se le había visto «parar y templar», en cambio «no mandaba», y «metido siempre dentro del toro», no se puede torear cuando no se «manda».

—Tiene razón—comentaba al día siguiente Manolito el *Recoquín*, alborozado y más agresivo que nunca—a ése creo que no le hemos *mandado* nada. No sé cómo se me olvidó, pero descuida, galán; cuando volvamos a torear *mandaremos*, y te convencerás de que Rafael Matillo sabe hacer caso de la crítica.

Laureta había ido a la corrida, pero no conmigo, con don Blas, y aunque yo le indiqué a Rafael aproximadamente la localidad que ocupaban, no dió con ella y se quedó con las ganas de brindarle el toro —el toro de la oreja, precisamente!

—¡No te olvides de decírselo!—me encargó muchas veces.

—¿Pero es que no vas a ir a despedirte?—le pregunté—. Entonces se lo dices tú.

—¿Tendré tiempo?... Mañana toreo en Ondara... Pero he de volver este invierno a Madrid, porque don Manolito dice que quiere arreglar lo de mi alternativa y que yo esté aquí... Si no voy hoy a despedirme, mi primera visita será para ella cuando vuelva... No te olvides de decirle lo simpática que me ha sido... lo mismo que tu abuela.

—Bueno se lo contaré... a mi abuela—dije riendo, pero empezaba ya a preocuparme el interés de mi amigo por mi tía.

¿Celos? Probablemente, no. Me chocaba e intrigaba la cosa y nada más. Y puesto a decir la verdad, quizá me gustase que a mi amigo le hubiese impresionado tan favorablemente Laureta, en primer lugar por lo que lisonjeaba mi vanidad, y en segundo porque yo sentía por él verdadero afecto y me parecía bien que quisiera lo que yo quería, sin que los derechos de propiedad que sobre el afecto de mi tía había adquirido se resintiesen en nada ante la idea de una posible aminoración.

A don Blas, el torero le había producido bonísi-

ma impresión, y no se recató en decir que si se ponía a tiro, acaso pudiesen llegar a un acuerdo para la próxima temporada.

—Ese chiquillo es «gente», y bien administrado...

Cuando supo la amistad que yo tenía con él y que era de nuestra tierra, añadió:

—Dile que se deje ver, que quiero hablarle... Prefiero entenderme con él que con Manolito el *Recoquín*.

—Se va esta noche—le contesté al «amigo de casa»—pero me ha dicho que piensa volver pronto para arreglar lo de la alternativa para el año que viene.

—De eso es lo que quiero hablarle... y podemos ganar mucho dinero todos... Ese chiquillo bien administrado...

Lo de la buena administración era un enigma para mí, porque si bien había oído hablar mucho de ello, y conocía ya alguno de sus secretos en que estribaba, lo de que con «buena administración» no le quedase al administrado un real, me desorientaba. Pero por lo visto esta administración de don Blas debía de ser diferente, puesto que todos habíamos de ganar dinero, y todo parecía indicar que en ese *todos* estaba incluido el torero también.

Se marchó Rafael sin despedirse de mi familia, cosa que mi abuela pareció sentir mucho y Laureta un poco, pues habría deseado felicitarle por su triunfo y darle las gracias por la deferencia que con ella había pensado tener; y yo continué frecuen-

tando la peña del café de Lisboa, «arropado» por *Chori* y don Manolito, que además de ver en mí al íntimo de Rafael, también veían al... allegado de don Blas, que tanto podía influir en la carrera del futuro matador de toros.

Aplicado y constante en la asistencia, mi aprovechamiento en materia taurina era notable; pero como no es posible atenderlo todo, casi abandoné en absoluto los estudios que me habían traído a Madrid, y hasta la idea de ser médico apenas si muy de tarde en tarde cruzaba por mi imaginación, como una cosa vaga, lejana, remota, que pasado un momento se desvanecía.

Laureta, cada día que pasaba más buena y más cariñosa conmigo, también parecía haber olvidado que yo había venido a Madrid a estudiar; de mi abuela no hablemos. Y si mamá desde el pueblo todas las semanas y el P. Jaime cada par de meses me lo recordaban en sus cartas, no era suficiente estímulo ese para que yo revocase la firme resolución que de no ocuparme de la Medicina había hecho.

Y así fueron transcurriendo meses, hasta que en febrero se le ocurrió morirle a la hermana de don Blas, y hubo éste de preocuparse de la nueva situación que esa desgracia le creaba.

En primer lugar él había prometido a Laureta casarse con ella así que su hermana faltara; en segundo, con ello cumplía su gusto, el gusto de él, que ya no podía vivir sin mi tía; en tercero, le convenía, pues, habiéndole quedado una hija de la difun-

ta de quince años, y muy mona por cierto, María Otilia, entregarle a ella el gobierno de la casa, y a una criada el gobierno de la pequeña, era arriesgado y poco prudente.

Decidió, pues, cumplirle a Laureta lo ofrecido y solucionar, de paso, el problema que se le presentaba.

Naturalmente, mi tía, recibió la noticia con gratitud y satisfacción, sin pensar de momento en otra cosa que de esa manera quedaba legalizada su situación, y no hay para qué insistir en la importancia que para las mujeres tiene la legalidad, por partidarias y aficionadas que sean a la ilegalidad.

Todo quedó convenido rápida y eficazmente.

Laureta dejaría su empleo en el Círculo desde el día siguiente y en él la substituiría yo, que además, puesto que a ello sentía afición, y ninguna a la Medicina, le ayudaría a mi nuevo tío por las mañanas en sus asuntos taurinos, para ir practicándome en ellos por si en lo porvenir podía ser una manera de vivir también para mí.

Con lo que yo ganara y la ayuda de Laureta, atendería a las necesidades de mi abuela, con la que seguiría yo viviendo, pues el matrimonio se instalaría, con María Otilia, en un piso que para ellos tomarían.

La misma noche en que este plan fué acordado, Laureta y yo formábamos el nuestro para lo futuro.

—Yo vendré a verte aquí, por las noches, para que me encuentres así que salgas del Círculo.

—Y también nos veremos por las mañanas—le quise recordar yo.

—Sí, pero en mi casa no podremos hacer más que vernos—contestó ella con acento pesaroso.

—Tienes razón.

—Ahora temo que tú te vayas olvidando de mí, Juanín... Y si lo hicieras, me moriría.

—¡Cómo te he de olvidar, tonta!... ¡Si te quiero más que a mi vida!

¡Y sí que la quería! ¡Cómo no quererla, tan buena y tan hermosa?

Pero me agradaba, no lo podía remediar, que se fuese con su marido; porque, al fin y al cabo, yo no era más que un chiquillo, y me parecía que ascendía un grado en hombría, seguro como estaba de que por parte de mi abuela en nada había de ver aminoradas mi independencia y libertad.

En tres o cuatro tardes que acompañé a mi tía al Círculo bastó para que me impusiera del valor de las fichas que había de cambiar y del manejo del dinero y al cabo de una semana entré en funciones con un sueldo de sesenta duros, más la parte de las propinas que sumaban otra buena cantidad.

Lo único que me molestaba era que no podía concurrir a mi peña por las tardes, pues a las tres comenzaba mi labor; pero me quedaban las noches libres para asistir, que eran, precisamente las horas en que solía aparecer por el café el *señó Manuel*

Domínguez, el simpático *Don Mínguez*, que con *Recoquín*, constituía el número de mayor atracción de la tertulia, porque si éste con su descoco y su prurito en llamar a las cosas por su nombre divertía a los que no mortificaba, y en una u otra cosa, todos se hallaban sujetos a un riguroso turno, el «pobrecito Manuel» con su hablar comedido, y valiéndose de rodeos y circunloquios para no molestar directamente a nadie, acababa por decir siempre lo que quería también, y desde luego aventajaba al otro en cultura general, en saber de cosas taurómacas, en originalidad y en buen juicio.

Con él no podía Manolito, y para «taparse» nada más, era preciso que abultase la nota cómica unas veces, insidioso hasta la ofensa otras, y recurriera al chiste de dudoso gusto, del que quedaba mal parado quien no quisiera seguirle por ese camino, que eran los más.

Aquel invierno, como el *Recoquín* sabía que la opinión de *Don Mínguez* pesaba en la afición y mucho en don Blas, y de la afición y de don Blas esperaba no poco para su torero, mi amigo Rafael, afectaba un gran respeto y una extrema consideración por el popular revistero que, sin dejarse engañar, aceptaba en apariencia como buenas y sinceras las demostraciones interesadas de Manolito, el cual, como todos los listos, como todos los que se tienen por tales, incurría en la torpeza de suponer que los demás son tontos, y en esa creencia extremaba un poquito tal vez lo del respeto y la consideración,

defraudando con ello a sus contertulios y poniendo cada vez más sobre aviso al *señó Manuel*.

—Si yo tuviera alguna duda sobre lo que vale mi torero—había repetido una infinidad de veces, variando un poco el «texto»—habría bastado lo que de él ha dicho don Manuel, para que se me disipara... Porque para mí lo que leo con la firma de *Don Mínguez* ha sido siempre el evangelio de la misa.

—¿Siempre?—preguntaba algún mal intencionado.

—Desde que tengo uso de razón—afirmaba el *Recoquín* con la rotundidad que solía emplear cuando mentía.

—¿Y desde cuándo es eso?

—¡Gracioso! Desde que tú dejaste de rebuznar.

—Ya decía yo que la fecha era reciente—murmuró otro de los contertulios, mirando a uno después de otro a los dos contrincantes.

—¿Qué dice ése?—preguntó el *Recoquín* un poco mosca; y volviéndose a *Don Mínguez* recalcó:—¿Miento yo, don Manuel? ¿No le consta a usted?

Don Manuel se limitaba a reír bonachonamente como si todo aquello le hiciera gracia, pero nada más que gracia.

—Al ver, don Manuel, dígame usted a este hueso, a este cenizo, si no he sido yo siempre partidario de usted, como revistero de toros... Dígaselo usted... Y lo he sido y lo soy, porque jamás me ha equivocado, porque lo que él dice va a misa, porque...

—Bueno, Manolito, bueno... Yo te agradezco mucho la opinión tan favorable que tienes de mí; pero no está bien que me obligues, a mis años, a tener que ruborizarme ahora... Tú ya sabes que yo soy amigo de mis amigos y que siempre deseo serles útil... ¿En qué puedo servirte, di?

—Usted puede servirme en muchas cosas; pero no se trata de eso ahora...

—De eso se tratará luego—dijo el *cenizo* de antes, pero ahora en voz baja, y el *Recoquín* pudo hacer creer que no le había oído.

—... ahora se trata de contestarle a este buen amigo, que cualquiera diría que no ve con buenos ojos nuestra vieja amistad.

—No seas primo, Manolito—replicó el aludido—; la amistad tuya con don Manuel, la veo yo con los ojos que tengo, que no son buenos ni malos. Lo que he hecho es gastarte una broma, a ti que siempre las gastas, y un poco más pesadas, a todo el mundo. Pero por mi parte, diciéndote antes que puedes tomarlo como quieras, no hay ningún deseo de molestarte, ni menos de ofenderte. Te conviene darle coba a don Manuel, tú sabrás por qué, y yo también, y se la das... ¿Puede extrañarme eso?... Por lo demás, tanto como tú aprecio yo a don Manuel, y todo lo bueno que digas de él lo suscribo. También lo sabe él eso. ¿Es verdad, don Manuel?

—¿Pero es que la han tomado ustedes conmigo?—preguntó el buen señor con cómica indignación.

—No admito ya más declaraciones de amor. Y me

voy... puesto que no hablamos de toros, que era a lo que yo venía.

—No, don Manuel, no se vaya usted. Precisamente aquí está don Eulogio, todo indignado, que sólo esperaba que llegase usted para interpelarle, por su artículo de esta noche en el que ha sostenido usted que hoy se torea mejor que antes.

—¿Es verdad eso, don Eulogio—preguntó el «señó Manuel Domínguez» sonriendo amistosamente al anciano.

Don Eulogio era un aficionado antiguo, de esos que ostentan como un pergamino, su abono durante cincuenta años a las corridas de la plaza de Madrid, y que con cerca de setenta, retirado ya del comercio, aun acudía al café por las noches, si hacía bueno, más que a charlar a oír charlar de toros, para levantarse al fin, a eso de las once, echando pestes de los aficionados de ahora, de los toreros de ahora y de los toros de ahora, que como todo lo demás era una indecencia y una birria.

—Sí que es verdad... No lo puedo negar... He pasado un mal rato leyendo el periódico esta noche, y el deseo de decírselo a usted me ha traído al café, pues no pensaba haber venido. ¿Es posible que un aficionado como usted que ha visto a *Lagartijo*, a *Frascuelo*, a *Carancha* a *Angel Pastor*, al *Gallo*, al Gallo bueno, al padre de estos otros, y hasta al mismo *Guerrita* y *Mazzantini*, diga que ahora se torea mejor? ¿Está usted en sus cabales, don Manuel?

—Usted es un hombre honrado y de buena fe,

que se equivoca, a pesar de la buena fe y de la honradez, don Eulogio. Lo que echa usted de menos no son los tiempos de *Lagartijo* y *Frasuelo*; lo que echa usted de menos es su juventud, *la salsa de los caracoles*. Con veinticinco años ahora, y con lo monas que están las chicas con su «garçon» y su faldita corta, lo bravos que son los toros, lo bien que se torea, lo pronto y cómodo que se viaja y lo fácil que es divertirse, ¿quiere usted decirme qué desearía volver a los tiempos del «polisón», de las diligencias, de los bueyes de Colmenar, de *Currito* y *Hermosilla* y todo lo demás por el estilo de hace cuarenta años? A usted, don Rafael, como a mí, le da rabia esta abundancia de habas cuando ya no le quedan muelas, y, claro, se figura que de eso tiene la culpa lo que han variado los tiempos... Sí, han variado, se vive hoy mejor que antes, como se torea también mucho mejor. Es una tristeza para nosotros; pero no hay más remedio que reconocerlo.

—¿Pero habla usted en serio?—preguntó el viejecito desconcertado, como si no pudiera dar crédito a lo que oía.

—¡Y tan en serio!—replicó *Don Mínguez* sonriendo siempre.

—Pues perdone usted que no le crea; es la demostración mejor que puedo hacerle de lo que le aprecio... Y ahora buenas noches.

—Si se va usted por mí, se lleva chasco, porque yo también me voy y le acompaño—dijo el señor

DE LA SANGRE DEL TORO

Manuel, levantándose al mismo tiempo que el aficionado antiguo.

Y de esta o de manera parecida transcurrían las horas de tertulia la mayoría de las noches, pues los chismes, cuentos, infundios, noticiones sensacionales, etc., no eran pasto cotidiano.

Y así fueron pasando días, hasta que con la boda de Laureta mi vida empezó a tomar un nuevo rumbo.

II

I

La boda se celebró en la intimidad, como exigía el riguroso luto de don Blas, y la familia quedó dividida.

Laureta se fué con su marido y su sobrina a la nueva casa que aquél había tomado y amueblado, y yo me quedé con mi abuela en la de ésta. Arreglo que a todos pareció de perlas y a mí de perlas y diamantes.

Gracias a él me veía emancipado, y seguramente sin perder ninguna de las ventajas de mi vasallaje, dulce vasallaje ciertamente, pero quizá por dulce comenzaba a empalagarme, porque Laureta, cada día más buena conmigo, cada día más amante, era cada día también más maternal y yo había acabado por estar sometido en absoluto a su tutela, lo cual

en ciertos respectos ofrecía algunos inconvenientes para mi libre desenvolvimiento. Ella creía que con su cariño, con sus caricias y atenciones, con sus cuidados y prevenciones, ya nada me faltaba... y sí que me faltaba. Sin saber lo que era de una manera concreta, algo echaba de menos. Y ese algo creí haberlo alcanzado con el arreglo familiar de que acabo de hacer mención.

Mis funciones de auxiliar de don Blas, de mi tío Blas desde la boda, que me ocupaban una parte de la mañana y mi destino en el Círculo por las tardes, me colocaban en una situación que se me antojó excepcional para conseguir el grado de «taurino» que era mi única aspiración, pues yo quería «comer del toro» y lo que es como torero me constaba que ni una rosca habría llegado a comer.

¿Por qué no había de ser yo el sucesor y heredero de mi nuevo tío?

A eso se dirigían todas mis energías.

Para mi abuela, el arreglo en nada cambiaba su posición, y hasta casi la mejoraba. Más ama y dueña de su casa y de sus acciones, con tal de recabar para ella una independencia y una despreocupación absoluta, en nada coartaba las mías; y desde el primer día tácitamente llegamos al acuerdo de cada cual haría lo que le pareciera, que si eso era mi más bello ideal, el suyo lo era igualmente.

Dos o tres veces por semana recibía la visita de su hija, que coincidía con mi presencia en casa y no hay que decir que si en unos minutos despacha-

ban ellas sus asuntos, los nuestros, los de Laureta y míos, requerían mucho más tiempo, generalmente todo el que abuelita necesitaba para hacer compras o darse un paseo con la criada, porque la casualidad quería que, o bien el deseo de pasear o bien el de adquirir algo, se manifestase en la buena e indulgente señora cuando apenas hacía un cuarto de hora que mi tía había llegado.

¡Puede darse una familia más unida, ni más amable y comprensiva!

¡Así, y únicamente así, da gusto tener parientes!

¡Y mi tío Blas, encantado!

Con Laureta había conquistado una esposa ideal, bonita y llena de atractivos como mujer, inteligente y tolerante, que sabía hacerse cargo de las cosas, y era una hermana y una amiga para su sobrina; conmigo tenía el más fiel y solícito de los empleados, que lo mismo hacía las veces de botones que de contable, todo a la medida de su gusto y necesidades; los negocios le iban bien; en el de toros su experiencia, sus conocimientos, le daban una autoridad que por todos era respetada y por mí sinceramente admirada.

¿No podía considerarse feliz mi tío Blas?

Lo era indudablemente en todo lo que cabe, y no había más que verle en funciones de empresario por la mañana, de «banquero» por la tarde, de cabeza de familia por la noche, para darse cuenta de esa interior satisfacción, de esa seguridad en sí mismo que es propia de los hombres que creen cum-

plir a conciencia la elevada misión que trajeron al nacer.

Sobre todo, en la «oficina», como los taurinos llamaban al despacho de mi tío, donde él, un par de empleados y yo, trabajábamos, cuando lo permitían los amigos que venían de tertulia, los apoderados y toreros que por allí desfilaban en busca de «toros»; allí, en la oficina era donde don Blas se revestía de toda su importancia y afectaba ese aire de hombre abrumado por grandes preocupaciones, que para los asuntos de que le venían a hablar tenía un gesto de displicencia, como si se tratara siempre de cosas baladíes, por mucho que le interesaran.

No era el mismo en aquellas momentos que solía ser en familia, sobre todo para con mi tía, a la que se hubiera dicho que más que quererla la temía, como si estuviera en deuda con ella, como si sospechara que no le proporcionaba toda la felicidad que su juventud y su belleza merecían, y procurase hacerse perdonar con deferencias y claudicaciones que en más de una ocasión se me antojaban bajas humillantes para un hombre tal como yo a él le conceptuaba.

Especialmente con los solicitantes, que venían a importunarle al despacho, que le atracaban en medio de la calle, que le sitiaban en el café con esa tozudez como yo no he visto igual en los aspirantes de ninguna otra profesión, y que es indudable que nace de la convicción que todos tienen ya sea de su valor, ya sea de su arte; con esos «engaña-

dos», como él les llamaba, si no se daban por satisfechos con la promesa imprecisa o la disculpa cortés, y por ternes querían conseguir lo que por méritos no podían, para un desplante tenía diez, y perdiendo toda continencia, pero jamás el tono desdeñoso y de autoridad que con ellos adoptaba, los dejaba suaves como un guante o para «el arrastre», con unas cuantas verdades.

—A ti no te puedo dar toros—le decía a uno—porque no organizo corridas económicas.

Y como cada uno se figuraba ser un Joselito, o de ahí para arriba, eran pocos los que tascaban el freno, y aguantaban la mortificación.

—Yo soy tan buen torero como los que usted contrata—le contestaba el ofendido.

—Pues no tienes más que demostrarlo por ahí, y en seguida te llamaré a conferencia.

Se iba el desahuciado y otro venía a la carga.

—Sé que va usted a dar una corrida en Lorca—empezaba el discurso—y como allí tengo yo muy buen cartel, me figuro que le interesaría a usted darme esa corrida.

—Hombre ha sido una lástima que no hablaras antes; pero ayer mismo se la di a Fulano y está hecho el cartel.

—¿Es ése mejor torero que yo?—preguntaba el postergado, creyéndose cargado de razón.

—No—respondía mi tío con aquella cachaza desconcertante, con aquella flema exasperante de que a veces hacía gala.

—¿Soy yo peor que él?—insistía el agraviado sin pensar que eso mismo había preguntado antes.

—No; tampoco. Los dos sois una cosa muy seria.

—¿Pues entonces, por qué le da usted toros a él y a mí no?—replicaba aún el torero mirando de hito en hito al empresario, al que creía haber cortado todas las retiradas con su impepinable lógica.

—Pues por eso mismo—contestaba mi tío siempre razonable y condescendiente.

—¿Cómo por eso mismo?—y la mirada del espada perdía la fijeza y su continente de aplomo, ante aquella respuesta que no había previsto.

—Pues natural, hombre—aclaraba el empresario sonriendo un poco irónico—. Como ni tú le llevas ventaja a él ni él a ti, y para este cartel no necesito más que un matador de vuestra clase, pensé en él primero...

—Pero es que yo...

—Tú te quejas esta vez... que es lo que hubiera hecho el otro si tú hubieses sido el preferido. Y como yo sabía que uno u otro se tenía que quejar...

—dijo con aquella amabilidad socarrona tras la cual se atrincheraba hábilmente.

—Ha querido usted que fuese yo el que patalease.

—No, no... Me es igual... Otro día será él...

—¡Vaya un consuelo! Aquí lo que habrá que hacer...

—Yo lo sé. ¿Sabes lo que hay que hacer?

—¿A ven?—preguntó con chunga el diestro.

—Que uno de vosotros dos... dos o diez—porque

sois más de dos—procure diferenciarse, y así saldré yo del apuro en que me ponéis cuando trato de combinar una corrida.

—¿Qué apuro es ése?

—El de no saber cuál es el que me conviene menos—concluyó con aquella risita de conejo con que neutralizaba el efecto que sus verdades pudieran producir, cuando el humor se lo permitía, que no era siempre.

—Ya lo ves, Juanín—me dijo en más de una ocasión, cuando el pretendiente se marchaba y nos quedábamos solos—todos son unos *Guerritas* en este oficio; todos le hacen al toro las cosas más estupendas, todos tienen un gran cartel en la plaza por donde pasan, y nosotros los empresarios empeñados en ir contra nuestro negocio, por el solo afán de postergarlos a ellos y poner en candelerero a cuatro saltimbanquis que no hacen más que robar el dinero... A unos les engaña la voluntad, a otros la vanidad, a otros los que los rodean; pero ¿es que no tiene sentido común esa gente?... No, no lo tiene, Juanín. Tú te figurarás que es la necesidad la que les obliga a demostrar esa confianza en su valor, en sus méritos: ¿y no les obliga la necesidad a arriarse cuando se les presenta ocasión? Pues no se arriman. Van de fracaso en fracaso, y nunca se les ocurre pensar en lo malos que son. Y si no tolean sesenta, la culpa es de los empresarios que les tienen tirria, de la prensa que no les protege porque no son de los que la sobornan, de los otros toreros

que les declaran el veto porque les temen... ¿Crees que te engaño? Oyelos hablar: oye a sus amigos, a sus apoderados... Y es inútil que les digas que las empresas que van a la caza de fenómenos y los inventan así que un torerillo tiene dos tardes buenas ¿qué más quisieran sino que fuese verdad la mitad de lo que esos desdichados se figuran valer?... Desgraciadamente en esto «del toro» no hay gallos tapados; el que vale, vale; y el que no vale, se fastidia.

No me convencían del todo las razones de mi tío Blas. Era yo muy joven; la mayoría de los toreros de mi peña estaban en esa categoría de postergados; les oía hablar, creía en sus palabras, que otros apoyaban con su testimonio, y era tal el número de «toros rodaos», con estocadas «en lo alto de las agujas», tantas las faenas «echando arte y valor, estética y línea», tan cuantiosos los «parones», tanta la cantidad de orejas y salidas en hombros, que allí, alrededor de la mesa del café salían a relucir, referidas todas por los propios héroes con el asentimiento de uno u otro, pues nunca faltaba quien lo hubiese presenciado de entre los presentes, que yo podía sospechar más o menos exageración en los relatos, pero dudar de su fondo de verdad, no. Probablemente no eran tan buenos como ellos se creían, pero desde luego tampoco podían ser tan malos como don Blas suponía.

Fué necesario que pasase tiempo, para que yo comprobara la verdad de sus palabras.

En esos momentos en que le era necesario hablar —tal vez para justificarse ante mí de la poca caridad con que se había expresado, tal vez porque tendía inconscientemente a ilustrarme— y de sobremesa los días que comía en su casa, parecía complacerse en poner de relieve todas las grandes condiciones de carácter, inteligencia, energía y ductilidad, que ha de reunir el hombre que quiera dedicarse a empresas taurinas.

¿Pensaba, de ese modo, ofrecerse a la admiración de su esposa? No me atrevo a afirmarlo; pero si era a mí, como así parecía, al que le hacía el relato aderezado con los más sabrosos comentarios, tan grande se me antojaba el honor, que nunca lo acepté sino en una parte exigua, la que correspondía a la insignificancia de mi personalidad.

De todos modos, cuando a la hora de marcharme a comer, me decía don Blas: «Hoy almorzarás con nosotros, y así tendremos tiempo de acabar estas cartas», me daba con ello una gran satisfacción, pues ya sabía yo que habría «conferencia» taurino-financiera. Aparte de que, comer entre Laureta y María Otilia, me agradaba más que hacerlo mano a mano con mi abuela.

¡Cada uno tiene sus gustos!

En uno de estos almuerzos, de los primeros en la larga serie, no recuerdo cómo salió a relucir el nombre de *Don Mínguez*, por quien mi tío sentía una gran predilección.

—Ahí tienes a un buen hombre, a un buen a fi-

cionado, a un buen escritor, que no parece ninguna de las tres cosas, porque así lo ha dispuesto la fatalidad. Más pobre que las ratas, cargado de familia, con un sueldo mezquino ¿qué ha de hacer el infeliz? Escribir de toros y verlos al son de las pesetas. ¡Y es una lástima que la necesidad le haya obligado a dejar de ser honrado!..

—¿Pero qué no lo es?—pregunté yo sin haber comprendido a qué se refería el esposo de Laureta.

—No, desgraciadamente para él—me contestó con acento demasiado compungido para que fuese sincero—. No ha tenido bastante resistencia, y por eso cobra por la segunda tarifa.

—¿Cómo?—interrogué desconcertado.

—Los periodistas honrados tienen una tarifa mucho más elevada y a esos no se les puede ir con un billetito de poco más o menos.

—¿De veras?

—¡Naturalmente! Y aun hay otra categoría muchísimo peor, que para un empresario puede llegar a ser una ruina si el tal revistero tiene verdadera influencia en el público... Como se trate de uno de los que no quieren nada para ellos, entonces ya no hay negocio posible. Unos piden la contrata de las carnes para un amigo desgraciado que presenta una proposición de quinientas o seiscientas pesetas menos por corridas; otros lo que solicitan es la contrata de caballos para tal o cual recomendado al que no pueden desatender, con un aumento de dinero por el servicio; otros más modestos, se limitan a

pedir la inclusión de matadores y novilleros en los carteles, y la adquisición de reses de ganaderos sin crédito... ¡Y aviada está la empresa que no accede a tan absurdas pretensiones! Afortunadamente, siempre se llega a un arreglo, y más afortunadamente todavía los ejemplares de esta clase y temple no son frecuentes. Más diré, la mayoría de las veces se presentan en el ruedo por torpeza y culpa del mismo empresario que desconoce la lidia que hay que darles... y su verdadera situación. Un desplante, una brusquedad, un impulso de indignación, de rebeldía, de independencia, un simple desdén, pueden acarrearle serios conflictos, cuando se trata de un enemigo de sentido, mala intención y algún poderío... Este asunto de los toros...—hizo una pausa, alzó los ojos que miraron vagamente hacia un punto indeterminado, y sus labios se contrajeron en aquella sonrisa suya socarrona, maliciosa y bonachona que era el espejo clarísimo en que su alma se revelaba—este asunto de los toros tiene sus más y sus menos... A ser empresario se aprende... yo no sé cómo se aprende... Estudiando, no; con la práctica, tampoco... Se aprende igual que todo en la vida, sin saber cómo... el que lo tiene que aprender, el que ha nacido para aprenderlo; y de ninguna manera, el que no ha nacido para eso...

Cuando don Blas divagaba, filosofaba, como él decía, parecía olvidarse de los que le escuchaban, que cuando más le servían de pretexto para que él

siguiera en voz alta un discurso que tenía todas las trazas de un soliloquio, en el que con frecuencia diríase que se enmarañaban sus ideas, pero en realidad no abandonaba nunca la que le preocupaba a la cual perseguía tenazmente por entre las que pretendían ingerirse subpreticiamente, cual si intentasen desviarle del tema abordado.

Mi tía le escuchaba entre respetuosa y displicente, porque con seguridad si le tenía bastante afecto, todo el afecto de que es capaz un alma agradecida, demasiado sabía yo a qué atenerme respeto a la estimación que por él sentía, sin duda porque en algún respecto, acaso de capital importancia para ella, no era don Blas digno de toda su admiración; su sobrinita se aburría concienzuda y resignadamente; y sólo yo me hallaba pendiente de sus palabras, que se me antojaban profundas y provechosas para no sé qué fines que en lo hondo de mi conciencia se agitaban obscuramente; pero a las que yo inconscientemente tendía impulsado por una fuerza que ni me paraba a descubrir ni procuraba resistir.

—Este negocio de los toros—continuó mi señor tío, tras una pausa y con los ojos siempre fijos en el techo, como si meditase y reflexionase—es, entre los lícitos, el que menos lo parece. El empresario es un señor al que se obliga a vivir siempre fuera de la ley. Existe un reglamento al cual no le es posible ajustar sus actos, aun poniendo en ello el mayor empeño. De ahí que le sea precisa la benevo-

lencia de las autoridades, de la prensa, del público, y ante todos tenga que ceder y humillarse. ¡Y que no lo haga!

—Entonces di que un empresario de toros necesita ser un calzonazos—dijo mi tía desdeñosamente.

—Aparentemente...; pero en realidad lo que necesita ser es muy carlancón y ladino, tener mucha correa, mucha mano izquierda, saber tirar y aflojar, parecer muy servicial, hacerse muy simpático... ¡qué sé yo!... Haberse aficionado a eso y tomarle gusto. Cuando eso le pasa a uno, no hay nada más fácil que el negocio de toros; pero cuando se emprende confundiéndolo con otra cualquier clase de negocio, creedme que es un hueso muy duro que roer.

¿Tendría razón Manolito el *Recoquín*? ¿Sería verdad que todos los que andan alrededor de esto del toro son... unos frescos?

—Todo el mundo—prosiguió don Blas—se considera con derecho a participar de los beneficios del torero, del empresario, del que lo gana con el toro, porque para las gentes esto es un juego de azar más, y en el fondo puede que tengan razón. Y como en realidad, lo mismo el torero, que el ganadero, que el empresario, como el público se descuide le tiramos el pego, y son muchos los que están en el secreto, hay que taparles la boca de una manera u otra a los que pueden descubrirnos las trampas. La habilidad está en saber hacer las cosas... que «es la manera de hacer las menos posibles». Una palabra

amable, una palmadita amistosa, un ofrecimiento a tiempo... en fin... no sé... una táctica especial, vale en este negocio tanto como el dinero... y ahorra dinero.

Que mi tío se creía en posesión de todas las cualidades buenas y malas que requiere el oficio, ¿cómo dudarlo?

Le iban las cosas demasiado bien, para que no lo atribuyera a sus admirables condiciones de hombre inteligente, perspicaz, astuto, concedor del asunto y dominador del éxito.

Mi tío, como todos los triunfadores, no creía en la *suerte*; ese factor sólo lo apreciamos y tenemos en cuenta cuando ha de tomar el nombre de *desgracia*.

Y no estaba mi tío todavía en ese caso.

II

Mi tío había llegado a un acuerdo con Rafael, en el que yo medié e intervine, siguiendo las instrucciones que don Blas me dió.

Conseguí de mi amigo *Carabina*, que viniese a Madrid a tratar el asunto personalmente, convenciéndole de las grandes facilidades, aparte del dinero, que con los planes de mi tío podía obtener para colocarse definitivamente.

Manolito el *Recoquín*, no veía el asunto con buenos ojos; y no obstante haberle asegurado que se le respetarían los derechos de contrato, demasiado comprendía él que su papel quedaba reducido a muy poca cosa y eso icon las ganas que tenía el hombre de ser figura como taurino! Una vez que había querido la suerte que se le presentara oportunidad, venía el tío del *burlú*, a meterse por medio. Pero se dejó querer, cuando comprendió que no le quedaba otro remedio, y la escritura de compromiso entre don Blas y Manolito, en representación de Rafael, fué firmada ante notario, quedando mi tío obligado a darle al diestro cuarenta corridas de toros como

mínimum en toda la temporada, a razón de 7,000 pesetas cada una, y el torero a no aceptar contrato alguno durante todo ese mismo año.

Con ese motivo Rafael frecuentó la casa de su nuevo empresario, y tuvo ocasión en los pocos días que pasó en Madrid de tratar algo más a mi tía, cuyo recuerdo aun no se le había borrado, y encontrarla ahora casada parecía haberle producido verdadero disgusto.

—¿Pero tú no lo sabías?—le pregunté cuando me hizo la confidencia.

—No sabía una palabra. No ves que tan pronto como se acabó la temporada nos trasladamos a Valencia, y desde que vivimos allí apenas si vemos a nadie del pueblo. . .

—Es verdad. . . Pero ¿qué más te da? ¿Pensabas, acaso, casarte con ella?

—¿Qué sé yo! . . . Por lo pronto. . . es la mujer que más me ha gustado. . . de eso sí que puedo responderte.

—Hasta ahora. . . ¡de ahora en adelante tropezarás con docenas que te gusten más que ella! . . .

—No lo sé.

Yo no creo que Laureta se diese cuenta de ese amor súbito e imprevisto del «fenómeno», amigo y paisano; pero estaba muy afectuosa con él y parecía gustarle su conversación. Me guardé muy bien de ponerla en autos.

El contrato de Rafael, tuvo como primera consecuencia un recrudecimiento en la actividad de don

Blas, pues con ese contrato los planes para la próxima temporada sufrían una modificación radical, y como el tiempo apremiaba, era preciso, aparte de la gran propaganda que necesitaba organizar, disponerlo todo para dar comienzo en marzo a una campaña que prometía ser muy movida y fructífera.

Requirió la ayuda del *Recoquín* para que se encargase de todo lo referente a la prensa profesional dándole carta blanca, y por su parte se puso al habla con aquellos periodistas de su intimidad, de cuya cooperación estaba seguro. A *Don Mínguez* fué el primero que abordó, explicándole la situación:

—Este muchacho en mis manos, con ayuda de los amigos, puede ser un filón—decía mi tío, y el «pobrecito Manuel» le escuchaba más bien con cortesía que con interés—. Le hace dos o tres cosas al toro que, bien jalleadas, le harán rico a él y será un buen negocio para mí. ¿Usted no opina lo mismo, Domínguez?

—Es posible...—titubeó el revistero—. Ahora ya todo es posible... Yo veo en ese chiquillo algo... detalles... cosas de buen torero, que revelan que le ha entrado el toreo en la cabeza... Pero no mata nada, Peña... Yo no pido ya que además de torear bien se vaya el torero detrás de la espada, porque... porque... eso no ha pasado nunca; pero encuentro muy necesario que con buen o mal estilo, se acabe pronto con los toros, para no dar lugar

a que el público se enfríe después de una gran faena de muleta... Y ese torerito...

—Sí, es verdad, no le ha cogido la muerte a los toros, está medrosillo con el estoque...—dijo el empresario un poco contrariado.

—Si all menos lo que hizo aquí con el sexto novillo, el día de su presentación «lo trae hecho»... Porque a ese novillo lo descabelló vivo, después de haberle metido una cuarta de estoque a lo sumo...

—Tengo entendido que tiene gran habilidad para descabellar... En fin, Domínguez, sea como sea, yo ya estoy enredado en el asunto, y necesito de usted y de los amigos que para todos habrá. En los periodiquitos taurinos ya ha empezado la propaganda...

—Ya lo he visto... El reparto de páginas ha sido general.

—¡Que es como debe ser! No hay enemigo pequeño... Pero lo que necesito ahora es el concurso de los revisteros que dan y quitan... empezando por usted. Hay que formarle una leyenda a ese chaval, Domínguez, algo que además de lo que de él se sabe como torero, impresione a la gente... ¿no se le ocurre a usted nada?

—Hombre, no sé... De momento... Pero ya veremos...

—No tenemos tiempo que perder... La temporada se nos hecha encima...

—¿Cuándo va a tomar la alternativa?

—En marzo, en Alicante, por Carnaval, que van

a hacer este año grandes fiestas. Como él es de la provincia, vamos a decir que ha sido una exigencia suya hacerse matador de toros en la capital.

—Me parece bien la idea.

—Y luego, todo seguido, le tengo ya más de veinte corridas ajustadas. Por poco que le ruede bien la cosa, esta temporada lo hago rico, y... habré echado al mundo un hueso más.

—¡Hombre!... ¿Por qué?

—Porque así los ha hecho Dios a los toreros... Cuando no pueden comer unos infelices, así que están hartos unos *jerés*.

—¿Los toreros nada más?

—Los toreros más que nadie.

—Ya ve usted: yo creo que los toreros menos que nadie.

—¿Qué poco los conoce usted!

—Me figuro que lo bastante para asegurar que en su mayoría son buena gente; tan buena, que sólo por ese fondo de bondad, de sencillez, de ingenuidad que hay en su alma, les es posible resistir la influencia perniciosa del ambiente en que viven, y jamás llegan a ser ni tan vanidosos, ni tan soberbios, ni tan ingratos, ni tan falsos, con serlo bastante, como los que les rodean procuran, consciente o inconscientemente, hacerlos.

—¡Es usted graciosísimo, Manuel! ¡Si tuviera usted que aguantarlos!... ¡Un poco más vanidosos, un poco más soberbios y un poco más falsos, y sería cuestión de pegarse un tiro!... ¡Le digo a usted!...

—Naturalmente, no estamos los dos en el mismo caso... A mí el que de ellos se acerca es para pedirme un favor, y como si no se acercan ellos, lo que es yo no me acerco... Eso usted no puede hacerlo, y las mortificaciones que le producen sus maneras de proceder, en las que usted ve ingratitud y desconsideración, le impiden juzgarlos con ese desinterés que yo les juzgo. Tenga usted en cuenta cómo han nacido y se han criado la inmensa mayoría de ellos; que los triunfadores, de la noche a la mañana se ven con dinero, mimados, adulados, enaltecidos, buscados por gentes de todas clases y todas callañas; que en el mundillo en que viven son considerados como verdaderos personajes; que no hay nadie que se aproxime a ellos que no lo haga para lisonjear su amor propio, para halagar su vanidad... ¿No sería pedirles mucho que no se engrieran, se creyesen personajes y se figuraran por encima del común de las gentes, de la madera de los héroes y con categoría de ídolos, puesto que todo eso nos esforzamos todos en hacérselo creer? Insisto en lo dicho: a mí lo que me asombra es que no hagan más, muchas más tonterías de las que hacen. Gentes mejor nacidas, más bien educadas, con menos motivos vemos que las cometen...

—Bueno, Domínguez, bueno—acabó por acceder mi tío—; puede que esté yo equivocado.

—No, amigo Peña, no quiero yo suponer eso; lo que hago es pedir un poco de indulgencia para de-

bilidades o defectos que su buen criterio está obligado a considerar en su justo valor.

—Está bien; pero sea lo que fuere, no eche usted en olvido a Rafael Matillo, es decir a mí... y venga lo que Dios quiera.

—Pierda usted cuidado, hombre. ¡No faltaba más! Se despidió el «señó Manuel Domínguez»; mi tío lo acompañó hasta la puerta, y no sé entre los dos qué pasaría. Sólo oí que el revistero decía:

—Gracias, Blas, muchas gracias.

—No faltaba más... Las gracias a usted... Y todo lo que usted necesite de mí. ¿Somos o no somos amigos?

Lo mismo le oí decir a otros compañeros del «pobrecito Manuel», a unos en el despacho, a otros en el café, y sospeché que alguna que otra carta que llevé a determinados señores, debían contener las mismas protestas de amistad basadas en los mismos argumentos.

En seguida tocó el turno a los amigos de la prensa provinciana, y un solo borrador me sirvió para escribir dos o tres docenas de cartas, de las que lo substancial era que: Rafael Matillo se veía solicitado por las principales empresas, que el arte soberano, estupendo, inaudito, maravilloso del genial lidiador, había despertado nunca vista expectación en la afición; que en los tentaderos de Salamanca, había dejado estupefactos a ganaderos y viejos aficionados... y que como ignoraba la marca de cigarros que prefería, le suplicaba que se mo-

lestase adquiriéndolos a su gusto, para lo cual se tomaba la libertad de enviar por giro con qué comprarlos. Eso a unos pocos.

A otros se les decía, que esperando ir muy pronto a la población de su residencia, allí tendría el gusto de estrecharle la mano; y a unos cuantos ni les hablaba de cigarros, ni de obsequios, ni de apretones de mano; no hacía más que recomendarse a su buena y antigua amistad, quedando para todo a su disposición.

—Bueno—me dijo cuando yo le puse a la firma toda aquella correspondencia y mientras la iba despachando—luego, cuando a tu amigo le digan que torea de un modo maravilloso, que si vivieran Jose-lito, Redondo, *Cúchares* y *Lagartijo*, podrían ocupar un puesto de banderillero en su cuadrilla, y *Frascuero* el de mozo de «espás»; que ha revolucionado el arte, y todo lo demás que se repite de cuantos son de «cuota», ten la seguridad de que se lo va a creer y que yo a quien le cuesta el dinero el que se lo digan, va a querer que sea el primero que sufra las consecuencias.

—No, don Blas—no acababa de acostumbrarme a llamarle tío—; Rafael es un muchacho modesto y de buen sentido, y sabe hacerse cargo...

—Sí, sí... En buenas manos está el pandero... Entre Manolito el *Recoquín*, *Chupitina*, y la docena de vividores que forman su pandilla, son capaces de volver loco, no digo al *Carabina*, a un cañón de sitio. Pero en fin, trabajo les doy si han de luchar

conmigo; y si él los escucha y se deja equivocar por ellos, peor para él.

—¿Usted cree que Manolito...?—me atreví a insinuar.

—Manolito está que trina... y lo comprendo... No va a perder nada; su torero va a ganar mucho; por poco que ponga de su parte esta temporada, yo lo voy a dejar colocado en la primera fila; pero ¿y el amor propio?... En cuanto a los «mangones», esos entusiastas de alquiler, yo no tendría más que «dejarme querer» para que se pasaran a mi bando con armas y bagajes; pero no me interesan esos jaleadores de «papeleta» y café con tostada, y me tienen sin cuidado, con *Chupitina* a la cabeza. Y eso que *Chupitina* me hace mucha gracia.

No es que se la hiciera a él, es que realmente la tenía por arrobas el director propietario del *¡Chúpate esa!*, «semanario incisivo cortante, de pronóstico reservado», según la calificación que él mismo le daba. Y lo más notable del caso es que la gracia de *Chupitina* cuando resultaba era cuando más grave, serio y solemne escribía, con una buena fe, con una ingenuidad, con un candor sólo aseguibles a los hombres que saben elevarse por encima del bien y del mal. Su pluma corría a impulsos del apetito, y nada más que al apetito se atenía en sus lucubraciones literario-filosófico-aurinas. El que se lo saciaba, no había virtud, talento ni cualidad buena que no poseyera; mas ¡ay del que lo dejara con su hambre! Ignoro si había nacido o se había criado en el cam-

po de Gibraltar; pero como los ganapanes de por allá para él sólo era «buen inglés el que daba manteca». Y era tanto el celo, tanto el entusiasmo que ponía en el elogio de los que daban manteca, tales adjetivos empleaba con ellos, tan hiperbólicos y tan extravagantes, que por primera providencia, sujeto que él favoreciese con sus simpatías o su gratitud—que venía a ser lo mismo—quedaba en ridículo para una larga temporada. Y por si eso no bastara, al que no le creaba dificultades y antipatías, si era torero entre sus compañeros y empresarios, si era apoderado entre empresarios y compañeros, lo colocaba en esa situación difícil para todo artista mediocre al que se pretende elevar mucho más alto de lo que puede y debe aspirar.

Y en eso estribaba la fuerza cómica de este notable escritor taurino que «había popularizado el pseudónimo de *Chupitina*», y que, a su manera, se ganaba honradamente el pan, sirviendo de cabeza al que le pagaba, y de *pies* al que no le pagaba ¡Y daba una clase de coces!

Yo llevaba meses ya de conocerle y aun no sabía que se llamaba Mariano del Pozo y Ribero, pues unos por el pseudónimo, otros por el «periodista», le designaban más comúnmente, y al *Recoquín*, que era su apoyo y protección, nunca le oí darle otro nombre que el de «Mariano».

Tan largo y seco, como bajito y gordo Manolito, entre los dos, repartidos equitativamente el hueso y la grasa, hubieran quedado dos señores de tipo

normal y corriente, pero tal como eran resultaba grotesca la pareja, poco menos que desparejable, pues allí donde uno iba, si el otro no estaba no tardaba en presentarse.

Hasta ya muchacho no pensó del Pozo que eso de escribir de toros podía ser un oficio *nutritivo*, como *Rechorizos* decía por lucrativo, pues cuando allá en la provincia lejana, la «afición» confabulada con el tedio le hizo emborronar cuartillas encaminadas a la «depuración» histórica, que es uno de los más socorridos *trucos* de que se valen los afectados de taurografomanía, lejos de sacar dinero a sus investigaciones y desvelos sobre una colección incompleta de *Sol y Sombra*, fuente y origen de todo su saber, más bien le costaba. Pero llegó un tiempo en que pensó que en Madrid un hombre como él no podía menos que ser acogido y considerado en todas partes, y allá se fué con vagos e imprecisos proyectos, ni del todo periodísticos ni del todo burocráticos, y unas cuantas pesetas, restos de una corta herencia, que le permitieron «orientarse» como él decía enfáticamente. Cuando ya tocaban a su fin, Manolito le sugirió la idea de fundar el semanario de marras, que vino a «llenar un vacío» en el «estadio de la prensa», diciendo la «verdad desnuda», «defendiendo los intereses de la afición sana», «pidiendo el toro cinquero y la mano izquierda», pero aceptando lo que le daban, aunque fuera con la mano derecha. Así es como *Chupitina* llegó a la popularidad, y el *Recoquín* tuvo un organillo, que si no

le servía para su propio encumbramiento, le era útil para dificultar el de los de su misma industria.

—¡Un asquito!—decía mi tío, sin acordarse de que también él tenía sus adictos y paniaguados que le prestaban parecidos servicios.

—No hay tal, Peña—le replicaba *Don Mínguez*, cuando era a él al que le manifestaba su opinión respecto a esos semanarios—. La manera de proceder no puede ser más franca y leal. Todo el mundo tiene derecho a sus bombos, sin más requisito que pagarlos.

—En fin, que según usted un periodiquito de esos viene a ser una esquina donde cualquiera puede fijar su pasquín.

—Exacto, pero una esquina que tuviese la facultad de manejar la estaca para descargarla sobre los que no fueran parroquianos... Verdad es que una esquina de esa clase resultaría de cuidado, y no querría que mi peor enemigo chocara con ella; pero ya se sabe ese inconveniente cómo se evita.

—Por eso, precisamente, digo que me parece un asquito—insistió mi tío, con un gesto de repugnancia.

—Todo es un asquito—opinó el «pobrecito Manuel», encogiéndose de hombros filosóficamente—. Es que hay que vivir, Blas. Y, sobre todo, que los corruptores de mayores, y usted es uno de ellos, se lamenten luego de que existan los corrompidos... francamente, me resulta chocante. Si hay

cohecho y prevaricación, los cohechadores y prevaricadores son ustedes, y no el pobre periodista que mal pagado y cargado de necesidades no tiene otro remedio que dejarse sobornar.

—Sí, pues si eso está bien; pero cuando se trata de verdaderos periodistas con autoridad y prestigio... Pero que un farsante, un «vivo», un «fresco», se meta a periodista para vivir a sus anchas...

—¡No tan anchas, Blas!... Y, sobre todo, eso está pronto arreglado: con arrimarse el torero, dar lo que debe el empresario, y vender toros bravos el ganadero, ya no hay necesidad de tapar ninguna boca. ¿Les convendría a ustedes eso?

—Hombre...

—Pues entonces, a «diñar y sonsi»—acabó Don Mínguez, riendo aquella vez.

—Bueno, bueno—transigió mi tío—. Pero por lo menos permítame usted seguir pensando que todo, todo esto del toreo es un asquito.

—El toreo, no. El toreo, los toros, es lo único serio que tenemos, y de lo más decente. ¡Mire usted si lo será, que aun no hemos podido todos los que intervenimos acabar con él.

Mi tío podía decir lo que quisiera y *Don Mínguez* pensar lo que se le antojase, pero *Chupitina* distaba mucho de opinar lo mismo de su periodiquín y de su misión personal en lo que a la tauromaquia se refería.

Y por si alguna duda le quedaba al respecto, ahí estaba *Recoquín* para disiparla.

¡Ya llegaría momento en que el presumido de don Blas tuviese que reconocerlo!

Todos los desdenes del endiosado «acaparador» se tendrían en cuenta para cuando llegase la hora del desquite.

¡Y que esa hora había de sonar, eso era viejo!

Entre tanto, con la «manguera» enchufada, se vivía.

III

—Mi marido—me dijo una noche Laureta—quiere que vayas con él a comprar los toros a Salamanca y Sevilla.

—Será como asesor—le contesté riendo.

—Será, para que yo me aburra más... Y tengo la seguridad de que eso lo ha dicho creyendo que me daba a mí una gran alegría.

—¡Naturalmente!... ¡Figúrate si él sospechara que donde tú me necesitas es aquí!—repliqué en un tonillo petulante que no pareció gustarle a mi tía.

—Yo no te necesito aquí ni en ningún lado, mocoso impertinente; yo lo que hago es quererte mucho y echarte de menos cuando te pierdo de vista.

—Y eso es lo que yo he querido decir—rectifiqué sumiso.

—¡Ah!... Entonces te perdono, y... te dejo que me beses.

Porque esta conversación se había iniciado así que estuvimos solos en mi cuarto y ni un beso siquiera se había cruzado entre nosotros, a pesar de los deseos que de ellos teníamos siempre.

Después que nos hubimos saciado, le pregunté a Laureta:

—Bueno, ¿y tú, me dejas ir o no?

—¡Serás tonto!... Si él tiene decidido que le acompañes, ¿qué remedio nos queda?

—Puedo decir que hago falta en el círculo.

—¡A él...! A él, que es el socio principal de la «burlú», y el amo de los «jayeres», como es capaz de decirte si se siente flamenco.

—En ese caso...—me resigné.

—Pero como yo me llegue a enterar que tú...

—¡Quieres callarte, Laureta! ¡Yo engañarte!...

—¡Ojito!...

—No hay que hablar de eso.

Al día siguiente me comunicó don Blas su decisión de que le acompañara, porque según él, ni en viaje podíamos abandonar la correspondencia, y era preciso que yo siguiera actuando de secretario.

—Donde ahora hacemos falta es en Madrid, pero también el toro es factor importante y hay que cuidarlo.

Mi tío tenía ya adquiridas varias corridas; pero no le bastaban, y sobre todo, quería cerciorarse de la calidad y cantidad de enemigo que había de enfrentar con el «fenómeno». Fuimos a Salamanca; me llevó luego a Sevilla, y pude hacerme cargo de que no es sabiduría ni inteligencia en el asunto lo que más se necesita: es arte, un arte especial, que tiene los elementos principales en el gesto, en el ademán, en la actitud, en el vocabulario. Una mue-

ca, un guiño de inteligencia, medias palabras, y aun así salpicadas de gitanería con un sentido arbitrario muchas veces, estar siempre de vuelta aunque todavía no se haya llegado, es de una importancia capital, hasta cuando se trata con personas de elevada posición, de cierta cultura, de requisitos modales, como suelen ser la mayoría de los criadores; pero que llegado el momento saben ponerse a la altura de las circunstancias y gustan del lenguaje picaresco y de chalanear, porque eso lo trae el negocio.

Ignoro si mi tío sabía apreciar una corrida en el campo, pero de lo que me pareció convencido es de la inutilidad de esa ciencia, y en más de una ocasión le oí decir que, lo mismo cuando se trataba de toros que cuando se trataba de calcetines o corbatas, después de haber pedido lo que deseaba, con aquello que le daban se conformaba.

—Y así me evito discusiones—añadía—. De todos modos siempre resulta que si los calcetines o los zapatos, o los calzoncillos, los encuentro estrechos, es porque luego con el uso se ensanchan; y si son anchos, es porque luego se encogen. Y lo mismo son los toros: si me parecen grandes es porque los veo desde abajo, si chicos porque los veo desde arriba, si con muchos pitones porque los veo de lado, y si con pocos porque los veo de frente. La verdad, aproximada nada más con respecto a lo importante, que es la bravura, la sabe el ganadero, y no me la va a decir, ¿para qué perder el tiem-

po?... Además, como en esto del toreo todos quieren ser entendidos y estar enterados, lo que ignoran, que es mucho, lo inventan a su gusto, y esos infundios se propalan y se extienden como artículos de fe. Son millares de aficionados los que creen que el empresario compra toros como se compran melones, y no hay manera de convencerles de que lo que compramos son corridas, es decir, un lote de seis u ocho toros, ya formado por el ganadero, con arreglo a sus conveniencias y a la plaza a que va destinado. Claro que me refiero a las buenas ganaderías, que de un año para otro tienen vendida toda la camada. Esos criadores que han de jugar sus reses en las principales plazas y en las grandes ferias, conocen los gustos de los diferentes públicos, y teniendo en cuenta que unos prefieren lo bravo, otros la carne, otros los pitones, a cada cual destinan lo que dentro de lo que tienen se aproxima más a esos gustos, repartiendo de ese modo la camada y hasta dando a cada corrida un beneficio mayor o menor, según las exigencias o tolerancias. ¡Fíjurate si van a consentir en descabalar la corrida de Bilbao o San Sebastián, de Sevilla o de Valencia para servirme a mí!

—¡Es verdad!—hube de convenir—. Pero entonces ¿nosotros a qué venimos?

—En primer lugar a dar «coba» a los ganaderos, luego a «dicar» cuáles de ellos tienen el ganado «a modo», que nos hace falta, y después a defender

unas pesetas, que sumadas llegan a ser unos cuantos «pápiros» en la temporada.

A Sevilla nos acompañaba Manolito el *Recoquín*, pues aunque en realidad, prácticamente ya no ejercía funciones de apoderado de Rafael, por lo menos en aquella temporada, lo seguía siendo honorario, y para velar por su poderdante se creyó con derecho a ese viaje a Andalucía, con todo el vino y todas las tapas que por clasificación le correspondiesen.

Y le correspondieron una atrocidad.

Estableció su centro de operaciones en «El 4», una taberna que la «política taurina» aconsejaba frecuentar, y a ella concurría lo más granado de la torería en activo, aunque sólo fuera a hacer acto de presencia una vez al día, y congraciarse de ese modo con el propietario, hombre de innegable influencia en la afición sevillana.

Yo me sumaba, siempre que mi tío me dejaba en libertad, al grupo que alrededor de Manolito se había formado desde su aparición en la calle de Tetuán, porque encontraba mucho más divertida aquella tertulia en que se hablaba mal de casi todo el mundo, se contaban cosas de toreros, ganaderos, periodistas y taurinos, sin respetar ni al propio don Blas, aunque mi presencia les obligara a emplear rodeos y circunloquios para expresar su pensamiento.

El *Recoquín* no camelaba a mi tío. Ya he dicho las causas; y aquel viaje no hizo más que agravar los motivos de su enojo. Las atenciones y agasajos

eran para el empresario, y para evitarse lo que a él se le antojaban menosprecios, buscaba entre gente de segunda categoría, y especialmente entre los despechados y agraviados, ese coro que le era más necesario que el pan.

—Esto no va a durar siempre—decía alentadora y enigmáticamente a sus amigotes—; hay torero para tiempo, y el contrato no es más que por un año.

Y las botellas de vino se sucedían con harto dolor de mi alma, pues no he sabido jamás apreciar todo el mérito de los excelentes caldos andaluces de tanta fama en el mundo entero. Y afortunadamente nunca se llega a beber en Sevilla todas las botellas que para «mañana» le son ofrecidas al forastero.

—«A ver si mañana nos vemos y nos tomamos unas botellas de vino»—es el estribillo corriente de cuantas personas se tropiezan con uno, y no pueden o no quieren detenerse.

Con las que nos salían al paso, bastaban para que yo volviera al hotel, sino mareado, con un fuerte dolor de cabeza.

Pero lo daba por bien empleado.

Oír despotricar a Manolito, escuchar a sus compañeros, graciosos los más, malas lenguas todos, si toreros los mejores, si aficionados, de los que ya no quedan, si «taurinos» la ciencia misma, pero con «el santo de espaldas» desde que nacieron, era cosa divertidísima para quien como yo en cada uno de ellos veía un profesor y en el conjunto el claus-

tro completo de la facultad. En torno del *Recoquín* se había congregado todo el arte de torear, toda la sabiduría en la materia, toda la honradez de Andalucía; fuera de allí, no había más que «visiones y lárgalos», «chalaos» y truhanes, capaces de dar un «pisotón» hasta al recaudador de las cédulas.

En una palabra, «El 4» en Sevilla fué para los efectos de su rabia y malhumor una sucursal del *Café de Lisboa*, de Madrid, con la sola diferencia de que aquí no tenía a su cronista, el buen *Chupitina*, y le era preciso imponerle por correo de todo cuanto de su mente creadora brotaba en perjuicio y para molestia de la humanidad torera, que venía a ser para él la humanidad toda.

Mi tío «paraba» en la *Perlita* habitualmente, pero se le veía también en el Royal a determinadas horas, en compañía de los «taurinos» más significados de la ciudad y seguido constantemente de *Pedrote el de Triana*, que era su representante, el que le encerraba los toros, hombre complaciente y grave, que sonreía por compromiso y no hablaba más que para echar sentencias; pero estaba siempre dispuesto a servir de cabeza al que le pagaba.

Manolito no lo «camelaba»; decía de él que por los «jayeres» se dejaría «pirabar», y que con aquella cara de «panoli» era un «sin lacha» muy grande.

—¡Valiente pelmazo!—exclamaba abusando un poco del lenguaje pintoresco, entre chulo y caló, que él creía del mejor tono cuando se hallaba en Serba la bari—. A ese lo ha «tañao mangué». «Aco-

sao» por la «bocata» y sin querer «currelar», ha tenido habilidad para buscar la «luz», haciendo creer a los primos que «chanela» de toros; y lo que él «chanela» es de parar la «baste» cuando le «dñan».

Cuando era a mí al que se lo decía, me era forzoso darle toda la razón. ¡Como que me quedaba en ayunas sobre el significado de esas palabritas!... ¡y tenerlo que confesar! Me reía, pues, y asentía con el mayor entusiasmo.

Como Pedrote llevaba al dedillo todo lo que en los cerrados había que a mi tío pudiese convenir, bastaron unos días para que la compra de ganado quedase ultimada y señaladas las fechas en que se podía jugar cada corrida.

La dificultad estribaba en la primera, en la de la alternativa, porque ningún ganadero tenía toros en condiciones para fecha tan próxima.

—El invierno ha sido duro, y aunque se haya beneficiado al ganado de saca, los toros hasta que no «toman primavera» no ponen sebo... El marqués de Guadalest tiene una corrida del año pasado que está gorda... Hay otra... de Moreno Santamaría, tapada de carnes... y con el tiempo que falta...

—Oye, Pedrote—le interrumpió mi tío—no es por ahí. Lo que yo quiero para esa corrida... Ya sabes tú lo que yo puedo querer... Si Santa Coloma, o Moreno Ardanuy, o doña Carmen de Federico...

—Sí, doña Carmen... con seguridad... y tal vez el señor conde...

—Pues eso, Pedrote, alma mía... Una corrida terciada, con pocos pitones, bajitos de agujas...

—Seis peritas en dulce, vamos...

—Y cuanto más dulces, mejor... Es la alternativa, Pedrote, y la primera de las cuarenta que le tengo ajustadas a ese torerito... ¡Si en esa fracasa, una ruina!... Para qué te voy a engañar...

—Pues vamos a darle coba a Sierra...—decidió por fin el de Triana.

Y se la dieron a Sierra, y la fueron dando de café en café, y de cortijo en cortijo, hasta que todo quedó a gusto de todos y mi tío se vió casi con los toros que necesitaba para las corridas que se proponía dar en la temporada.

Cuando unos veces a caballo, otras en coche, cruzábamos por los cerrados donde pacíficamente pacían o rumiaban los toros que sin dar importancia ninguna a nuestra presencia en sus dominios, apenas si se dignaban alzar sus poderosas y temibles cabezas y fijar en nosotros aquellos ojos indiferentes llenos de confianza, yo, con esa facilidad con que el hombre trasmite a los otros seres la facultad de pensar sus propios pensamientos, me los figuraba haciendo vagas conjeturas sobre nuestro paso por allí, sin que acertaran a sospechar que todos los que, recelosos unos y desdeñosos otros, los contemplábamos, éramos la más genuina representación de los cientos y miles que en España, y des-

bordándose a otras tierras, hacen un culto de su fiereza y de su pujanza para nutrirse en seguida de su sangre, de esa sangre de toro que a unos da la opulencia, a otros la consideración, a muchos la fama, y redime a quienes de la esteva, a quienes del yunque, quizá, a no pocos del grillete. . .

Y en la paz de la campiña, ante la inocencia de aquellas bestias que eran fieras por un noble impulso de su instinto, por un honrado empleo de su fuerza, creo que he sentido por primera vez una emoción de que yo me consideraba incapaz.

La última etapa fué Córdoba, y desde allí emprendimos el regreso a Madrid, muy satisfecho mi tío, muy «flamenco» Manolito, mas no tan alegre como a la ida, y completamente desorientado yo, que había emprendido la excursión como un viaje de prácticas, del que esperaba provechosas enseñanzas, y todo lo que había podido aprender es eso precisamente que no tramiten los maestros, aun siéndolo don Blas tan excelente.

Pero no me desanimaba; yo sabía que algún día, lo que hoy no me parecían lecciones útiles, lo habían de ser para lo porvenir, y seguía mirando, oyendo y observando.

IV

El que mi tío esperaba que fuese magno acontecimiento para Alicante, no parecía haber producido en la ciudad aquella una impresión muy enorme.

Añadir el nombre de un torero famoso a la lista de sus celebridades, no les desagradaba a los levantinos; pero en una tierra donde contaban con un Chapí, un *Azorín*, un Miró, un Rafael Altamira, un Esplá, un Arniches, y es muy posible que algún otro más, no era cosa de echar las campanas al vuelo por la aparición en el zenit de una estrella con rabo—un bestiario con coleta—y en días precisamente de honda preocupación para el vecindario, pues la temperie, la gran aliada de la ciudad, tan firme y constante de ordinario, había descendido unos grados, cuando menos era de esperar y más de temer, por tratarse casi de los comienzos de la primavera y de la semana que, coincidente con el Carnaval, el Ayuntamiento, con una comisión de las «fuerzas vivas», constituida en comité de Atracción de Forasteros, había dedicado aquel año a la celebración de espléndidas fiestas con el fin de propa-

gar las dulzuras del clima y las ventajas de la ciudad como estación invernal.

¿Iría a llover aquel Carnaval?

¿Haría frío?

Ni una gota de agua había caído en todo el invierno, el campo era un abertal en muchos kilómetros a la redonda, y aun había labradores que con falta de civismo, ante la desolación circundante descaaban el chaparrón cuya amenaza tenía conster-nados a los alicantinos amantes de los prestigios de su pueblo, los cuales en poseer las más elevadas graduaciones termométricas de octubre a mayo—de mayo a octubre ya no tenían tanto empeño—cifra-ban su mayor orgullo, por no decir el único, des-engaños tal vez de que, lo que no hiciera el clima en favor de la «terreta», lo que es los hombres no lo harían.

Pero el clima servido así, al natural, tampoco ha-cía grandes cosas, y no habiéndose decidido toda-vía empresa ninguna a explotarlo como a los consu-midores agrada, es decir, con la guarnición del ine-vitable Palace, del obligado gran Casino, y los im-prescindibles centros de recreo y esparcimiento, y *confort* ¡mucho *confort!*, llegó un momento en que los alicantinos no supieron qué hacer del clima, y luego, como los cosecheros que no pueden exportar lo que la tierra les produce, se decidieron a consu-mirlo ellos mismos, con tal fruición y deleite que en saborearlo se les pasaba lo mejor de sus años, lamentando, desde luego, verse obligados a ese go-

ce egoísta que, gentes rutinarias, les abandonaban para amontonarse en Niza, por ejemplo, donde muchas cosas tendrían, pero no ciertamente mejor temperatura.

Media docena de días en los meses del corazón del invierno, se siente algo que para los autóctonos se parece al frío, y no es más que un ligero fresquito para los de tierra adentro; pero que al iniciarse la primavera, cuando ya los almendros, ornato del paisaje, mezclan a la blancura de sus flores el verde tierno de las primeras hojitas, y en los viñedos comienzan a estallar las yemas asomando tímidamente los conatos de pámpanos, y en toda la campiña se hace ostensible la oleada de savia, se encapote el cielo, sople el levante traedor de aguas y refresque el tiempo, eso es lo que casi no entra en los cálculos humanos... de una comisión de festejos de Alicante, a base de temperatura. Se comprenderá, pues, ante las veleidades de ésta, imprevistas e insospechadas, la zozobra en instantes de tanto compromiso, el estado de ánimo en que las gentes se hallaban, y por lo tanto que la alternativa de Rafael Matillo, que no era más que un número, al fin y al cabo, de los festejos, y no el de mayor relieve, pues había regatas en el puerto, fútbol en el campo del Levante, verbenas en el paseo de los Mártires, sesión de Boxeo en el Circo, cabalgata y batalla de flores, etc., etc., distase mucho de revestir los caracteres de solemnidad que don Blas había pretendido darle.

Las grandes tiras con los colores nacionales que la anunciaban en todas las esquinas, los carteles murales en los que Terruella había echado el resto, y en los que además del nombre del beneficiario, figuraban los de Juan Belmonte y *Chicuelo*, seguidos del de don Félix Moreno, cuyos eran los toros, llamaban ciertamente la atención, pero la mayoría de los que se detenían a contemplarlos revelaban esa curiosidad desinteresada de quienes tras la obra de arte que recrea al espíritu, no ven el anuncio de un espectáculo asequible.

—¿Pero es que no hay aquí afición a los toros? —le pregunté yo a mi tío un poco desconcertado ante aquella indiferencia.

—Como en casi todas partes—me respondió él encogiéndose de hombros—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no noto el menor entusiasmo.

—Pasado mañana, como haga bueno, ya verás... Son los pueblos los que han de llenar la plaza... Ir a los toros es correr una juerga para la gente de fuera, y por eso acuden; para la de dentro la diversión consiste en ver cómo aquéllos la corren... y eso resulta más elegante y más barato. De todos modos yo espero que entre los pocos de la capital que van a los toros y los que vengan de los pueblos, y de Murcia y Cartagena, y hasta es posible que algunos de Valencia y Albacete, la plaza se llene; y si no se llena, es igual. Lo importante para mí es empezar y con cierto bombo... Por eso he elegido Alicante, una plaza grande, no cara, en época de fies-

tas; y lo he justificado con lo de ser exigencia del torero, para no hablar de la conveniencia mía. ¿Te enteras ahora?

Estaba enterado ya; pero confiaba en que el «rasgo» de Rafael hubiera sido acogido con un poco más de entusiasmo; y apenas si de la gran corrida se hablaba en alguna peña de café y en alguna peluquería. Además del tiempo, la atención de las gentes se hallaba puesta en el match de boxeo y el partido de fútbol, con gran decepción por mi parte.

En cambio, en la plaza y en el hotel donde parábamos el trajín y el movimiento eran extraordinarios.

Con nosotros se hospedaba, además del *Recoquín*, *Don Minguéz*, el revistero de «casa y boca» de mi tío, y también le habían hecho el honor de acompañarle, en aquella su primera salida de la temporada, dos o tres cronistas más de otros tantos diarios importantes de la corte; y se habían agregado a la comitiva un par de periodistas valencianos, precedidos y no me atrevo a decir presididos, por otro «honorario» que, para serlo efectivo, o de número, sólo le faltaba saber escribir, pero si escaso en letras, sus clásicos se los sabía al dedillo, y pocas amistades tan útiles y eficaces para el torero que solicitaba—y ni solicitarlo necesitaba—o aceptaba sus buenos oficios. Servicial, activo, decidido, afable, campechano, era amigo de todo el mundo y un padre para los coletudos, que en él encontraban apoyo, consejo, guía y valedor, todo en una pieza, con arreglo a una tarifa que debía de ser muy

módica, pues a pesar del consumo extraordinario de energías y actividades de aquel hombre en beneficio del «as» o «ases» de turno, porque siempre eran varios sus protegidos, andaba muy lejos de la riqueza. Pero parecía tener asegurada la felicidad, si no mentía aquel semblante satisfecho, aquel optimismo que era su mejor auxiliar en la vida y gracias al cual no había obstáculo que no se le antojara allanable ni contratiempo que no le pareciera remediable.

Había llegado de Valencia con sus dos «compañeros en la prensa», escoltando a Rafael Matillo, para ponerlo sano y salvo en manos del *Recoquin* primero, y en seguida en las de mi tío, como tuvo buen cuidado de hacérselo saber tan pronto como le echó encima primero la vista y luego los brazos.

—Aquí lo tiene usted, don Blas—exclamó con aire de triunfo, como si realmente lo hubiera traído asido del cuello—y vamos a ver lo que pasa.

—Gracias, Miralles—respondió el empresario benévolutamente, pero sin corresponder del todo a las efusivas demostraciones de afecto del obsequioso taurino.

Y Miralles, porque este tipo singular se llamaba Juan Miralles, y le llamaban *Safanoria*, sin desconcertarse por la amabilidad un tanto displicente de mi tío, ni variar el tono de intimidad que el otro no revelaba intención de mantener, añadió:

—Y aquí tiene usted también a estos señores, redactores taurinos de *El Tal* y *El Cual*, que con el

mío son los tres grandes periódicos de Valencia, que han venido para dar fe del triunfo de nuestro paisano en su propia tierra.

—Encantado—dijo entonces mi tío tendiendo con simpática cortesía la mano a los dos revisteros—y muy agradecido por el interés que por Rafael demuestran. No necesito decir que yo creo en su triunfo igualmente y que tanto como él agradeceré cuanto en su favor hagan los buenos amigos. Yo veo en él un gran torero y estoy dispuesto a ayudarle; pero sé lo que la prensa puede y sin su concurso me estrellaría. Miralles, que me tiene tratado, les dirá a ustedes que sé corresponder a los servicios que se me hacen... Y desde ahora aquí me tienen ustedes a su completa disposición, y cuantas facilidades necesiten y dependan de mí, no tienen más que mandar.

Mi tío espetó el discursillo de un tirón, con las variantes que la oportunidad exigía, pero en substancia el mismo que le venía yo oyendo desde hacía tres meses así que con un revistero, crítico, cronista, pues hay matices en el oficio, se las había. Lo esencial para el avisado empresario era hacer resaltar su altruismo, que modestamente disfrazaba con el nombre de «afición, al querer sacar de la obscuridad a un muchacho que prometía grandes cosas, y luego la admiración que por la gente de pluma sentía y la gratitud que en su corazón había para los que cooperaban a su buena obra.

—Ni media palabra más—concluyó *Safanoria*—.

Todo está dicho. Nosotros nos hospedamos aquí también, con Rafael, así que...

Entre tanto, Rafael y yo, un poco apartados, aunque seguíamos la escena y el diálogo, tuvimos tiempo de continuar la conversación que habíamos empezado en la estación, pues por propio impulso y en representación de mi tío además, había yo ido a recibirle juntamente con su apoderado y algún otro amigo.

No era mucho lo que hasta entonces nos habíamos podido decir, pues en el trayecto de la estación al hotel, el *Recoquín*, cumpliendo los deberes de su cargo, trató de imponer a su poderdante de lo que en su concepto más podía interesarle: la calidad de enemigo que había en los corrales para el día siguiente:

—Una corrida muy pareja, bien para la época en que estamos. Los seis pelechados, finos de cabos, con veintidós arrobitas y cortitos de pitones. ¡Se ha portado bien don Félix! Nos ha servido de amigos y ¡cómo embistan!... ¡Para hacer locuras!... Hay un negro mulato, llorón, coliblanco, tocadito de pitones, que es un Saltillo puro... ¡Daría cualquier cosa porque te tocara a ti! Ese no puede engañar. ¡Ese ha de ser un toro bravo! En fin, la corrida me gusta: poca fuerza, pues «hasta que los toros no toman primavera», aunque los hayan beneficiado no tienen sebo, bajitos de agujas... y cuatro hierbas...

Carabina le escuchaba con más deferencia que atención, porque no obstante preocuparle mucho el

toro, en aquel instante parecía que algo le preocupaba más.

—¿Me ha traído usted el vestido, don Manolito?— le preguntó al fin.

—Sí, hombre. No faltaba más... Y te advierto que dos horas antes de tomar el tren me lo entregaba Uriarte... ¡Valiente pelmazo! ¡Pero ha quedado!... Me gusta más ahora hecho que cuando te lo probaste.

—¡Voy a salir bien vestido!— exclamó mi amigo mirándome con cara de regocijo, y como si asociara esta idea a otra que le rebullía indudablemente por la imaginación, y añadió—: ¿Tu tía, también ha venido?

—No—le contesté en un tono de hipócrita compungimiento—. A última hora tuvo que desistir, porque la sobrinita de su marido tomó un enfriamiento.

—Pues me había prometido que vendría... Y yo tenía que brindarle el toro... Ya te lo dije... No se lo pude brindar en Madrid... ¡Qué lástima!...

Y hasta el hotel, no volvió a decir palabra.

Comprendiendo que mi amigo estaba enamorado de mi tía, pues no podía ocultármelo, me causa sorpresa ahora recordar la poca importancia que entonces le daba al hecho. Ciertamente que yo, del amor sólo podía tener un concepto en aquella época, y gracias a ese concepto es muy posible que en el de Laureta desglosase el cariño de familia o la simpatía afectuosa que me había inspirado, de la otra pa-

sión que hacia ella me llevaba por el placer que me producía. Para mí, probablemente, *Carabina* no pedía ni quería de ella, más que la satisfacción de ese deseo, y lo mismo que no me inquietaba que satisficiera el de su esposo, no veía inconveniente en compartir con mi amigo también, no el afecto de mi tía, que ese lo quería todo para mí, sino el goce que de ella era posible extraer, de la misma manera que allá en el pueblo si alguno de los chicos de una pandilla descubría una chiclela fácil, gozábamos todos de su buena fortuna e igual régimen comunista había visto observar entre los aficionadillos cuando yo quise ser uno de ellos.

¿Era esa ingenua y primitiva manera de entender el amor lo que me hacía escuchar sin celos a mi amigo? Hoy me sería imposible afirmarlo; pero es la suposición más verosímil que se me ocurre. De todos modos no deja de intrigarme el que si así era como yo pensaba, no le hubiese dicho jamás a Rafael ni una sola palabra de mis relaciones con mi tía, limitándome a una actitud pasiva y neutral que era el mejor de los expedientes para despistarlo.

¿Cómo compaginar aquella ingenuidad con esta doblez?

Otro pequeño misterio.

A no ser que todo quedara reducido, y no me extrañaría, a la petulante jactancia de un «niño bonito» que creía demasiado firmes sus posiciones para inquietarse por los asaltos de un rival, aun-

que fuera este el propio *Carabina*, con prendas personales tan sobresalientes y el prestigio que le conferiría su exaltación taurómaca, todo ello más que suficiente para deslumbrar a una mujer... de no tenerla yo deslumbrada de antemano.

Sé a estas horas tanto de la vanidad masculina, que nada me sorprendería que de la mía en aquel entonces naciera mi actitud indiferente ante la pasión de mi amigo. Además, en otros casos sucesivos he tenido ocasión de comprobar que si alguna vez he sentido celos no ha sido nunca a la manera que es más frecuente, tal vez porque yo más que querer me he limitado siempre a «corresponder» a quien me haya querido, o si he de emplear el verdadero término, «a dejarme querer», aunque esto hable poco en favor de mi facultad amorosa, y dé lugar a la falsa suposición de un elevado concepto de mí mismo. No. Quizá me haya ocurrido en la vida sentimental todo lo contrario. Tal vez no me haya enamorado de mujeres que me han gustado por temor de carecer de méritos bastantes para pretenderlas; pero cuando he comprendido que era amado, el amor con que yo he correspondido se ha agrandado con un sentimiento de gratitud, mezclándose tan íntimamente con el otro, que tal vez haya perjudicado a la calidad, impidiéndome experimentar esos celos perturbadores que son origen de la duda. Yo no he dudado nunca del cariño de una mujer, por la razón sencilla de que ha bastado la menor sospecha de desafecto, para que la

«correspondencia» y la gratitud cesaran, y la amada dejara de serlo.

¿Es así cómo ya en aquella época quería yo a Laureta y en consecuencia me comportaba con respecto a Rafael?

No me atrevo a negarlo ni me atrevo a afirmarlo.

¡Quién sabe!

Cuando el grupo que se había formado en el «hall» del hotel se disolvió, tomando cada nuevo huésped el camino de su habitación tras del camarero que le servía de guía, yo seguí a Rafael a la que le estaba destinada, donde ya *Chori*, llegado unos momentos antes con el equipaje, se ocupaba en deshacer los baúles, e iba colocando sobre las sillas las enfundadas prendas del traje de luces, y las de un par de ternos de calle para desarrugarlos; en el armario la ropa interior, y a los pies de la cama el rameado pijama de seda, inevitable e insustituible para todo torero de categoría, a no ser que ésta sea tal que reclame el uso de la bata.

Aunque no hacía más allá de quince días que *Chori* se había marchado a Valencia para entrar de nuevo en funciones al lado de «su matador», y por lo tanto esas dos semanas era el tiempo que llevábamos sin vernos, mi presencia le produjo verdadera alegría, y tan franca y lealmente la manifestó que yo sentí un poco de remordimiento, porque, la verdad, no me había acordado de él, y ni siquiera se me ocurrió pensar, cuando estuve en la estación,

que también mi buen amigo debía de haber llegado con Rafael.

Le dije, sin embargo, que lo había estado buscando en el andén, sin poder dar con él.

—Me fui en seguida a retirar el equipaje—me contestó con aquel aire de melancólica resignación que le era ahora habitual—. Pero a mí me pareció verte.

—¡Y por qué no me llamaste?... Ya sabes que yo siempre me alegro de verte... y más ahora, tal como te encuentro... No lo puedes negar, Manuel, a ti te ha ido superior en Valencia.

—Regular, regular... Es una buena tierra aquella, y así que se le toma el pulso... y el gusto... ¡Y qué afición, muchacho!

—¡Y qué gachís!

—No me hables, rechorizos... Las hay que quitan la cabeza. Que te lo diga el matador... Lo traen asao. Gracias a que él sabe nadar y guardar la ropa, que si no...

—No seas exagerado, Chori... ¡A ver si Juanito va a creerse...—dijo Rafael, que se aseaba y vestía mientras nosotros charlábamos.

—No tiene que creer más que lo que yo diga—afirmó el mozo de estoques con firmeza—. Que tiés mucho partío con las gachís, y que te sabes administrar... ¿Miento yo? ¿No es esa la chipén?

Era evidente en *Rechorizos* el deseo de halagar a Rafael, pero algo en el tono me hizo sospechar como un rencor que allá en las profundidades turbias de

su ser se agitaba sin que de ello se diera cuenta él mismo. ¿Celos? ¿Envidia?

Yo, que sentía una viva simpatía por Manuel, sufría al descubrir lo que se me antojaba una fea condición de su carácter, pues no merecía ciertamente el comportamiento de *Carabina* para con él, esa mala correspondencia. Y es que mis años no me permitían por aquella época comprender lo amargo que para *Rechorizos* había de ser aquel pan, precisamente por venirle de manos tan amigas, de aquel que un día consideró como su compañero, y hasta su inferior, y era en la actualidad su jefe y protector.

—Total, nada—dijo modestamente Rafael, sin parar atención en la actitud un tanto airada de su mozo de estoques—; ya sabes lo que son cierta clase de mujeres. Manuel me ha visto en los *cabarets*, y eso que yo los frecuento poco, y le ha dado importancia a lo que no la tiene. Yo, por lo menos, no se la doy. En lo que yo he pensado este invierno ha sido en el toro; y si alguna mujer ha pasado por mi imaginación...

Y aquí interrumpió su discurso.

—¿No he dicho yo que te sabes administrar? No creo haber estado prematuro en mi interpelación—manifestó *Rechorizos*, buscando, como en todas las ocasiones solemnes, el lenguaje que se le antojaba más decoroso para expresar su pensamiento.

Terminado con toda corrección el incidente, continuamos la charla, hasta que ya vestido y tocado

el matador, apareció el *Recoquín*, exclamando apenas entreabrió la puerta:

—¡Pero aun no estás listo, hombre!

—Completamente listo—contestó Rafael con su humildad acostumbrada—. Pero ¿para qué me quiere usted?

—Para que vayamos a la plaza, ¡alma mía! Abajo esperan don Blas y los amigos en un auto.

—¿Y qué vamos a hacer en la plaza?—siguió preguntando el torero con curiosidad.

—Ver los toros. ¿Es que no te interesa?—interrogó a su vez el apoderado.

—No es que no me interese; es que no me gusta verlos hasta que salen a la plaza. Con lo que usted me ha dicho ya tengo bastante para saber lo que hay encerrado. Si voy, por lo que a mí me parece y por lo que oigo decir a los otros aficionados, resulta que le tomo simpatía a un toro y a otro antipatía, y luego me toca el que no me gustaba y... paso, por lo menos, un momento de mal rato y no lo toreo a gusto, como no se empeñe él en demostrarme que me había equivocado.

—Todo eso son pamplinas, chiquillo. El buen torero no ha de ser supersticioso. Todos los toros son buenos para el que sabe torear; y tú sabes—afirmó sentenciosamente Manolito, moviendo los bracitos de aquella manera peculiar suya, que me hacía pensar en un perrito faldero de pie sobre las patas y agitando las delanteras para guardar el equilibrio.

—Sabe más de lo que ha aprendido y más de lo

que usted se puede figurar, don Manolito—se creyó obligado a intervenir *Chori*, sin interrumpir su tarea de colocar prendas, como no fuera por breves instantes para encararse con su interlocutor—. En el festival de Ondara, la semana pasada, me habría gustado que usted lo hubiese visto. Se lió con el becerro, que era un novillote zancudo, con sus diez y siete arrobas, y le dió por salir más bravo que un jabato. ¡Pa que le voy a contar a usted lo que hizo el chaval con él! Los otros toreros de Valencia, que habían estado bien, cada uno según su clase, lo miraban embobados, se miraban unos a otros, como dándose cuenta de que tenían delante una cosa muy seria, que les iba a hacer apretarse los machos. Ni más arte, ni más emoción, ni más estética, ni más facilidad se le puede echar al toro. ¡Se lo digo yo a usted, don Manolito, que de eso *chanelo* un rato!

—¡Pues si se lo he visto yo hacer este invierno en los tentaderos del campo de Salamanca!—corroboró el *Recoquín*, como hombre que ya tiene formado juicio definitivo—. ¡Me dirás tú a mí! ¡Y toda la temporada pasada, no se lo ha hecho a lo que ha salido, grande o chico, por la puerta de los toriles?

Yo miraba a mi amigo, y mi amigo, que escuchaba más bien alelado que confuso aquellos elogios, miraba alternativamente a su apoderado y a su mozo de estoques y luego a mí, un poco receloso, como si no se atreviera a dar completo crédito a aquellas palabras y tratase de sorprender en nues-

tros ojos la falsedad que sospechaba. Pero uno y otro Manuel eran muy duchos en el arte de la adulación y yo le admiraba sinceramente. Forzoso le fué, pues, a Rafael creer lo que aquel par de buenos aficionados afirmaban, con mi aquiescencia; pero una aquiescencia tácita, Porque he sentido siempre un raro pudor que me obliga a callar un elogio, por poco que yo sospeche que puede confundirse con una lisonja. Y esto, comprobado repetidas veces, empezó a hacerme dudar de mis aptitudes para destacarme como «taurino».

Total, que mi amigo pareció satisfecho de sí mismo, después de aquellas manifestaciones.

Y es que él—me lo había confesado muchas veces—no sabía cómo toreaba, ni habría sabido explicar en que estribaba ese tan decantado arte suyo.

—Dicen que todos los toreros sienten miedo cuando van a hacer el paseíllo—me contaba a veces—; pero yo debo sentirlo doble, pues no es únicamente el temor de que un toro me lastime, es que además se me figura que no puedo quedar bien. Y cuando veo que otros toreros hacen una faena o ejecutan un solo lance de verdadero mérito, no hay vez que no me diga a mí mismo: «Eso yo no lo sabría hacer». Y luego cuando me aplauden, con palmas fuertes, de esas que no engañan, me quedo como sorprendido primero, pero me animan en seguida y me pasa una cosa que yo no sé si tú comprenderás. Ya no me acuerdo de que toreo para el público; me parece que toreo para el toro y por el gusto que a mí

DE LA SANGRE DEL TORO

me produce. ¿Qué te diré yo? Como podría pasarme bailando con una mujer de mi agrado, que el entusiasmo que pones, lo que te esmeras en hacerlo bien, no es más que por ella y para ella. En esos instantes el toro no es mi enemigo... es... es... mi compañero y... ¡si yo me atreviera a decirte que... que me pongo cachondo!... ¡Verdad que tú te extrañas de eso?... ¡Yo mismo no lo comprendo! Y lo más raro es que a pesar de eso, me causa un gran placer matarlo y gozo viendo brotar su sangre y me restregaría las manos con ella... ¡Les pasará a los otros?...

Me bastó con esta confidencia y no he tratado nunca de hacer indagaciones, respecto a los demás toreros.

Pero esa confesión de mi amigo vine a recordarla al notar aquella cara de asombro que ponía ahora ante las manifestaciones de sus hombres de confianza, y me percaté de lo que en su ánimo pasaba.

Porque acabó por sentirse halagado o porque no sabía resistirse a los deseos ajenos, se dispuso a seguirnos a la plaza.

No uno, varios automóviles esperaban a la puerta del hotel a toda la comitiva.

V

—Una corridita para toreritos de *vanguardia*—decía cuando nosotros llegamos, uno de los periodistas madrileños, sonriendo con malicioso desdén, y dando con una rápida mirada por hecho el examen del ganado.

Rafael, Manolito el *Recoquín* y yo, nos habíamos retrasado un poco, porque al pasar por el patio de caballos el contratista nos detuvo para saludar al futuro matador de tronío y a su apoderado.

Mientras los tres departían amistosamente, con esa intimidad que nace en seguida entre gentes de un mismo tráfico, yo, un poco alejado, contemplaba, con ojos compasivos, que no se han acostumbrado nunca al espectáculo horroroso y cruel que ofrece el caballo en la plaza, los manejos de mozos y chalanes con los desdichados jamelgos que un sino fatal—que también los caballos tienen su sino—, condenaba a una muerte atroz. Con los ijares en-

sangrentados por la espuela—que más que acicate estimulador es instrumento de suplicio en el talón del gañán que la esgrime para dejar en carne viva la franja que recorre y agudizar de esa manera la sensibilidad de la pobre bestia, como a fuerza de violentos tirones de la brida trataba de «hacerle boca», *deshaciéndosela* de antemano—, un enorme percherón, cargado de años y de alifafes trotaba por el patio con toda la diligencia que le consentían sus miembros entumecidos y todo el vigor que le permitía el muy exiguo que le restaba. Al cabo de una vida entera arruinada en el tiro, se veía convertido en caballo de silla y para la efímera actuación que como tal le estaba reservada, se hacía necesaria una nueva educación, una reeducación, a la cual se sometía resignadamente, aguantando estoico los rudos espolazos y los secos y brutales tirones de riendas que metódica y concienzudamente le administraba el celoso mono sabio en funciones de desbravador... de una bravura ¡ay! de que ya no quedaba ni el recuerdo.

Otros cuantos matalones, de todas alzadas y de todas razas, con la pesada montura vaquera puesta, esperaban atados a las anillas que les llegara el turno de la dura lección; y era tan manifiesta, en la mayoría, la desproporción entre su tamaño y el de los arreos y tan a la vista saltaba su inadaptabilidad al nuevo oficio, que me hicieron recordar grotescamente las comparsas de un teatro de tercer or-

den vestidos de etiqueta con prendas de guardarropía.

Entre tanto, Rafael y su apoderado habían terminado su coloquio con el contratista de caballos, al que yo veía sonreír amable y humildemente con extrañeza, sin duda porque en aquel minuto asociaba tan estrechamente el hombre y su industria que no me era posible admitir sentimientos ni expresiones humanas en quien de la inhumanidad hacía una profesión.

—Está bien eso de «toreritos de vanguardia»— aprobó el *Recoquín*, que fué el primero de los tres en subir la empinada escalerilla que conduce a los corrales—. ¡Tiene gracia don Evaristo!

Don Evaristo Robledo, que era el periodista autor de la frase, desde lo alto de su engrimiento se dignó posar una mirada que quiso ser indiferente, pero fué de reconocimiento, sobre Manolito, pues éste había sido el único que parecía haberla tomado en cuenta, y seguramente más por obligación profesional—él era apoderado y el otro revistero—que porque hubiese comprendido la ironía, demasiado literaria para hombre tan reñido con las letras.

—La corrida está bien—intervino mi tío, sin dejar que ningún otro tomara baza—. Estamos en invierno todavía... Los toros hasta que «no toman primavera, no ponen sebo».

Ya sólo faltaba yo, de los tres que habíamos ido a Sevilla y oído esta gran verdad de Pedrote el de Triana, para repetirla; pero no desconfiaba de poder hacerlo antes de que hubiesen arrastrado al último toro de los seis.

Rafael, el *Recoquín*, mi tío y *Don Mínguez*, formaron un grupo y parecían en conciliábulo. De vez en cuando señalaban un toro con el dedo, lo observaban detenidamente, y por la diversidad de ademanes deduje que no era unánime la opinión respecto a él.

Intrigado, me aproximé.

—Desigualada un poco—convenía mi tío—; pero no tiene fuerza.

—Es alto de agujas—decía Manolito.

—Así que le den dos castañetazos, queda hecho un trapo. Además descubre bien y tiene dos plátanos por pitones.

—De todas maneras—confesó Rafael—es el que menos me gusta... Aquel otro negrito, acapachao, tiene una cara muy simpática... y es más toro...

—A ver si a ti te pasa lo que a mí—interrumpióle *Don Mínguez*—que los toros acapachados te gustan... Tengo la manía que el que no es bravo, por lo menos es dócil.

—Hay de todo—aseguró Manolito, escépticamente.

—¡Claro! Pero quítame esa ilusión!

—Ve usted... A mí el que me gusta es el tocadi-to de pitones. ¡Ese es un Saltillo puro!

—La corrida está bien—repitió mi tío, y antes que repitiera lo del sebo, etc., me dirigí al otro grupo, donde los dos periodisats madrileños, los dos valencianos y *Safanoria*, sostenían un animado diálogo.

Don Evaristo «hacía literatura»; el hacerla le había valido su encumbramiento en el periodismo y, sobre todo, el mayor prestigio como cronista taurino. Y no había quien lo apeara de su estilo florido y altisonante ni aun en la conversación, a la que trasladaba todos los tópicos y clisés con que amenizaba sus revistas. Esa misma escuela, aunque no con tanta fortuna, practicaba uno de los periodistas valencianos que pretendía suplir con «bellezas de estilo» los conocimientos taurómacos, desdeñados por él olímpicamente, así como a los que alardeaban de ellos; y para él cualquiera que los manifestase hacía alarde.

Nadie sabe cómo el distinguido—e ilustre en perspectiva—periodista valenciano, *churro* de origen, se encontraba en posesión todavía de un surtido completo de modos y tiempos del verbo *capacitar*, tan en moda lustros atrás, por lo que tengo entendido, y que a fuerza de boga, había sufrido tal desgaste que ya estaba considerado poco menos que inservible entre personas de buen gusto. No lo consideraba así *Rondeño*, que a cada dos por tres estaba *capacitado*, suplicaba a su interlocutor que se *capacitase*, sentía el generoso anhelo de que todos nos *capacitáramos*, o se dolía de que no nos *hubiéramos*

capacitado abrigando la alentadora creencia de que al fin nos *capacitaríamos*. Eso y buscar las «esencias» taurinas, si de toros se trataba, artistas cuando al arte se refería, literarias en caso de literatura, y hacer un estudio comparativo de las «normas» antiguas y modernas en el arte de torear, sin saber a punto fijo por cuáles decidirse aunque en el fondo ambas le tenían sin cuidado, eran sus características... Pero volvamos al maestro.

El ya ilustre Robledo (don Evaristo) diputando, sin duda, un hallazgo lo de «toreritos de vanguardia», pero no satisfecho de su éxito, repitió la frase tantas veces como le fué posible en el ameno y profundo discurso con que entretenía a sus oyentes cuando yo me aproximé, y del cual—del discurso hablo—saqué en substancia, que «siendo nuestra fiesta un espectáculo feral, en el que el sol subraya el rojo de la sangre sobre la amarilla arena, las poderosas cervices con buidas astas son el elemento esencial de ella; pero con toreritos de vanguardia que se elevan al fastigio estilizando hasta el mismo miedo, el toro feble, es el que se impone, y así estamos condenados a reses como las que estábamos contemplando».

Ahora o nunca—me dije—, la ocasión la pintan calva, y resueltamente tomé la palabra para decirle al preopinante:

—La corrida no está mal para la época en que nos hallamos. Ya sabe usted que «los toros hasta que no toman primavera no ponen sebo»...

¡Por fin! Quedé descansado. Ya había soltado yo también la frasecita, y ni siquiera tomé en consideración la mirada entre sorprendida y despectiva que el notable cronista me dirigió, por toda réplica.

Los dos grupos se reunieron.

Mi tío decía a Manolito en tono confidencial, antes de hacerse la fusión:

—Esta tarde vendrá probablemente el asesor con los veterinarios y el presidente. No se olvide usted de hablarle. Una oreja es siempre un reclamo, digan lo que quieran los «clásicos».

—Y usted cree...

—Las cosas bien pedidas... y bien agradecidas, es difícil que no se consigan. Usted ya sabe de eso...

—Tendrá el señor asesor la *coba* correspondiente.

—Y no deje de averiguar qué marca de cigarros fuma.

—Ya lo sé. Una marca cara—dijo riendo el *Recoquín*.

Apenas regresamos de la plaza, invadimos el comedor.

Nos esperaba la *paella*, y como también eso de la *paella* tenía sus atractivos para los excursionistas, en busca de ella nos dirigimos con el mayor entusiasmo.

Mi tío, que asimismo en materia culinaria «sabía lo suyo», afirmaba que ese arroz famoso saben guisarlo los alicantinos mejor que los propios valencianos, y con gran pesar suyo *Safanoria* no pudo prestar su conformidad; se lo vedaba el amor pro-

pio y el amor patrio. Pero se avino a una transacción: en Alicante guisaban mejor el arroz con pescado, y sobre todo el arroz con bacalao. Algo era algo y todo el mundo se dió por satisfecho; pero, dicho sea en honor de la verdad y del cocinero autor de la *paella* que nos ocupaba, nadie echó de menos en aquella ocasión la genuinamente valenciana.

Cierto es que, desde casi los comienzos de la comida, se entabló animadísimo debate que acaparó, poco menos que en absoluto, la atención de los comensales.

Don Mínguez, el «pobrecito Manuel», sin pretenderlo, como otras tantas veces, por el solo hecho de opinar, desencadenó apasionada polémica, y en ella se enzarzaron todos, pero quienes consumieron la mayoría de las horas, en sus respectivos turnos, fueron él, actuando de «señor Manuel Domínguez», y aquel de los periodistas valencianos menospreciador de la técnica taurómaca, no obstante firmar sus revistas con el seudónimo de *El Rondeño*.

—Yo—afirmaba el bilioso señor—ni censuro a nadie ni critico a nadie; pero tampoco nadie me convencerá de que, para escribir revistas de toros, se necesite estudiar a *Pepeíllo* y Montes y saberse de memoria el Diccionario de Sánchez de Neira. Por lo menos a mí no me ha hecho falta nada de eso y hasta ahora no sé que los lectores de mi periódico se hayan quejado. Lo que precisa el que escribe de toros en un periódico es saber escribir, ser periodista, entretener e interesar al lector, que es lo que

los técnicos no hacen. En una palabra, estar capacitado para el oficio.

—Muy bien, admirablemente, escribía Peña y Goñi, y entendía de toros—replicó don *Mínguez*—y en sus trabajos, así críticos como históricos, revelaba un gran conocimiento en la materia. Mariano de Cavia, notabilísimo periodista, como revistero nunca dijo dislates; Agustín Mazas, Eduardo del Palacio, Carmena y Millán, el mismo Pascual Millán y muchos otros, fueron excelentes escritores y muy buenos aficionados, que sintieron curiosidad por las cosas de toros y no se creyeron rebajados por tratarlas técnicamente. Y no encontraría bien que se les censurara por eso. Saber de tauromaquia y saber de nada viene a ser lo mismo; conformes. Pero eso será para el que no pretenda ocuparse de ello. El que escribe de toros, está obligado a saber de eso.

—Se me figura que le da usted a esa ciencia demasiada importancia—dijo encogiéndose de hombros el revistero valenciano—. Sin ella se pueden descubrir las esencias artísticas que se desprenden de las normas modernas del toreo.

—Haría usted mal en suponer que yo le doy una gran importancia a los conocimientos tauromáquicos. Creo darle la que tienen nada más. Para nosotros, los que escribimos de toros, lo que para el que escribe de música tienen los musicales, y la que para el que escribe de teatro tienen los teatrales, sin que esto signifique que considere cosa tan trascen-

dente el toreo como la música o el arte dramático. Pues bien, ¿concibe usted un crítico de teatros o de música, con ese desdén por la técnica o por el tecnicismo que usted, crítico de toros, afecta por la técnica o el tecnicismo taurinos?... A mí me parece cómodo, muy cómodo, ese punto de vista, para quien los desconozca en absoluto y pretenda ocultar su ignorancia disfrazándola de menosprecio, pero no está usted seguramente en ese caso, y mejor quiero atribuir a una genialidad sus dichos que a una íntima convicción.

—Usted puede atribuirlo a lo que guste; pero yo sigo en mis trece. Al lector de periódicos hay que darle crónicas amenas y no aburrirle con tecnicismos, en más de una ocasión arbitrarios, y en no pocas absurdos, caóticos, en pugna con las normas actuales del toreo. Eso no me lo negará usted. Y para dar una impresión de lo que en la plaza ocurre, repito que no es preciso estudiar a *Pepeillo* y *Montes*; basta con haber visto media docena de corridas para tener la *capacitación* (probablemente se refería a la *capacidad*) necesaria y hallarse al cabo de la calle...

—Confieso que casi me está usted haciendo pensar que tiene razón...—dijo el «pobrecito Manuel» entre irónico y melancólico—. Pero es ya tarde para mí. Yo cometí la primada—y si hubiera sido esa nada más!—de tomar en serio este oficio y ya la cosa no tiene remedio. Cierto, ciertísimo, ¿de qué sirve saber de lo que se habla? Lo esencial es ha-

blar... o escribir... hacer literatura... de esa literatura precisamente que más agrada al lector de periódicos, con contadas excepciones... literatura de «todo a 65»; pero descubro esa verdad cuando ya no puedo aprovecharla.

—En un término medio está la virtud—dijo conciliador don Evaristo—. Desde luego la amenidad y el gusto literario no están reñidos con la técnica. Amalgamar al buen aficionado con el buen escritor, es la desiderata. Y he de confesar que eso es lo que yo persigo.

—¡Echale un galgo!—murmuró el otro periodista madrileño que estaba sentado a mi lado. Y como su compañero se le quedase mirando como en demanda de una repetición por no haber oído bien, añadió—: Decía que eso es lo que todos perseguimos; pero, por mi parte, puesto en el trance de elegir, sacrificaría la belleza del estilo a la técnica. El primer deseo del que lee una revista de toros es enterarse de lo que en la plaza ha ocurrido, y escamoteárselo con gracias y piruetas o contándole un cuento de las Mil y una noches, me parece el timo del portugués.

—Pero... ¿es que al público se le cuenta de verdad lo que en la plaza ocurre?—preguntó Manolito el *Recoquín*, con cómica ingenuidad.

—Hasta donde lo permite la buena amistad que con los apoderados o los diestros nos une—contestó don Evaristo en seguida—. Y no creo que usted nos censure por eso...

—Usted ya sabe que yo le admiro demasiado para censurarle nada—aseguró el *Recoquín* sonriendo amablemente, y con el mismo tono galante que hubiese empleado para dirigir un piropo a una mujer bonita.

Que el tema no había sido suficientemente debatido lo probaba el que, nos habíamos ya levantado de la mesa e íbamos camino del Casino, donde pensábamos tomar café, cuando todavía *Don Mínguez* y *El Rondeño*, un poco retrasados, continuaban discutiendo, con menos calor ciertamente, pero aun aferrados cada uno a su punto de vista; y las «esencias», las «normas» y la «capacitación», de vez en cuando sonaban en mis oídos.

Safanoria nos confirmó lo que todos sospechábamos, y era que, con efecto, *El Rondeño* no sabía una palabra de toros.

¿Pero es que de toros sabe alguien?

Al presente lo voy dudando.

Mi tío, por ejemplo, aseguraba con su énfasis habitual:

—En eso el amo es *mi men*. En España entera soy el que más entiende de toros. ¡Si es lo mío, señor!

Pues bien, no era su *men*, al decir del *Recoquín*, tan inteligente como se suponía, y en más de una ocasión le oí decir:

—¡No tiene ni idea! Del asunto del tóro es *menda* el que *chanela* un rató largo.

Don Mínguez, por su parte, no creía en el saber

taurino de *menda* ni de *su men*, y se fundaba para ello en que el suyo era diferente.

Acabé por sospechar que en la religión torera debía de existir una doctrina secreta, esotérica, al alcance tan sólo de unos pocos privilegiados, que aun siéndolo nunca llegaban a poseerla por entero, y no era corriente que los fragmentos que cada cual descubría coincidiesen con los descubiertos por el otro, de donde resultaba ese caos de que el *Rondeño* se lamentaba con razón.

Como Rafael se negó a volver aquella tarde a la plaza, al marcharse mi tío con la comitiva, me quedé yo acompañando a mi amigo que así como avanzaba el día era cada vez menos comunicativo.

Se lo hice notar.

Estábamos asomados al balcón de su cuarto que daba frente al puerto, cuyas aguas mansas, sumisas, como prisioneras dóciles, alejaban de mi pensamiento el mar a que pertenecían, inquieto, revoltoso, en constante hervidero, en mi recuerdo, tan fiel, que no dejó un solo día de acompañarme en los meses de Madrid, produciéndome tan angustiosa nostalgia a veces que me era preciso buscar en los alejados y confusos horizontes que desde algunos puntos de la ciudad descubría, la engañosa ilusión de aquel mar que a mí me parecía más mío que mi propia tierra.

—No, no estoy preocupado—contestó Rafael a mi observación, contemplando como yo, por encima de la larga teoría de las palmeras que en triple hilera se interponen entre la ciudad y el puerto, la apacible belleza de aquel lugar de ensueño—. Pienso, naturalmente, que mañana me juego mi porvenir; pero sin yo saber por qué, tengo fe, y confío en salir bien. Lo único que me pasa es que me tarda el instante de verme delante del toro; siento la misma impaciencia ahora que he sentido siempre así que empiezo a vestirme. Quizá eso que yo llamo impaciencia sea miedo; pero si lo es, lo pierdo tan pronto como abro el capote y se me arranca el toro. Puesto ya en ese trance, toreo sin darme cuenta de lo que hago ni de cómo lo hago, y cuando oigo las palmas y los olés, si quiero parar atención no parece sino que se me acaba la cuerda y necesito hacer una pausa que el público supone que es buscando la ovación y en realidad no es más que eso que te digo: que se me acaba la cuerda. Yo he de torear, para torear bien, sin pensar en que estoy toreado. Cuando lo pienso, me entra un tal temor de no saber hacerlo y hasta tal miedo de verme enganchado, que si no fuera porque el amor propio me sujeta, creo que echaría a correr. Pero la dignidad se impone, me mantengo firme, se me vuelve a arrancar el toro y...

—¿Y eso le pasa a todos los toreros?—pregunté yo intrigado al oírle repetir en aquel momento lo que ya otras veces me había dicho.

—Hombre... no lo sé... Algunos me han dicho que les pasa lo que a mí...; pero no a todos seguramente. Los hay que cuando salen a torear saben todo lo que van a hacer y cómo lo van a hacer... yo, no... Pero mañana voy a estar superior... y si tu tía hubiese venido...

—¿Pero qué te pasa a ti con mi tía, Rafael?—le pregunté riendo.

—Tampoco lo sé—me respondió encogiéndose de hombros y haciendo una mueca para subrayar su ignorancia—. Lo cierto es que no me la quito del pensamiento.

—¡Nada, que estás enamorado, ché!

—Yo hace días que me lo digo a mí mismo.

—¡Pues mira que si su marido se entera!

—¿Puede su marido privarme que me guste su mujer?

—Hombre... privártelo no puede, claro; pero no le va a parecer bien seguramente, si lo sabe.

—El que lo tome como le parezca, pero yo creo que estoy enamorado de tu tía.

—¿Y ella lo sabe?

—Si lo sabe, no será porque yo se lo haya dicho; pero las mujeres son muy ladinas y lo adivinan eso...

Ladina había de ser Laureta no sólo para adivinarlo, sino para callárselo además, pues nunca me hizo de ello la menor alusión. Casi habría apostado que mi tía, si algo notó, con toda seguridad no su-

puso que fuera esa clase de amor el que a Rafael le había inspirado.

Una comisión de aficionados, fundadores del «Club Rafael Matillo», en nombre y representación de éste—de este club—vino a interrumpir nuestra charla, con el pretexto de saludar primero y de invitar después al gran torero paisano a un homenaje que había de celebrarse aquella noche en el local social.

Mi amigo habría querido excusarse, pero *Chori*, que fué el introductor de los entusiastas admiradores de su matador, se adelantó a éste y aceptó el convite.

—¡No faltaba más! El matador tiene mucho gusto en ello—afirmó *Rechorizos*, adoptando la actitud más diplomática de su vasto repertorio—y agradece ese testimonio de simpatía con que le distinguen tan buenos aficionados y queridos paisanos. ¿No es verdad, Rafael?

—¡Qué duda cabe!—confirmó el espada procurando sonreír, pero con pocas ganas de hacerlo, pues no le agradaba la sociedad de gentes que no conociera.

—Nosotros—habló el jefe, presidente o cabecilla de la comisión—queríamos obsequiarle a usted como se merece; pero el club es nuevo, naturalmente, los socios somos hombres de modesta posición, y por lo tanto habrá de perdonarnos si la cosa no pasa de una demostración de nuestro entusiasmo por el torero de la tierra.

—Todo, por poco que fuera, será más de lo que

yo merezco—dijo Rafael con sincera modestia—. Me basta con que se hayan ustedes acordado de mí, y lo único que deseo es quedar bien mañana para demostrar a mis paisanos mi cariño.

—Ya lo ha demostrado viniendo a tomar la alternativa en nuestra plaza, teniendo tantas otras que se lo disputaban.

—No; yo soy alicantino y en la capital he querido hacerme matador de toros, con la esperanza de serlo bueno. El año pasado me rodó bien la cosa en la novillada que toreé aquí.

—Aun se recuerda aquella faena de muleta al novillo que cerró plaza. ¡Qué faena!—evocó uno de los comisionados.

—¡Aquello fué de lo poco que se ve!—aseguró *Rechorizos* poniendo casi los ojos en blanco—. ¡Hay que ver los cuatro naturales seguidos que le diste al toro, ¡porque era un toro!, con los pies atornillados al suelo, llevándolo embebido en los vuelos de la muleta, tirando de él con un temple que me río yo de Joselito y Belmonte. Y luego de una docena de pases de todas marcas, que levantaron al público de sus asientos, va mi hombre, Juanito de mi alma—porque era a mí a quien parecía contarle—lía la muleta, monta la espá, y muy despacio, dejándose ver, entra a matar y mete dos tercios de estoque en los hoyuelos de las agujas, saliendo como la seda por el costillar. Rodó el toro sin puntilla y la gente berreaba. ¡Qué ovación, muchacho!... ¡Eso nada más hizo esa tarde!

—¡Es verdad!... ¡Así fué!—ratificaron los clubmen, alguno de los cuales añadió—: Entonces fué cuando fundamos nuestro club.

—¡Ya podían ustedes!—convino irónicamente el mozo de estoques.

Casi con seguridad no mentía *Chori* al hacer este relato; probablemente no habría hecho más que exagerar un poquito, pues yo recordaba que de ese toro como de algunos otros bien toreados y matados por Rafael se había hablado más de una vez en la anterior temporada; pero en sus labios profesionales, avezados a todas las mentiras, que salían de ellos con el mismo acento de la verdad, empezaba ya a perder crédito para mí la narración de semejantes proezas, tan iguales en la inmensa mayoría de los casos que cualquiera hubiera creído, oyéndolas de quien quiera que fuese, que se trataba de una sola y la misma, atribuída a diferentes héroes; hasta tal extremo había identidad de hechos y palabras.

Quando la comisión se hubo marchado, acompañada hasta el vestíbulo por *Rechorizos*, Rafael dejó exteriorizar su enojo con su celoso servidor, por haberle metido en aquel compromiso:

—¡Figúrate que yo pensaba acostarme tan pronto como cenara! Sé que él lo hace todo por mi bien; pero, ché, cree que le agradecería más que no se interesara tanto por mí. ¡Cada cual tiene su carácter, y el mío no es ese! Afortunadamente me acompañará don Manolito y tú también vendrás, ¿verdad?

—Si me necesitas, voy; pero yo también pensaba

como tú meterme temprano en cama... Y aun tengo que escribir a Madrid y al pueblo, para excusarme con mamá... ¡Estar en Alicante y no ir a verla!... Además, no te faltará compañía. Irán los periodistas contigo y *Safanoria* no te abandonará. Ya puedes estar seguro.

—Bueno, bueno... Como quieras.

El regreso de *Chori* muy ufano por el servicio que acababa de prestarle a su matador que seguía sin aprender «a torear por las afueras», y eso era precisamente lo que más necesitaba el torero, si quería llegar a ser algo en la actualidad, como su gran experiencia le había enseñado; su llegada, decía, y la del *Recoquín* al cabo de algunos minutos, seguido de *Safanoria*, desvió nuestras ideas y de momento ya no fué cuestión de la asistencia al homenaje.

Manolito y Miralles, querían dejar arreglada la prensa aquella noche misma a fin de no tenerse que ocupar al otro día.

—Como Miralles conoce a todos los corresponsales y gente que nos conviene, irá él con *Chori* a saludarles en mi nombre y en el tuyo. Porque siempre es mejor que sea un amigo el que les hable... ¿No te parece?

—Lo que usted diga, don Manolito. Lo que ustedes hagan me parece superior—contestó Rafael con toda su alma.

—Me han presentado al asesor—continuó el *Recoquín*—y hemos quedado la mar de amigos. Con

seis señores que saquen el pañuelo para sonarse cuando doble tu toro, ya tienes la oreja, y si son doce, el rabo además.

—¡Hombre, don Manolito, eso no lo quiero yo!— protestó el torero dignamente.

—Pues no tienes más que meterla toda en lo alto, después de haberte arrimado con la muleta, y así te la ganarás de verdad—replicó con su desparpajo habitual el apoderado—. ¡Y ahora creo que ya está todo arreglado!

—¡Ah!—exclamó Rafael—. Esta noche hemos de ir a un homenaje...

Y explicó lo del Club Rafael Matillo.

—Eso está bien y me gusta. Total, dos o tres docenas de entradas más... Pero bien empleadas. Iremos... Ahora, si quieres que te gane una botella de vino al billar, no tienes más que seguirme al café de al lado. Juanito y yo, os desafiamos a ti y a Miralles. ¿Hacē?

—¡Hombre, sí, vamos a echar unas cuantas carambolas!—aceptó mi amigo.

—Y así se nos hará hora de comer—añadió el simpático *Safanoria*, que nunca olvidaba que por comer hacía él una barbaridad de cosas.

VI

El día solemne, amaneció espléndido.

Del cielo habían desaparecido todas las nubes y del espíritu de los alicantinos todas las preocupaciones e inquietudes. La temperatura respondía a la fama climática de la ciudad y los vecinos respiraron libremente.

Para que todo contribuyera a su satisfacción, pero más aún a la de mi tío, el contingente de forasteros que la corrida atrajo fué crecido, y con un entradón enorme, lo que equivale a decir que ante más de quince mil personas, el torero de la *terreta* obtuvo sonado triunfo, confirmando las profecías y augurios de los «buenos aficionados», esa categoría de seres de generación espontánea, que sólo tienen una realidad subjetiva en la mayoría de casos, y que en razón de decir hoy lo contrario de lo que ayer dijeron, siempre están en condiciones de exclamar:

—¡Si ese no podía engañar! ¡Se lo tenía yo pronosticado!

En el *palco de la empresa* presenciamos la corri-

da, además de mi tío, *Don Mínguez*, el señor Robledo, el *Rondeño*, Manolito el *Recoquín* y yo. Miralles hacía el «entra y sal», y del palco al callejón fué y vino su docena de veces.

Los toros rompieron en bravos; y el primero, el de la alternativa, el más terciado de los seis, que de salida pareció abanto, así que se enteró de que la pelea era inevitable, fué a más» cada vez revelando ese estilo de toro de casta que llega al público y es el encanto del buen torero.

Desde los primeros lances se apoderó Rafael de la muchedumbre y en el tercio de varas compitió en quites con los dos grandes artistas que le acompañaban. En los dos que hizo, el primero y el cuarto, su estilo personalísimo se destacó con vigor.

Mi tío, nervioso, acompañaba sin darse cuenta los movimientos del torero, y el *Recoquín* empinándose en el asiento, con cara de satisfacción y devanando más aceleradamente que nunca los dos bracitos, gritaba entre dos olés:

—¿Es o no figura?

—¿Se lo preguntaba a don Evaristo?

Don Evaristo así lo pensó por lo menos, y con su aire suficiente y desdeñoso de hombre que no se asombra por tan poco, se dignó contestar:

—Cuando le vea con el toro, se lo diré a usted.

—¿Con qué toro?—replicó Manolito indignado—.

¿No es un toro el que está en la plaza? ¿O es que usted se ha creído que a un torero de esa clase le van a echar seis morlacos para quitarle la cabeza?

No lo verán sus ojos mientras «mi men» le administre.

—¡Viva la administración y el toreillo de vanguardia!—exclamó el severo cronista irónicamente.

La ceremonia de la alternativa interrumpió el diálogo.

Rafael, pertrechado de espada y muleta, tras el abrazo protocolar, brindó a la presidencia; con un gesto autoritario hizo retirar a los peones, y a tres o cuatro metros del toro, en el tercio, hincó las dos rodillas en tierra y desafió a su enemigo con la muletilla para el ayudado por alto, en medio de un silencio de angustiosa expectación.

Embistió el toro derecho, y bravo y dócil tomó el engaño contribuyendo al feliz resultado de aquel pase inicial con el que el nuevo espada dió patente muestra de indudable valor. Y a contar de aquí, la faena se desarrolló con esa grandeza y majestuosidad reveladora de un artista excepcional, cosa quizá más difícil en el toreo que en cosa alguna, precisamente por el reducido margen de que la inspiración dispone, por lo estricto de las reglas a que ha de sujetarse, por el enorme riesgo de caer en lo grotesco cuando no en el ananeramiento al menor deslíz, en que se encuentra el lidiador si se ve desamparado de esa misteriosa fuerza que obrando a espaldas nuestras colabora no obstante a nuestros designios y realiza la obra por nosotros ansiada.

Por un milagro de la voluntad de triunfar, diríase que esa fuerza animaba e impulsaba a Rafael en

aquel supremo instante de su carrera, tan sabia y eficazmente, que ni un paso, ni un movimiento, ni un gesto, descompusieron el grupo airoso y vivo que formaron desde el comienzo el toro y el hombre en los diversos lances de un combate que dejó de parecerlo para no verse más que los extremos de gracia y belleza a que puede ascender la feroz pantomima en la que la muerte acecha y tiene con la muerte el desenlace fatal.

Pero en esta ocasión fué la prevista la que desenlazó el drama, y tan bien herida fué la víctima que rodó sin puntilla, «enseñando las bragas» para que la victoria del novel matador fuese redonda.

—¡Si este chiquillo lo hace esto en Madrid!—gritaba Manolito con lágrimas en los ojos—. ¿Es así el toreillo de vanguardia, don Evaristo?

Mi tío se frotaba las manos y sonreía mirando al señor Manuel Domínguez, como si quisiera decirle:

—¿Es o no lo que yo le había dicho a usted?

El Rondeño escrutaba el semblante de su colega Robledo, sin decidirse a opinar, y *Safanoria*, optimista como siempre, repetía:

—¡El amo! ¡El *chiquet* se hará el amo!

Entre tanto el *chiquet* daba la vuelta al ruedo entre atronadores aplausos, llevando en las manos los trofeos alcanzados: las dos orejas y el rabo del bravo saltillo.

Y continuó aquella memorable corrida en la que Belmonte y *Chicuelo* hicieron alarde uno de su to-

reo suave, templado, dominador; el otro de la gracia, de la «bonitura» de su torear incopiable.

Cada media verónica, y fueron varias, del Trianero levantaba una tormenta de palmas en los tendidos.

—El toreo empezó con Juan Belmonte y con Juan Belmonte acaba—comentó Robledo categórico y definitivo como siempre.

—Más bien creo lo segundo—dijo a su vez el señor Manuel Domínguez, enigmáticamente.

—Y lo primero también debiera usted creerlo—apoyó el periodista valenciano, que se consideró *capacitado* para hacer esta afirmación.

—Tengo mis razones para dudarlo. Pero lo que sí es cierto es que hasta tal punto ha achicado Juan el toreo, que no siendo él quien lo practique, esto va camino del fin.

—Total, que usted, como muchos, tildan a Belmonte de torero corto. ¿No es eso?

—No lamento la «cortedad» del toreo de Juan, por lo que a él toca, que con lo que le hace al toro me doy por satisfecho. Lo que lamento es que haya «acortado» el toreo de los demás. Tanto pesa en el ánimo de los otros toreros, que los hay con personalidad que la han hecho abortar por imitarle, y eso es deplorable.

—¿Pero es que a usted no le gusta Belmonte? —le pregunté un poco desconcertado por aquellas palabras, que tal vez no supe interpretar.

—¡Hombre, yo no lo sé!... Yo siempre he creído

que sí; pero a tal punto han llegado las cosas, que ya no me atrevo a afirmarlo rotundamente. En primer término, cuando trato de juzgarle, recuerdo en seguida que he sido *joselista* acérrimo y convencido; y lo recuerdo para ponerme en guardia contra mi juicio cuando éste es desfavorable. Pero luego, cuando me veo en camino del entusiasmo, me entra otra duda: ¿estaré también influído por sugestiones extrañas y seré un caso más de la alucinación colectiva que puede haberse producido respecto a los méritos de este torero?

Me quedé mirando a don Manuel, y él se dió cuenta de que no le había comprendido, y de que le pedía una aclaración, que se dispuso a darme en seguida, con su complacencia habitual, pero interrumpiendo de vez en vez el discurso cuando lo que pasaba en la arena retenía toda su atención. La mía también vagaba del ruedo al discurso del señor Manuel Domínguez.

—A ti te extrañan esas dudas y perplejidades mías, ¿verdad? A mí también, pero no me curo de ellas. Llevo cuarenta y tantos años de ver toros; empecé siendo *lagartijista* aun antes de poderme dar cuenta de cómo toreaba *Lagartijo*, porque en aquella época había que ser o *lagartijista* o *frascuelista* y yo opté por lo primero. ¿No contribuiría a ello el hecho de que fuesen mis periódicos por entonces *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Globo*? Otra duda que me asalta. Era *Lagartijo*, en la época de mi furibundo lagartijismo, un gran torero todo his-

toria, todo leyenda, que muy de tarde en tarde se tomaba el trabajo de reverdecer sus ya mustios laureles; pero bastaba una larga, bastaba un par de banderillas, para que el entusiasmo de sus adictos se desbordase, y si quería la suerte que ejecutara una faena de muleta, el entusiasmo nuestro degeneraba en delirio. En una palabra, los partidarios de mi calaña, lo éramos de un Rafael que no habíamos conocido. Pasaron años, y durante ellos, casi del todo alejado de la «afición militante», no me alisté en ningún partido; mas apareció Rafael el *Gallo*, y volví a las andadas. Fuí un gallista a ultranza y momentos hubo en que si no me quedé solo en su defensa, no llegaríamos a media docena los que en toda España teníamos la valentía de proclamar nuestras preferencias por el arte de aquel torero que daba una en el clavo y doscientas en la herradura. Una racha buena y las circunstancias favorables que creó la actitud de *Bombita* y *Machaquito* con respecto a la empresa Mosquera, pusieron a Rafael en candelero, y sobre su arte, y su gracia, y su gitanería, y sus cosas convertidas en tópicos, hicimos todos «mucho literatura», que prendió en el público, y todo pareció arte, gracia, gitanería, en el *Gallo*, que se puso en moda. Pero como todas las modas, esa también pasó, y lo que era majeza y flamenquería hace media docena de temporadas, ahora es bufo y grotesco... y aquellas mismas reboleras que se nos antojaban una maravilla torera, hacen reír al presente, si no indignan. ¿Será porque

los gustos van por otros derroteros? ¿Qué duda cabe? Pero ¿quién impone esos gustos?... La letra de molde, Juanín, a las sugerencias de la cual nadie escapa, ini aun los que la manejan! Pues bien, contra esa sujestión pretendo yo rebelarme, y si no lo consigo del todo, por lo menos pongo en cuarentena esos entusiasmos de que antes te hablaba, por si no son tan espontáneos como parecen... Yo sólo te diré que los belmontistas rabiosos de ahora, eran belmontistas rabiosos el año 13 ¡y hay tanta diferencia de este Belmonte a aquél! Eso me hace pensar que no es precisamente el toreo de Juan, lo que sus partidarios admiran en él.

Si don Evaristo, que estaba a nuestro lado, se enteró de lo que *Don Mínguez* decía, tuvo el buen acuerdo de no demostrarlo, y comentando a su vez con el *Rondeño* los lances de la corrida, me dejó abandonado a la elocuencia del viejo revistero que, tal vez, inconscientemente, dejaba escapar el leve resquemor que le producía la influencia en la opinión de otros colegas y les achacaba el descarriarla sin pensar que tampoco él se había abstenido, ni se abstenía, cuando de sus gustos, inclinaciones o conveniencias se trataba.

Para Evaristo Robledo, el señor Manuel Domínguez era de una estulticia insondable, con un cerebro fósil, impermeable a toda idea nueva; y como además lo suponía de una petulancia inagotable y de una pedantería intolerable, por todos estos y otros acabados en able, ya puesto a agotar el conso-

nante todo cuanto decía lo diputaba cosa deleznable y desdeñable, con la aquiescencia de *Rondeño*, que abundaba en esas mismas ideas e igual concepto había tenido ocasión de formar del buen *Don Mínguez* en la breve escaramuza que con él había sostenido durante el almuerzo.

No tenía, pues, el pobrecito Manuel más oyente declarado que yo, y conmigo continuó ensañándose. Pero sin duda para mortificarle, el ilustre cronista continuaba a su vez, en voz bastante alta, un diálogo instructivo con su colega valenciano, a propósito de las faenas que estábamos presenciando.

—Decididamente este toreíto de vanguardia es superior a mi capacidad. ¡No puedo con los superrealistas del toreo! ¡Ni con los otros!

—¿Vamos a dejarlos en supertanguistas?—propuso con ironía excesivamente subrayada *Rondeño*. —Yo no desconfío de que el día menos pensado nos descubra alguien la tauromaquia subconsciente. ¡Que sería el colmo!

—¡Está usted enterado! ¡Ese descubrimiento ya está hecho! ¡Pero es que usted no lee lo que se escribe de toros?

—No, francamente, no leo—se apresuró a afirmar el valenciano.

—Pues sí... A lo que antes llamábamos inconsciencia, ignorancia, no falta quien lo quiera disfrazar ahora con el nombre de subconsciencia... Yo lo he leído.

—Claro que, hasta cierto punto—intentó recti-

ficar *Rondeño*—inconsciencia y subconsciencia son sinónimos; y la verdad es que nos es conocida toda la intervención que en el toreo tiene el instinto, o si usted lo prefiere, la inspiración, pues sin uno y sin otra, el caso Belmonte, el caso *Niño de la Palma*, el caso de todos los toreros improvisados, que lo han sido sin maestros ni enseñanzas, que han creado nuevas normas sin menoscabo de las esencias del toreo, serían de difícil explicación. ¿No le parece a usted?

—Todo lo que usted quiera; pero basta ya de cubismos, dadaísmos y superrealismos, pues me temo que a fuerza de estilizar esto va a parar en supercharlotismo, que es a lo que el subconsciente les inclina. ¡Al toro, al toro! ¡A arrimarse de verdad!

—¿Pero es que no se arriman bastante?—tuve la osadía de preguntar.

—Sí, pollo—me contestó el importante cronista, cultivador a su vez de la imagen y la metáfora a última traza—; pero se arriman al nieto del toro, al toro superreal, y al que hay que arrimarse es al toro real y efectivo, con cinco años, treinta arrobas y dos pitones. ¿Estamos? Pues a otra cosa.

Como el señor Robledo era el hombre categórico y definitivo, que había asumido toda la importancia de su periódico, y, como otros muchos, suponía que él era y no el periódico el que pesaba en la opinión pública, resultaba difícil poder discutir con él. De sus labios salían sentencias en última instancia, y una vez pronunciadas, sea sobre lo que fuere, se

trataba ya de cosa juzgada, y no había manera de volver sobre ella.

Mi amigo *Don Mínguez* decía que era una lástima que en aquel hombre todo fuera superficial, desde su saber taurómico a su «poner» desdenoso, pasando por la cultura literaria de que hacía ostentación con cualquier pretexto.

—Quién sabe si de otra manera, en el fondo resultaría una buena persona. Pero carece de esa dimensión, no hay ningún fondo en él; es todo superficie el pobrecito,

Por mi parte no me atrevo a afirmarlo ni a negarlo. Al «pobrecito Manuel» no le era simpático, ni el «señor Manuel Domínguez» le era simpático a él. Existía entre ambos el antagonismo de dos épocas. Para el viejo el otro era un improvisado, un advenedizo, un «arrivista», que sin méritos ni talento, se había encumbrado... y sus triunfos le molestaban. Para don Evaristo el otro, era un viejo carcamal, rutinario y adocenado, que se creía depositario de toda la ciencia tauromáquica por estratificación, porque los años habían ido superponiendo capas de prejuicios y dicharachos que componían la masa de su saber.

¿Cuál de los dos tenía razón?

Entonces, cuando estas opiniones recíprocas oía, desde luego toda se la daba a *Don Mínguez*; hoy, ya más maduro, con algún mayor conocimiento de la vida y del hombre, me inclino a creer que ambos exageraban y que, deducida la exageración, ambos

juzgaban a su antagonista respectivo no del todo equivocadamente.

No hago ningún descubrimiento al decir que la verdad objetiva le es muy difícil de alcanzar al hombre y que a la verdad subjetiva se atiene de ordinario. Para cada cual es él el arquetipo; el que de él se aleje y se diferencie, se diferencia y se aleja de lo que el «hombre debe ser». Se pueden tener defectos, los nuestros por ejemplo, porque no hay nadie exento de ellos, y porque al fin y al cabo apenas si lo son juzgados por nosotros mismos; pero incurrir en las faltas en que los otros incurren, eso ya resulta vituperable. Por el buen P. Jaime sabía yo que ya San Mateo había hecho la observación: «Ves la paja, etc.»

Lo chocante en todo esto era que, sin lugar a duda, don Evaristo, dirigiéndose al *Rondeño* en apariencia, hablaba para *Don Mínguez*, y éste, al dirigirse a mí, no hacía más que replicarle al otro. Venía a ser aquella una polémica por tablas.

—Por eso, Juanito—prosiguió el señor Manuel—en este mismo momento yo no sé si lo que me gusta, me gusta, y si el torero que pasa como mejor es bueno siquiera, o si...

—¿Pero no es el artista el que impone su modalidad?—quise objetar yo.

—En apariencia es eso; en la realidad es preciso que esa modalidad la «lance» la prensa. Y lo malo es que como «se debe de torear solamente» del modo y manera que torea nuestro protegido y todo lo

demás «no es torear», de ahí que prevalezcan el amaneramiento y la rutina, y se da el caso absurdo de que el toreo exclusivo y peculiar de un diestro corto, como Belmonte, quede erigido en norma, y quien de ella se salga será motejado en *truquista* y *ventagista*... Fíjate, ahí lo estás viendo... Llevan hechos veinte quites esta tarde y de ellos diez y ocho rematados con la famosa media verónica. Y si *Chicuelo* no da sus *chicuelinas* y Rafael tres lances *al costado por detrás* (eso que han dado en llamar de *frente por detrás* los conspicuos), hubieran sido veinte las medias verónicas. ¿No es eso achicar y acortar el toreo? Bien está que Juan se limite a ellas; ¡pero obligar a que los otros se limiten también!... Unas veces porque en ciertos quites se torea por la cara ¡pecado nefando!; otras porque... ¡qué sé yo!—es decir, sí que lo sé, porque eso no sabe hacerlo el torero favorito—, toda iniciativa se ve condenada al fracaso, gracias a la docilidad borreguil de la «afición», que no conoce más camino que el que le señalan... Claro que, al decir «afición» digo multitud, y ésta, sea público de toros o sea público de *mitin*, es siempre gregaria...

No me alegro del mal de nadie, y menos tratándose de quien se trataba, pero que en aquel punto de la ya larga conferencia del «pobrecito Manuel», que era precisamente el momento del remate de un quite de Rafael, el toro hubiese «estirado la gaita», suspendiera y volteara a mi amigo, lo consideraré como una liberación, y no sé si huyendo del con-

ferenciante o impulsado por el afecto, eché a correr sin pararme a averiguar si era grande o pequeña la gravedad de la cogida.

No tenía ninguna; todo había quedado reducido a un revolcón aparatoso. Mi satisfacción fué inmensa cuando al llegar al callejón, después de vencerme de que en la enfermería no había nadie, descubrí a Rafael sonriente, mientras *Rechorizos* a grandes puntadas cosía un enorme desgarrón de la taleguilla en sitio comprometido. Un pañuelo fuertemente atado reforzó el provisional remiendo, y de nuevo el matador saltó a la plaza donde su presencia fué acogida con estruendosas palmas.

—¿No ha sido nada?—le pregunté a *Chori*.

—Nada—contestó éste meneando la cabeza, como si quisiera atribuir el percance a una imprudencia.—Ese chiquillo se emborracha toreando y me da miedo a veces. Afortunadamente la mucha codicia del toro le ha hecho perder el bulto...; pero no siempre...

Y se calló el resto.

Tranquilo ya, respecto a mi amigo, hubiese podido volver a subir al palco; pero recordé que *Don Mínguez* no había hecho más que interrumpir su discurso, y por si le daba por reanudarlo, en el callejón me quedé hasta el final de la corrida; hasta que vi salir a Rafael en brazos de sus entusiasmados paisanos, y como entre ellos me pareciera reconocer algunas caras de mi pueblo, y ya en la calle

me diese cuenta de su fervor y bríos, se me ocurrió pensar:

—¡A ver si en hombros se lo llevan a Bernia!

No; lo dejaron en el hotel nada más, seguramente porque no les vino la idea que a mí me había asaltado en forma de sospecha, pues de lo contrario, ¡ya lo creo que se lo llevan! ¡Conoceré yo a la gente de mi tierra!

Valencia siguió a Alicante; luego fué Barcelona, en seguida Zaragoza y en mayo la confirmación de la alternativa en Madrid.

¡Otra cosa muy seria!—según *Rechorizos*.

Pero como el buen éxito acompañó a mi amigo por todas partes, por bien empleada pudo darse la «seriedad de la cosa».

La prensa unánime proclamó al antiguo *Carabina* torero excepcional, artista, dominador, personal, etcétera, etc., y en toda España repercutió el triunfo, traduciéndose en contratos a precios inverosímiles.

—Hasta los más excépticos, se han convencido ya de que mi torero es mucha gente—exclamaba Manolito el *Recoquín* rebotando satisfacción por los poros, como si realmente *su torero* fuese hechura suya—. Y aquel desgraciado que el año pasado decía que no *mandaba*, habrá visto que *manda* quizá un poco más de lo que se debe de *mandar*. ¡Que ven-

DE LA SANGRE DEL TORO

gan a enseñarme a mí lo que hay que hacer en este asunto del toro!

Sin percances de mayor cuantía, con abundancia de tardes buenas, cuando no superiores, la temporada se terminó con honra y dinero para el artista y para su empresario, y un poquito de lo segundo y una gran satisfacción para mí, que de lleno entré en «el asunto del toro», que decía Manolito, y formé en las filas de los que de su sangre viven y medran.

Depositario de la confianza de mi tío y de la amistad de Rafael me hice el hombre preciso para ambos; y en esa situación realmente halagadora para mi vanidad transcurrieron dos o tres temporadas más, hasta que...

III

I

¿Es que la fortuna se había cansado de proteger a mi tío? ¿Es que éste, sin *creer* en ella, había confiado excesivamente en su favor?

Tal vez fuese esto lo más probable, aunque él supusiera que la confianza suya quien la acaparaba era su saber y conocer el asunto que llevaba entre manos: su mucha experiencia en el negocio, su espíritu emprendedor, su sentido común... Mas lo cierto era que aquella temporada mediaba desastrosamente y todo hasta prever que al final el balance distaría mucho de corresponder a las esperanzas puestas en él, fundadas en los de los años anteriores.

No era debido esto a que el cartel de mi amigo hubiese descendido. Más hecho, más cuajado como

torero, conservaba siempre no sólo el estilo incopiable que tanta emoción y tanta belleza plástica daba a su toreo, sino además aquella intuición, aquel «instinto» que hacía de su arte una cosa suya y peculiar, ni aprendida ni transferible. Y como si eso aun fuera poco, la naturaleza se había complacido en favorecerle con la fuerza y el vigor en un cuerpo esbelto, ligero, flexible, de noble apostura, sin arrogancias; con una voluntad sin desfallecimientos; con una afición loca a su oficio; con una dignidad profesional para la que no había rivales; con una simpatía personal que atraía a los más reacios...

Pero... a mi tío le cegó la ambición.

No le bastó la fortuna que para él representaba la explotación de este torero y quiso acaparar los tres o cuatro de más fama y renombre, contratándolos también, con carácter de exclusiva, por un número crecido de festejos pagados a un precio elevado. Para ellos adquirió más de cuarenta corridas de toros de los más acreditados criadores, y con esos elementos pensó que empresa que quisiera llenar la plaza a él había de recurrir y él impondría las condiciones. Tales fueron éstas que las empresas de las plazas importantes formaron el cuadro y todas de común acuerdo resolvieron no admitir la intervención de don Blas en sus negocios.

Con ello, los de mi tío, que comenzaron por resentirse, acabaron por ser ruinosos.

Obligado a jugar los toros y a dar las corridas estipuladas con los toreros, y sin más plazas que las

de tercero y cuarto orden, en las que los presupuestos de sus funciones no había posibilidad de cubrirlos, cuando quiso el buen señor emprender la retirada, ya era tarde. Y como de su fracaso no tardaron en darse cuenta los adversarios, esperando verle derrotado por completo no hubo manera de buscar componendas y transacciones. Aquel hombre al que habían adulado, sometiéndosele humildemente, considerándole árbitro de la torería, se tambaleaba ahora; y con la esperanza de verle caído para poder pisotearlo a su placer, sin reparar en que acaso un arreglo podía serles a ellos beneficioso en tales circunstancias, prefirieron perder un ojo con la convicción de que el otro perdía los dos en aquella contienda.

Aquello fué para mi tío, desconcertante, absurdo. Significaba el fracaso del sentido común, ¡el caos!

Y, claro, la Pastora, una pastora incógnita, mucho más misteriosa que la ridículamente célebre del rompecabezas, era la que cargaba con todas las responsabilidades y salía de sus labios, la pobre, para un desinfectante primero, y para que la perfumaran en seguida.

Pero como lo que no tiene sentido común no tiene sentido común, aquello no podía ser y no sería.

Tardó en *quererse* enterar mi tío de la gravedad de la situación, suponiéndose con tal cantidad de recursos para afrontarla que, quién no le conociera, más bien a inconsciencia que a valentía habría atribuido su despreocupación.

—Ya veremos quién es dichoso al final—decía encogiéndose de hombros.

Y continuaba dando sus corridas por los pueblos, muy satisfecho de llenar las placitas, y cubriendo los déficits que en cada una de ellas se producían sin pestañear.

—¡Hasta dos millones de pesetas... hagan juego, señores!—era su muletilla habitual.

No siempre, ciertamente, se perdía dinero, pues era tal la fuerza de los carteles que colgaba y tal el entusiasmo que en las comarcas producían, que como los circos tuviesen una cabida regular, los precios que pagaban por las entradas eran tan subidos, que quedaba un poco de beneficio. Mas desgraciadamente, la mayoría de las plazas, ni aun «a millón los tendidos» daban para los gastos.

Chupitina, en su *¡Chúpate esa!*, que por haberle «dado el empujón» Rafael a su apoderado el *Recoquín*, combatía con rudeza al «tristemente célebre acaparador», don Blas, se ufanaba de haber provocado él la determinación de las empresas rebeldes; y Manolito, con sobrados motivos, se alegraba y no se escondía para decir que lo que a mi tío le ocurría era de prever.

—Ese pobre hombre había llegado a suponer que el asunto del toro venía a ser como la timba, y se puso a tallar sin saber lo que llevaba entre manos. Gracias a *mi men*, se ha embolsado unos cuantos billetes mientras me tuvo a su lado... Ahora se dará cuenta de lo que era yo para él.

Y no es que el *Recoquín* dijera esto, donde quiera que de lo mal que le iban las cosas a mi tío se hablase; es que, los que le escuchaban hacían como que lo creían y que el primer convencido parecía ser él, que no podía abrigar la menor duda respecto a cuáles habían sido sus funciones al lado de don Blas, mientras fué apoderado de Rafael.

Mi tío no camelaba a Manolito, eso era viejo, y no disimulaba el desdén que por él sentía. Bastaba, pues, que al apoderado se le ocurriera una idea para que el «tristemente célebre acaparador», que decía *Chupitina*, lo declarase una tontería.

Y si Rafael prescindió de los servicios del *Recoquín*, ¿no fué debido a sugerencias de mi tío?

Porque mi tío había llegado a ejercer una gran influencia sobre Rafael, y esto de la noche a la mañana, trocándose en sólida amistad lo que hasta entonces había sido, casi estoy por decir, antipatía, cuyo origen no era un secreto para mí.

Mi amigo estaba perdidamente enamorado de Laureta y Laureta era la esposa de mi tío. ¿Hay mejor razón para que el marido de la amada fuese un ser odioso y repulsivo para Rafael?

Pero de pronto las cosas cambiaron, y yo podría fijar el día mismo en que ese cambio se operó.

Era un día en que...

Yo no sé si lo que ese día pasó debo yo relatarlo aquí; pero tantas cosas he contado apenas relacionadas con el «asunto del toro», que me aventuro

a incluir la escena de que fuí testigo, para mayor edificación del lector.

Empezaré por hacer la declaración de que si yo presencié lo acaecido no fué por gusto; las circunstancias me obligaron a ello. Ni me era posible evitar lo que pasó ni podía alejarme del lugar del suceso. Hacer una de ambas cosas hubiera sido comprometer a una tercera persona, y a eso no tenía derecho yo.

La tercera persona era María Otilia. María Otilia que ya por esas fechas se había convertido en una lindísima muchacha, con todos los atractivos requeridos para enloquecer a quien como yo, en constante contacto con ella, podía apreciar en detalle y en conjunto todos sus méritos y cualidades.

Indudablemente no estábamos enamorados uno de otro; pero con seguridad nos gustábamos. No nos lo habíamos dicho, pero lo revelábamos de continuo. Con nadie reía ella y bromeaba con más placer que conmigo; con ninguna otra me entretenía yo en juegos y chanzas con más agrado que con ella.

Bromeando, jugando y riendo nos hallábamos ese día en el despacho de mi tío, cuando unos pasos en el corredor nos azoraron hasta el extremo de que en vez de apartarnos uno del otro y adoptar una actitud seria y grave, no encontramos mejor recurso que el de meternos corriendo en el gabinetito contiguo y cerrar las puertas vidrieras tras de nosotros. Sobrecogidos y muy juntitos, alzamos una

punta del visillo y a poco vimos entrar a Rafael Matillo, que al verse solo en la habitación donde le había dirigido la criada, echó una mirada a su alrededor, y suponiendo sin duda que mi tío iba a llegar, se sentó en el sofá.

Otros pasos... y no fué mi tío, fué mi tía la que se presentó en el despacho.

—¡Ah!, ¿eres tú?—exclamó

—Sí, yo—contestó el torero levantándose, respetuoso.

—¿Y no está Juanín?... ¿Por dónde andará mi sobrino?—preguntó Laureta confusa—. Suponía que estaba aquí. Mi marido ha dicho que iba en busca tuya.

—Si lo hubiera sabido...

—¿Entonces tú no has visto a Blay?—le preguntó ella, adoptando esa actitud de amabilidad e indiferencia que tanto le molestaba a él.

—¿Por qué me preguntas eso, Laura? ¿Tú no sabes que yo no puedo ver a don Blas?—contestó Rafael dolorido.

—Perdona, chico, no lo sabía. ¿Y es que se te empaña la vista o que te deslumbra?—le interrogó zumbona.

—¡Es que quiero evitar una perdición!... ¡Es que cada vez que lo veo, al recordar lo que me ha robado el ladrón, me entran unas ganas locas de matarlo!...

—¡Pobre maridito mío, y lo que tendría que padecer si tú hubieras de matarlo!—exclamó ella sar-

cástica—. ¡Con lo que tú pinchas!... En fin, si ha de correr algún grave peligro que sea el de que tú hayas de matarle, siempre quedaría la esperanza de que te lo dejases vivo.

—No te rías, Laura... ¡Haces mal!...

—Es que me haces gracia, Rafelet.

—¡Pero poca!

—¡Que te crees tú eso! Me haces mucha gracia. Y es que la tienes por arrobas cuando te pones tan serio... a decir tonterías. ¿Se puede saber qué es lo que te ha robado el ladrón de mi marido? No será dinero, porque ni en sueños podías tú figurarte ganar el que te ha dado él, ni llegar a donde has llegado gracias a lo que ha hecho por ti.

—Me ha robado tu cariño—le contestó él, con acento dramático.

—¿Y dónde lo tenías guardado que ni yo misma me había dado cuenta de que existiera?

—¿Con eso quieres decirme que tú nunca me has querido?

—¡Naturaca!

—Déjate de chulerías que ya no se estilan, y contéstame formalmente a lo que te voy a preguntar.

—¿Me vas a hacer una *interviú*? Pues mira, pon... El perfume que más me gusta... el clavel; el torero que prefiero... Cayetano... ¿qué hombres me son más simpáticos?... Los que no se ponen tontos ni son pelmas... ¡Chico, y ya no sé qué decir más!... Como no venía en plan de confiancias..

—Ya has dicho bastante... Tú me quieres buscar una perdición...

—¡Ah!... Que detesto los dramas y los sainetes sentimentales.

—¿Cuándo vas a acabar de burlarte de mí?

—Puedes poner también que me gusta mucho que me dejen tranquila.

—Oye... ¿Y si pusiera que eres una coqueta?

—le preguntó *Carabina*, cambiando de tono y afectando el mismo que ella estaba empleando.

—Mentirías—replicó Laureta sin inmutarse—. A no ser que tú confundas la amabilidad y la cortesía con lo otro. ¿Ves? Por eso te *he declarado* antes que no puedo resistir a los hombres que se ponen tontos... o lo son por naturaleza.

—¿Es decir, que tú no has coqueteado conmigo?

—¡Pobre Rafelet!—exclamó mi tía con acento de conmiseración desdeñosa—. Me sabe muy mal tener que decírtelo, porque no quisiera en manera alguna molestarte; pero... no tengo más remedio. No, Rafel; yo no he podido coquetear contigo porque... porque... no eres tú el que me gusta, ni me has gustado nunca, para eso, para que yo coquetease contigo... A ti te aprecio como amigo de mi sobrino y de mi marido, por ser paisano mío, y hasta si quieres te admiro como artista; pero de eso...

—Aunque ahora estés diciendo la verdad, tú no has pensado siempre así, Laura; tú hace tiempo que sabes que yo te quiero... que yo...

—Puede que haga tiempo que yo sepa que te

gusto... Y hasta es posible que el suponerlo no me desagradase, porque a ninguna mujer le desagradaba gustar; pero te juro que si hasta ahí ha llegado mi coquetería, de ahí no ha pasado... Si tú quieres podemos seguir siendo buenos amigos; pero por ahora, cuando menos, no pienses en más... ni me vuelvas a hablar como hoy me has hablado, porque sino, entonces, ni siquiera amigos podríamos ser.

—¡Yo no necesito tu amistad para nada!—replicó el torero despechado—. Yo lo que necesito...

—Lo que el señorito necesita—le interrumpió ella, abandonando su tono conciliador y bondadoso, y volviendo a la mordacidad y al sarcasmo—es satisfacer su capricho, que por eso es matador de toros, *as* de la torería, y andan por él loquitas todas las tanguistas y pelanduscas de cabarets. La amistad de una mujer honrada ¿de qué le sirve a un hombre engreído y endiosado que se figura que porque una mujer le habla con afecto y le mira con simpatía, ya está derretida como manteca en sartén? Por ahora todavía no me ha dado por los toreros; con los empresarios tengo bastante. ¡Me gustan una burrada!

—¿De verdad?

—Aparte de que no tengo que darte cuentas a ti, y que yo puedo hacer de mi persona lo que me dé la gana, no me parece propio de un hombre, que se cree un hombre, emplear ese retintín ofensivo con una mujer. ¿Es que tú sabes algo malo de mí?

—Si lo sé o no lo sé, eso queda para mí—respondió Rafael cada vez más enfurecido.

—Tú no sabes nada... porque no puedes saberlo, y lo que haces es hablar por despecho.

—Yo sé más de lo que tú te figuras.

—Tú no sabes nada—insistió mi tía con tesón—y no eres hombre si no me lo dices.

—Ya que te pones tan tonta... yo y quien no soy yo, sabemos que con tu sobrino...

—¿Y de dónde ha podido salir esa calumnia?—preguntó Laureta desconcertada, por más que tratase de disimularlo.

—Esa calumnia... esa calumnia... ¿no habéis sido vosotros mismos, tú y Juanito, los que habéis dado pie a que naciera... si es que es calumnia?

—¿Tú dudas, entonces?

—Yo ni dudo ni...

—¡Ya, vamos! Tú lo has creído, y has pensado que yo ya era pan comido. Pues mira, eso no es más que una calumnia, pero si fuera verdad, tampoco te serviría de nada. ¡A otra cosa!

—Haces mal en tratarme así, Laura—dijo tras una breve pausa mi amigo, que parecía decidido a no perder la partida y apelaba sucesivamente a todos los medios para ganarla, o por lo menos para evitar en aquel momento la ruptura definitiva que todo hacía temer—. Yo no sé si sin querer, por torpeza o por brutalidad, te habré ofendido, pero tú me ofendes queriendo... y no debías hacerlo...

—¿Qué es lo que debía de hacer, pues?—pre-

guntó mi tía como si simulara un deseo de avenencia que tal vez en realidad sentía.

—Hacerte cargo, Laura... Yo no tengo la culpa de que tú seas tan guapa y de que me gustes una barbaridad.. Puede que en mi desesperación... o en mi despecho... yo te haya dicho alguna atrocidad... pero no debes de tomarlo en cuenta... ¡Si tú supieras!... ¡Si yo supiera decirte, lo que pasa en mi corazón!...

Hablaba conmovido, emocionado, titubeando, como si le pareciera ahora que cualquier palabra suya podía ser una ofensa para ella; pero era tan sincero, tan sentido su acento, que yo me dejé conquistar por él, y de todo corazón hubiera hecho el sacrificio de cederle a mi tía, o sea la parte que de mi tía me correspondía, que acaso fuese más de lo que el podía apetecer, y sin detrimento de la propiedad de mi tío.

Ignoro si porque esa cesión que no era más que mental la di ya por realizada o porque nada es más contagioso que la emoción, tan grande fué la que experimenté que tuve que abrazarme a María Otilia para sostenerme, a lo que la pobrecita se prestó con la mayor voluntad, permaneciendo inmóvil y silenciosa, pegada la nariz al cristal y como si ni siquiera se hubiese dado cuenta de que yo la tenía enlazada por el talle y muy apretado su cuerpo contra el mío.

A todo esto, Laureta, de cuya exquisita sensibilidad y de la generosidad de su alma tantas pruebas

tenía yo recibidas, fijó sus grandes ojos, negros, aterciopelados y acariciadores en Rafael, y en sus labios se dibujó aquella dulce sonrisa precursora de su enternecimiento, a la que tantas dichas le debía yo.

Estaban los dos de pié, mirándose de hito en hito. Rafael avanzó un paso y ella se mantuvo firme. En seguida lo que avanzó Rafael fueron las manos y con una se apoderó de las de mi tía y con la otra y el brazo por añadidura le rodeó el talle y quiso atraerla hacia sí, con manifiesta intención de darle un beso. Laureta se resistió débilmente; pero se resistió, quiero hacerlo constar, y como él continuaba forcejeando, hasta le oí decir:

—¡No seas bruto, Rafel, suéltame!

Naturalmente, él no la soltó, y venciendo al fin la resistencia de mi tía, consiguió el beso deseado.

No me pareció prudente que aquella escena y la que podía derivarse la presenciara María Otilia, y aferrándola a mi vez con la mano libre por las muñecas, traté de apartarla de la disimulada mirilla; pero tropecé con su decidida oposición y hube de tirar de ella con cierta energía.

—¡No seas bruto, Juanín, suéltame!—dijo también ella maquinalmente; pero añadió, variando de tono—: Espera, espera... a ver...

Y como se volviera un instante para pedírmelo, y me lo pidiera tan cariñosamente, con los labios crispados que no podían sonreír, y los ojos brillantes, y el rostro arrebolado, en el que la turbación

se mezclaba a la curiosidad, me entró un furioso deseo de besarla y besé furiosamente aquella boca que se ofrendaba y entreabría sumisa.

Desfalleció en mis brazos, y yo pensando siempre que no era aquel espectáculo propio para una muchachita candorosa e inexperta como ella, aproveché la oportunidad para arrancarla de él, y en vilo la conduje al diván que también había en el gabinete casi al mismo tiempo que Rafael arrastraba a Laureta hacia el sofá del despacho.

Esto fué lo último que vi del drama que en él se desarrollaba. Y a decir verdad había perdido todo interés para mí. Preveía el desenlace, y además mi mayor preocupación de momento era convencer a María Otilia de todos los riesgos que hubiera corrido su inocencia de continuar mirando tras la cortinilla de la puerta vidriera.

Y se me antojó, que lo logré, pues cuando ya nos vimos en libertad para salir del gabinete, por haber abandonado el despacho Rafael y Laureta, pude leer en los ojos de la deliciosa muchachita, que todavía me miraban con ternura, toda la gratitud a que por mi laudable comportamiento me había hecho acreedor. ¡Y bien sabe Dios que más, mucho más estaba yo dispuesto a hacer en su obsequio a poco que ella me lo hubiera permitido! Pero no hubo manera...

Desde ese día, pues—y ya es hora de reanudar el relato que la narración de esta escena doble, del despacho y del gabinete, había interrumpido—su-

frieron un cambio radical las relaciones de Rafael y mi tío, consecuencia como se ve de la radicalísima que las de Rafael y mi tía habían experimentado.

Y bueno será agregar que también en las mías con Laureta hubo su poco de variación. No dejé de quererla, no sentía celos... y sin embargo, contra todo lo que hacía tres o cuatro años se me antojaba que era razón fundamental para que no me preocupara la pasión de mi amigo, pensaba ahora... no, pensaba nada, sentía una viva repugnancia, una repugnancia exclusivamente física, a la idea de que la boca que yo había de besar había besado a Rafael. Y no creo que me hubiera sido posible hacerlo. ¿Por qué no me ocurría lo mismo con respecto a mi tío? Otra pregunta que me veo obligado a dejar incontestada.

Pero no era averiguar el por qué de este fenómeno lo que me tenía preocupado; para lo que yo deseaba hallar solución era para el conflicto que me creaba mi nueva actitud con Laureta. Aquella misma noche vendría a mi casa, con toda seguridad tan amante y cariñosa como antes, pues yo sabía a qué atenerme en lo que a su inconsciencia de animalito voluptuoso se refería, y me daba cuenta exacta de cuál no sería su sorpresa primero, luego su pena y finalmente su indignación al decirle yo... ¿qué era lo que le iba a decir?

Abordado el asunto, tenía la certeza de hallar toda la elocuencia que me era necesaria para hacerle comprender, sin vejarla, lo que me ocurría, porque

era tan claro para mí que no me era posible dudar de que las palabras convincentes, sinceras y cordiales afluirían a mis labios obedeciendo a la cordial sinceridad de mis sentimientos para con ella. Pero ¿cómo empezar? Confesarle que yo había presenciado la «escena del sofá» me parecía muy cruel para la pobre; dejarle suponer que mi amigo me había hecho la imprudente confidencia, era una indignidad...

De momento no encontré otro expediente que el delatorio, y evité hallarme en casa de mi abuela cuando ella fuera a visitarla, y en la suya propia toda ocasión a explicaciones.

Mas por maña que me di, la ocasión se produjo.

Una mañana, al cabo de cuatro o cinco días del suceso, me encontraba yo solo en el despacho—había salido mi tío—y he aquí que mi tía se presenta.

—Gracias a Dios, hombre, que te puedo echar la vista encima—empezó diciendo en tono de queja al propio tiempo que se sentaba en el sofá, haciéndome prever que se trataba de una «sentada».

—Es que no sabes lo ocupado que ando—le contesté evasivamente sin levantar apenas los ojos del libro en que apuntaba las cuentas—. Pero vernos, nos hemos visto, Laureta, todos los días.

—De lejos y corriendo... Y las dos tardes que he ido a casa de mamá no te has presentado.

—Llegué un poco tarde, es verdad. Pero no creo que te aburrieras, por lo menos ayer, pues me dijo

la abuelita que dió la *casualidad* de que te encontraste allí con Rafael.

—Sí... dió esa casualidad. Pero no era a Rafael al que yo había ido a ver.

—¿Estás segura, Laureta?—le pregunté sonriendo con malicia y mirándola fijamente en los ojos, todo ello sin que yo pensara ni quisiera hacerlo.

—¿A ver si está celoso mi niño?—se preguntó ella a su vez, poniéndose encarnada y sin poder disimular un conato de confusión—. ¡Sería gracioso!

Quiso sonreír y apenas consiguió contraer los labios, mientras eran sus ojos ahora los que se clavaron en mí, escrutadores.

—A mí no me haría gracia—le repliqué—. Y me resultaría una novedad, además. Que tú dejaras de quererme para querer a otro, sería un dolor para mí que tengo en mucho tu cariño; pero un dolor como se siente por las cosas que mueren, y no me faltaría ni reflexión ni resignación para llevarlo y consolarme... Todo menos sentir celos... Yo sólo quiero a los que me quieren, Laureta... Pero ¿por qué hablamos de estas cosas?

Y para probarle que hacíamos una tontería, me levanté riendo del sillón de la mesa y fui a sentarme a su lado en el sofá, deseoso de demostrarle que ni sentía celos ni tampoco dudaba de su afecto, como era en realidad.

—Hablamos de eso... porque... porque... algo te pasa a ti, Juanín—me dijo cariñosa y enternecida, mirándome con sus ojos acariciadores y buenos

que revelaban en aquel momento una honda emoción.

—A mí no me pasa nada, Laureta... A quien le pasa algo seguramente es a ti... y no comprendo cómo te esfuerzas en ocultármelo. ¿Ya no tienes confianza en mí? ¿Hay algún motivo para que yo haya dejado de ser el que hasta ahora había sido para ti? No será por culpa mía...

—Ni mía tampoco, te lo juro...—exclamó ella cada vez más excitada...

—No te culpo de nada. No hago más que suponer...

—Haces más que suponer, Juanín. A mí no puedes engañarme. Tú sabes algo.

—¿Qué quieres que sepa?—le pregunté capciosamente, comprendiendo que su alma ingenua y leal, incapaz de ficción, la conduciría irremisiblemente a la confesión espontánea.

—Lo que Rafel te habrá contado—dijo de una vez.

—¡Rafael!... A mí no me ha contado nada Rafael, te lo aseguro.

—A ti te lo ha contado todo Rafel... y no lo creía capaz de esa traición—replicó Laureta, dolorida más que indignada—. Pero te habrá dicho seguramente que he estado resistiéndome años enteros; que aquel mismo día... fué... la lástima... que su tristeza y desesperación me causaba... lo que con ayuda del demonio hizo lo que yo ni pensaba ni deseaba, ni presumía que pudiera suceder...

—No, Laureta—le aseguré conmovido, viendo su aflicción—; Rafael no me ha dicho nada... ni necesitaba decírmelo... porque... quiso la casualidad que yo lo... presenciara...

—¿Tú?... ¿Y no viniste a impedirlo?—exclamó con acento de sincero reproche.

Tenía razón; pero ¿cómo explicarle que la presencia de María Otilia, y la obligación que sobre mis espaldas eché de proteger su inocencia, no me lo permitieron?

—¿Debía haberlo hecho?—la interrumpí por decir algo.

—Era un deber tuyo, Juanín...—me respondió casi severa—. Pero ya está hecho... Este sofá es fatal para mi virtud, porque en él fué donde Blas... —se interrumpió para reconocerlo y pareció perpleja—. Ahora no sé ciertamente si fué en éste o en el que está en el gabinete...

—No, en éste—afirmé categóricamente—; aquél es mucho más...

Y no acabé de decir lo que «era mucho más». Hubiera sido una imprudencia terminar la frase. Yo lo que sabía era que aquél no había sido fatal por completo para la virtud de María Otilia, y eso es lo que recordaba involuntariamente en aquel instante.

—De todos modos—continuó mi tía, sin parar atención en mis palabras—lo ocurrido en nada hace cambiar nuestra situación. Yo sigo siendo lo que era para ti; y antes que Rafel, y antes que todos estás tú.

Y me echó los brazos al cuello aproximando a la mía su boca para besarme. Instintivamente retrocedí.

—¡No me quieres beser, Juanín!—exclamó sorprendida.

Falló mi elocuencia. Aquel discurso convincente, lleno de cordial sinceridad, quedó inédito; y torpemente, titubeando, procurando no herirla, ni vejarla, ni humillarla, pero sin conseguirlo siempre, le fuí exponiendo confusamente mi sentir, jurándole que conservaba todo mi cariño, que en nada había desmerecido a mis ojos, que me hacía cargo, y comprendía que no era su voluntad la responsable de lo pasado, que en lo sucesivo yo sería para ella un hermano, un amigo, todo lo que ella deseara...

—Menos lo que hasta ahora has sido—acabó mi desventurada tiíta llenos de lágrimas los ojos y de sollozos la voz.

—Sí. Eso ya no podría—tuve la suficiente firmeza para decirle.

—No lo comprendo—acabó por afirmar encogiéndose de hombros—. Total... ¡Si te digo que a nadie quiero como a ti!... ¡Vamos, que no lo comprendo!

¿Lo comprendía yo acaso? Yo lo sabía; pero no lo comprendía.

Para que eso me pasara, debían de haber ocurrido cambios enormes en mí, a espaldas de mi conciencia, en el transcurso de unos cuantos años. Sin intervención de la moral, sin intervención de la dignidad masculina, que viene a ser en asuntos amo-

rosos una dignidad profesional, ¿de dónde provenía aquella repugnancia física que ahora sentía yo? Besar a mi tía, me hubiera parecido besar a Rafael, y eso podía explicar la repugnancia; mas ¿por qué antes al besarla no me parecía besar a su marido? La imaginación tan activa ahora que me hacía ver constantemente aquel abrazo de los amantes que en la realidad no vi más que iniciado, nunca antes tuvo virtud para representarme los de los esposos; y aun es más: yo inconscientemente deseé a mi tía por primera vez, espoleado por la actitud tierna y amartelada del que ahora era su marido, aquella noche de mi llegada a Madrid; y lo relatado por ella, unas horas más tarde hizo lo demás.

Decididamente mi actitud no tenía explicación; y en eso coincidíamos mi tía y yo.

—Estoy viendo Juanín—acabó por decirme mi pobre títa—que le das a la cosa más importancia de la que tiene. Yo te suponía más... más hombre de tu tiempo. Puesto que te digo que el cariño que a ti te tengo no se lo tengo a nadie más... Lo otro... lo otro, ¿qué te puede importar?... Y... por de contado, si tú quieres, ahora mismo rompo con Ra-felet. No tienes más que hablar.

—No hablé, naturalmente.

Y digo «naturalmente», porque es muy posible que lo ocurrido se me antojase, allá en ese fondo obscuro de nosotros mismos donde tantas cosas pasan de que no tenemos conciencia, una feliz solución para un problema que si yo no me había pre-

sentado de una manera franca y leal, no por eso dejaba de serlo para mí.

Es el caso que Laureta, a la que quizá ahora quería más que nunca, y cuya belleza reconocía que estaba en ese instante de esplendor que es el ápice en que culmina en su marcha evolutiva hacia la perfección el cuerpo femenino, había dejado de inspirarme los deseos que durante mucho tiempo parecieron insaciables. Mi cariño por ella, mi gran cariño, era al presente fraternal, una afectuosa amistad, que me ligaba a ella con todos lazos, menos con el de la sensualidad. El amor, el amor carnal que había nacido casi al terminar la adolescencia, y duraba ya hacía algunos años, había envejecido y se transformó en ese otro sentimiento tan lleno de dulzuras para mí, pero que ella no compartía seguramente y por lo mismo no hubiera podido comprender ni comprendía desde luego.

Nos separamos al fin, y desde entonces todo lo que no fuera cariño y afecto familiares, cesó entre nosotros; no porque Laureta no hiciera cuanto en su mano estaba para evitarlo, sino porque yo me mantuve irreductible. O mejor dicho, yo no; algo en mí, más fuerte, se mantuvo irreductible.

Casi tanto como María Otilia con respecto a mis requerimientos y acechanzas.

Desde el famoso día del gabinete huía de mí, y si en alguna ocasión no le era posible escapar a mis atrevidas empresas, yo leía en su cara entre an-

gustiada y colérica, el poco agrado con que eran acogidas. Y al fin, desistí.

Sirvan estos enojosos pormenores de antecedentes a lo que va a seguir, y perdóneseme el que me haya extendido en ellos, en gracia a mi propósito de explicar por un lado la buena armonía entre don Blas y Rafael, por otro...

De ese otro lado es el que vamos a hablar ahora.

II

Le iban mal, muy mal, los negocios a mi tío.

El de los toros fatal, y el del juego... El juego se había acabado de la noche a la mañana y el C. I. D. hubo de cerrarse como otros tantos tan internacionales y deportivos como éste.

Naturalmente, a mí no me iban bien las cosas. Sin sueldo como cajero de la timba, y mermados los gajes que la marcha espléndida de la empresa taurina me proporcionaba, me veía casi reducido a la cantidad que me daba mi tío por el desempeño de su secretaria, y a la ayuda que indirectamente me prestaba mi tía, pues como de sus manos me negué a recibir nada, eran unas veces de las de Rafael y otras de las de mi abuela, de las que la bondadosa Laureta se valía para hacerme más llevadera mi situación.

Claro que no acababan ahí mis recursos. Me quedaba el libre ejercicio del *pisotón*. La confianza ilimitada que mi tío había depositado en mí, y más desde que la suerte le había vuelto la espalda y sus preocupaciones y quebraderos de cabeza fueron en

aumento, me permitía *pisarle* un bonito tanto por ciento en aquellos asuntos en que yo intervenía; por desgracia no intervenía en todos ni en los de mayor cuantía siquiera, pues de tal manera tenía organizado el negocio que no precisaba de tercerías para su desenvolvimiento y mi gestión quedaba limitada al ajuste de algún subalterno y a recomendarle la inclusión en determinados carteles de aquellos matadores que por su escasa fama buscaban mi mediación estimulándola con la oferta, no siempre cumplida, de una dádiva en concepto de comisión. También recibía la ordinaria de los ganaderos en los contados casos en que, por perentoriedades de momento, me enviaba don Blas a Andalucía o Salamanca a elegir una corrida.

Bien amaestrado por *Rechorizos* en asuntillos de poca cuantía y por Manolito el *Recoquín* en los de mayor importancia, de cantidad que pasara por mis manos una porción se quedaba entre ellas; y al igual que mis maestros y émulos, ni aun empañaban estas raterías el inmejorable concepto que de mí mismo había llegado a formar. Era tan natural y corriente cometerlas, tan indulgentemente juzgaba nuestro mundillo a los que se hacían reos de ellas, que más bien como un elogio a su listura y viveza se comentaban, si es que se comentaban de algún modo.

—Eso no son más que leves salpicaduras de la sangre del toro—solía decir, cuando de estas cosas se hablaba, el «pobrecito Manuel»—que para todos

la derrama. Por eso es para nosotros, el noble y valiente bruto, nuestro padre y protector, el totem sagrado, cuyo sacrificio nos redime del hambre, pero no nos emancipa de su influencia.

Muy bonito todo eso; pero, llegó un momento en que me sentí fuera del mío en semejante ambiente. Así que los años de atolondramiento de mi primera juventud, que casi podría llamar de mi adolescencia, fueron pasando y empecé a darme cuenta de que aquel vivir al azar y a la ventura, sin una finalidad orientadora, no respondía del todo a las ilusiones que en un principio me había forjado, me sentí desplazado.

Ni bastante pícaro para que aquella vida me gustase, ni bastante honrado para renunciar a ella, mi caso era de tantos otros hombres que fluctuando entre dos tendencias, ni una ni otra lo suficientemente poderosas para triunfar, ven deslizarse los días en ese estado de indecisión que crea ese otro de disgusto de todo y de uno mismo, que era el que atravesaba yo en aquel período que no sé si llamar de transición, pero que lo fué en efecto para mí.

Así como el hombre físico en un determinado momento de su evolución sufre un cambio y se afirman en él los caracteres de la virilidad, al hombre moral le acontece algo semejante; y en el instante preciso de ese cambio me encontraba yo. Pero lo chocante era que lejos de acentuarse en mí las taras familiares, ese primitivismo que hacía de los míos unos seres aparte, casi sin conexión con la so-

ciudad de que eran miembros, con un concepto muy arbitrario y acomodaticio y vago respecto a sus deberes y obligaciones, que dejaban de serlo si se hallaban en pugna con sus necesidades o deseos, que eran la justificación de todos sus actos; lo chocante era, decía, que yo reaccioné contra eso precisamente, y si en aquel vivir persistí, fué por inercia; pero alentando una imprecisa e indefinida esperanza de que aquello era temporal y pasajero.

Tal vez me hallaba en un período de depresión, bastante justificado por el trastorno que en mi existencia había sobrevenido, desde el rompimiento parcial con Laureta, pues a pesar de que tanto ella como yo nos esforzábamos por aparentar la misma intimidad y afectuosidad anterior, en realidad el lazo más fuerte que nos unía se había relajado, y nuestro caso era el de todos los amantes que al dejar de serlo se hacen la ilusión de que la amistad puede suplir al amor. No, no lo suplía, ni siquiera el cariño de parientes a que habíamos querido acogernos como un recurso; y cada vez nos distanciábamos más, éramos más extraños el uno para el otro. Y no sin pena observaba yo el fenómeno, porque Laureta había sido para mí algo más que una querida, desde el instante en que lo fué.

Si a eso se agrega el mal cariz que habían tomado las empresas de mi tío, no por lo que me afectase esa crisis de un modo personal, sino porque me hizo dudar de la bondad de ellas, en las que yo había pensado ser su sucesor, casi era lógico que mis op-

timismos hubiesen menguado y que a una marcada repugnancia por el ambiente en que me desenvolvía se uniese el disgusto que yo mismo me causaba.

Llegué a deplorar el haber abandonado la Medicina; y al pensar que por aquellas fechas ya podía estar terminando la carrera, y considerar cuán diferente habría sido mi posición en el mundo, pasé ratos de verdadera tristeza, yo no sé si porque en el fondo de mi ser, hablaba ahora la sangre de mis antepasados labriegos, ordenados y metódicos, refractarios a todo azar y a toda aventura, o porque es propensión del hombre atribuirse vanidosamente la culpa de hechos que lo son por causas a las que no le es posible escapar.

En una palabra: yo no era feliz, yo no estaba contento, a mí había dejado de gustarme ser una de tantas sanguijuelas que se nutren de la sangre del toro, y como oí decir a mi tío cuando comencé a evolucionar a su lado, todo aquello me parecía «un asquito», a excepción de los protagonistas de la comedia trágica en que éramos comparsas los «sanguijuelas». El toro y el torero, seguían teniendo mis simpatías. Con una sencillez estúpida el primero, con una sencillez pícara el segundo, ambos se prestaban con igual inconsciencia a representar su papel, el papel capital que en el reparto les teníamos asignado, para honra y medro de los que a su alrededor maniobrábamos.

Pero ya la cosa no tenía remedio. Yo era un «taurino», y renunciar a serlo equivalía a verme

privado de unos medios de vida que en lo material me proporcionaban un buen número de satisfacciones aunque la interior me faltase.

A punto de finalizar aquella temporada, que según frase de mi tío, no era una temporada, era un temporal deshecho, las cosas se enderezaron un poco, gracias a «una «fórmula»—porque en la política taurina también tienen las «fórmulas» su eficacia.—Para los empresarios confabulados no había sido tampoco muy suave la pelea, pues carentes de las primeras figuras, y tanto o más que de éstas, de toros de cartel para las grandes ferias, el público se había retraído, y fueron vanos los llamamientos a la afición, haciendo protestas de que en beneficio de ella se había querido prescindir de acaparadores que, con sus manos lavadas, se llevaban las pesetas de los espectadores. Nada, la gente no acudió, quedando probado una vez más que cuando de diversiones se trata, allá va la muchedumbre donde más garantías de divertirse le ofrecen, sin pararse a contar. Si se aburre, cualquier espectáculo le parece caro, y barato si se ha divertido.

Hecha esta experiencia a costa de considerables pérdidas, la transacción se imponía. No deseaba otra cosa, por su parte, mi tío. Su socio, don Joaquín Murull, desconocido para todos, se encargaría de la representación de Rafael Matillo, en calidad de apoderado, y a él podrían dirigirse las empresas que quisieran contratarle. En cuanto a los otros toreros cuya exclusiva tenía también don Blas, que-

daban en libertad para aceptar contratos, y respecto a los toros apalabrados y que aun faltaban por lidiar, podían adquirirlos los empresarios directamente de los criadores, sin que aparentemente en todo esto tuviera arte ni parte mi tío. Pero en realidad ambas cosas tenía; especialmente parte. Así se echó de encima una veintena de espectáculos, que no sabía cómo ni dónde dar, y si moralmente quedó vencido, materialmente se vió aliviado en cantidad no despreciable de las pérdidas pasadas y libre en absoluto de las presentes.

De ese modo quedó convertido en taurino público el señor Murull, que hasta entonces sólo lo había sido de incógnito, y tuvo que reprimir su taurofobia, por lo menos en presencia de los extraños; delante de nosotros continuó haciendo ostentación y alarde de ella. Pero no era lo más penoso para él haber tenido que claudicar y privarse de sus elocuentes peroraciones en pro del Progreso, la Civilización y la Humanidad, tambaleantes por obra y gracia de la tauromaquia; mucho más que esto sentía el haberse visto obligado a pasar largas temporadas en Madrid, donde su presencia no era necesaria en absoluto, porque todo se lo dábamos hecho mi tío y yo, pero su amor propio lo retenía. No era hombre don Joaquín que renunciara a figurar ni abdicase de ningún derecho a poco que se le concediera. Además, es muy posible que habiendo perdido su socio, para él también, en parte aquella prestancia que en días de fortuna conquistó, cuando el

buen éxito era su inseparable aliado, creyese el buen señor que su consejo y fiscalización fueran útiles y convenientes al negocio. Y como tampoco en Barcelona tenía cosa mayor que hacer, desde que el juego había terminado, de lo que venía a privarse era de su tertulia en el Lyon d'Or, tertulia de aficionados ¿cómo no?, en la que a sus anchas despotricaba contra los toros, con gran regocijo de sus oyentes que aceptaban como valor entendido sus diatribas, y seguramente sintieron tanto como él su ausencia. Eso y las excursiones vespertinas y nocturnas a cines y cabarets, era en conjunto lo que podía echar de menos en la Corte, no porque aquí careciera de ello, sino porque, por más que hacía, le parecía siempre hallarse como gallina en corral ajeno.

Pero su sacrificio tuvo una compensación ¡y qué compensación!, ¡la que menos podía él esperar! Ya se hablará de ello oportunamente.

Medio encarrilado el negocio, mi tío recobró en parte su antiguo aplomo y sobre todo su antiguo sentido común, puesto en entredicho por los acontecimientos, y como jamás le había abandonado aquel empaque que nacía de la elevada estimación que por sí mismo sentía, el relativo triunfo alcanzado contra la conspiración empresarial, le llenaba de satisfacción y había que oírle.

—¡Primos, más que primos!—decía despectiva y conmisericordiosamente—. Se habían figurado que me había dejado para el arrastre. Pero ¡me c... en la

Pastoral!... ¡Es que no hay sentido común en el mundo?... A mí han tenido que venir; ¡como que chanelo yo un rato largo en el asunto del toro! ¡Yo he tenido que salvarles de la ruina!... ¡Y así y todo, no se han ido de rositas!

Y él tampoco. Claro que no tenía la «media por las agujas» con que piadosamente se complacían en agraciarlo el *Recoquín*, *Chupitina* y consortes; pero la temporada le había costado un buen pico, que si no comprometía su fortuna particular, en algo la había mermado.

Lo notable del caso es que lo que él consideraba un triunfo, a *Recoquín* se le antojaba un fracaso y que precisamente lo achacaba a la carencia absoluta de ese sentido común que mi tío suponía de su exclusiva pertenencia.

—No me alegro del mal de nadie—afirmaba Manolito, y se podía asegurar que mentía—; pero si ese hombre se queda sin un real, le estará bien empleado, ¡por faraute! El se imaginaba que en el asunto del toro se puede tirar el pego como estaba acostumbrado a hacerlo en el «burlú», y aquí no basta la maña en los dedos, se precisa por lo menos un poco de sentido común, y él no tiene ninguno. Se lo tenía pronosticado y hasta se lo había dicho a él mismo... ¡Y que tardo yo mucho en «dicar» de qué pie cojean los hombres! ¡Un desgraciado, con todo ese postín que se da el alma mía! ¡Y el equivocado de Rafael? ¡Lástima de trabajo el que me tomé en hacerle torero! Yo y éste—por *Chupitina*—

sabemos lo que me costó. Y ya lo tenía arriba; pero así que mi hombre se vió figura, o se volvió loco o lo volvieron. Verdad es que mediando lo que media... Cuando las faldas se mezclan...

No hablaba el *Recoquín* de ese modo delante de mí, naturalmente, cuando alguna que otra vez asomaba yo por el café Lisboa y nos encontrábamos; pero palabra por palabra me repetían sus dichos, y aparte de la gracia que me hacían sus desplantes, yo, que sabía cuál había sido su actuación como apoderado de mi amigo, no dejaba de comprender que si respiraba por la herida es que la había recibido muy profunda al darle el empujón su torero.

O porque hubiese quien le creyera, o porque en aparentar que lo creían hallaba satisfacción ese prurito tan humano de roer los zancajos a los que sobresalen, lo que era Rafael a Manolito se lo debía, y Manolito quedó consagrado entre los de su camarilla como un revelador y lanzador de toreros, capaz de hacer «figura del toreo» al primer gañán que se le presentara.

Y no le faltaron más o menos gañanes que acudieran en busca de su protección y enseñanzas; ni padres que pusieran bajo su dirección a sus retoños, que eso de la cría lucrativa de toreros es industria cada vez más floreciente y numerosos los cabezas de familia que en el arte de sus hijos confían para acabar sus años muellemente.

¡Chúpate esa!, fué auxiliar valioso en esta etapa para Manolito. No tan sólo halagó su amor propio,

poniendo de vuelta y media a don Blas—sin nombrarle, desde luego—, abultó sus fracasos, dió por consumada su ruina y nada faltó para que le denunciase como estafador de toreros y ganaderos, dando ya por hecho que no podría cumplir los contratos e insinuando que si algunos bienes le restaban, los había puesto en nombre de otro, sino que por lo que se refiere a Rafael, lo apeó, de un plumazo, de la categoría que él fué el primero en elevarlo. Lo consideró acabado como torero artista, afirmando que «había perdido el sitio en la plaza», que ya no quedaba más que la rutina en él, todo a consecuencia de haber cometido la torpeza de prescindir del apoderado que lo había sacado del montón y lo había conducido sabiamente, con una administración modelo, por el camino del triunfo. No tan sólo—repito— en este aspecto *Chupitina* levantaba la moral de su amigo e inspirador, pero además, lanzaba a los cuatro vientos el saber, la ciencia y la capacidad del *Recoquín* para repetir con otro cualquier torerillo los prodigios que con Rafael realizara.

Y, naturalmente, poderdante que caía en manos de Manolito se veía honrado con una portada de *¡Chúpate esa!*—si no era con portada y plana central, según lo permitía el plan administrativo en que el futuro astro se colocaba—y era en seguida más *estupefaciente* que la cocaína, más emocionante que una catástrofe ferroviaria, más intrépido que la estatua del Cid, sin contar otras muchas cosas, pues del fértil ingenio de Mariano del Pozo

brotaban los adjetivos y los remoquetes con prodigalidad asombrosa, y cada vez de mayor originalidad. ¿A quién sino a él se le podía haber ocurrido llamar el *Milagro de la Virgen* a uno de los fenómenos que recriaba el *Recoquín*, por el solo hecho de no tener padre conocido?

Y como alguien se riera de lo que tenía todas las apariencias de una blasfemia, lo hizo callar replicándole:

—¿No era su madre soltera cuando lo tuvo? Pues si era soltera... ¿No es un milagro de arte el chaval?

Y todos quedaron convencidos; entrar en distingos habría sido una temeridad vejatoria para las solteras en general y en particular para la madre del *Niño milagroso*.

Muchas veces era *Don Mínguez*, el que me contaba, para comentarlas, todas estas cosas que le hacían mucha gracia, porque *Don Mínguez* había acabado por sentir por mí una gran simpatía, no mayor que la que yo sentía por él. Haciendo igual que todos, yo sabía que no era igual que todos; y poseía además una cualidad que lo diferenciaba de la mayoría de los hombres con quienes me codeaba: no era envidioso, era indulgente con los errores y vicios de los otros y no se creía libre de aquéllos ni de éstos: en una palabra, a mí siempre me había parecido ecuánime, comprensivo y por esto mismo tolerante.

—Tu tío—me había dicho alguna vez—se empe-

ña en que tipos como *Chupitina* no debían de vivir de esto. (*Esto* era la *sangre del toro*). Y no tiene razón. Si no viviera de esto, el pobre Mariano ¿de qué viviría? Peor encuentro yo que los que hemos podido prescindir orientándonos en otro sentido, hayamos prevaricado... estúpidamente. Porque... este dinero que así nos agenciamos y el del sacristán, tienen gran semejanza, y al final resulta que se ha perdido la honra y no se ha obtenido provecho.

—¿Pero esto siempre ha sido así, don Manuel?

—No lo creo. En todo tiempo, seguramente, un favor se ha correspondido con otro. Y si el torero ha ganado dinero y el escritor poco, parece natural que a la amistad de éste corresponda aquél en una forma u otra. Pero era a la amistad... Don Santos López Pelegrín, *Abenamar*, hizo mucho por Francisco Montes; Velázquez y Sánchez fué partidario y defensor de Cúchares; Garizuaín Blanco, era un *tatista* convencido; yo he conocido revisteros *lagartijistas* y revisteros *frascuelistas*... Lo de ahora es otra cosa; el revistero de hoy no es partidista, su entusiasmo sufre altibajos, según caen las pesas... Eso lo ha introducido el taurino profesional metido a revistero. Los de antes todos eran periodistas que hacían revistas de toros, entre otras secciones, en el periódico en que estaban...

Le costaba al «pobrecito Manuel» sacarse las palabras, cuando de estas cosas hablaba, y con gusto habría rehuído la conversación, en aquella como en otras ocasiones, si eso no le hubiera parecido una

hipocresía impropia de su sinceridad, que no faltaba quien tomase por cinismo. Tenía la convicción de que no era un secreto para nadie que él, como muchos otros (naturalmente, de los que valía la pena de sobornar, pues son a docenas los *íntegros*, los que no *se venden*, porque nadie se toma el trabajo de comprarlos) eran blandos a las dádivas y fáciles a los agasajos y en nada se evitaba la murmuración general adoptando actitudes fieras y presumiendo de austeridad.

—En último caso ¡qué caray!—exclamaba—no he sido yo el que ha establecido la costumbre ni a nadie he tenido que solicitar hasta ahora. Yo me lo encontré hecho y en busca mía vienen los que se lo pide el cuerpo... ¡Y es que son muy brutos los toreros! Han oído decir que la prensa es una gran fuerza como auxiliar del artista, y de ahí a pensar que teniendo a la prensa favorable se tiene ya todo no hay más que un paso. Lo dan, y llegan a suponer que adquirida la benevolencia del revistero, no tienen de nada más que preocuparse. Y abundan los que no se preocupan ni de arrimarse al toro, con la ingenua esperanza de que el amigo periodista *lo tapará*, como si sólo el amigo periodista presenciara el descalabro! Si se les hiciera ver su equivocación lejos de agradecerlo sería darles un mal rato... ¿crees tú que a nosotros nos toca desengañarlos?... Al fin y al cabo en poco o en mucho los beneficiamos ¿no es bastante peor lo que hacen esos otros mangones que se llaman amigos del torero y que con

la adulación directa, bajuna, los engríen, los entontecen, los descarrían, nada más que para aprovecharse de una migajas conseguidas con vilipendio?

—Yo no creo que todos los amigos...—quise objetar; pero el «señor Manuel» me atajó:

—Hablo de los mangones... Pero no te figures que son menos perniciosos los que no mangan, los entusiastas desinteresados, esos que no sabrían vivir sin una figura del toreo a la que adorar y reverenciar, y que lo mismo que los otros cambian de ídolo con una tranquilidad pasmosa. La amistad abnegada y hasta servil que sienten, nunca es por el hombre, es por el artista en candelero, es una manifestación de lo que los franceses llaman *snobismo*, y por lo tanto, simpatía, afecto, admiración, dura lo que la actuación del diestro; desaparecido o decaído éste, otro le substituye en su estimación y para ese otro son todas las solicitudes, cariños y halagos. Yo los he visto acérrimos partidarios de *Bombita* que no lo fueron menos de... ¡Joselito! y más tarde de *Lalanda*... con la misma cordialidad e igual entusiasmo... ¿Pero qué no habré visto yo, Juanito, en cuarenta y tantos años de ver cosas y de ver toros? Por eso ya nadie me asombra y todo ha acabado por parecerme natural.

No me ocurría a mí lo mismo y cada día que pasaba encontraba menos natural lo que observaba. Ni la vanidad y tontería del diestro me parecía explicable la mayoría de las veces; ni la picardía y listeza de los «taurinos» se me antojaban tales; ni el

sentido común de mi tío lo veía aparecer por ningún lado, ni nada de nada de lo que a unos achacaban y otros se jactaban tenía ese valor objetivo que es preciso para que las cosas sean apreciables, para el espectador.

Indudablemente continuaba yo en la «curva baja», que decía Evaristo Robledo, por decir una cosa más, y con la esperanza de que se tratase de un estado de ánimo pasajero, procuré aturdirme entregándome de lleno a los placeres fáciles a que me estimulaba e invitaba el ambiente en que vivía.

Y con el propio Rafael y otros toreros de su categoría, mis hazañas en los *cabarets* fueron sonadas, con lo cual no hice más que aumentar mi prestigio entre los taurinos.

III

Al comenzar la temporada del año siguiente al del fracaso de mi tío como monopolizador de las primeras figuras, se encontraba el marido de Laureta, con tres plazas en arriendo y el decidido apoyo de Rafael Matillo, al que seguía representando don Joaquín Murull oficialmente y yo en privado y prácticamente.

Liquidado todo lo referente al pasado año, las pérdidas que los dos sociós experimentaron no hicieron más que disminuir en una proporción muy limitada las ganancias que en las temporadas anteriores había obtenido; y todo hacía presumir que en aquella se resarcirían con creces de los quebrantos sufridos.

Todo era, pues, satisfacción y contento al iniciarse la campaña, aquella vez también en Alicante, plaza que, desde la alternativa, era la primera que pisaba el matador de toros, orgullo de la *terreta*. Y la primera igualmente en que los aplausos halagaban sus oídos, porque a ganarlos salía decidido todas las veces.

Rafael seguía siendo el torero intuitivo de sus comienzos, aquel torero que salió «sabiendo lo que no le habían enseñado»; pero no en balde llevaba ya cinco temporadas de matador de toros alternando con los ases de la tauromaquia. Sus conocimientos técnicos habían aumentado inmensamente con la práctica y la observación, y si siempre era factor principalísimo la «inspiración» cuando estaba delante del toro, en defecto de ella poseía ya el bastante «oficio», para salir airoso recurriendo a él nada más. Por eso, como en cierta ocasión había dicho Rafael el *Gallo*, aunque el elemento que determina el éxito, lo mismo el bueno que el malo, es el toro, es muy conveniente que el torero salga decidido a que le toquen las palmas. Y la conveniencia de esa decisión la probó Rafael Matillo todas las tardes que en Alicante toreó. Ni una sola dejó de saborear el placer del triunfo, cuando fallaba el arte con la valentía, y si las cosas rodaban bien hermanando una y otra.

Se creía obligado a hacerlo. Era su tierra, torea-ba para sus paisanos. Media Marina, y Bernia entera, se trasladaban a la capital por el solo gusto de verle, de aplaudirle y de admirarle: ¿iba él a defraudarlos?

Desde hacía ya tres años era propietario de una casa en el pueblo y de una heredad en el término de la villa natal, donde sus padres residían muchos meses del año y no todos los del año porque la educación de los hijos más jóvenes les obligaba a pasar

largas temporadas en Valencia. Lo mismo que mi tía Laureta, también propietaria de una quinta deliciosa con un huerto grande y un jardín hermoso junto a las paredes del pueblo, Rafael había querido que en Bernia se tuviese testimonio fehaciente de su prosperidad: vanidad excusable en el que de allí había salido con las desconsideraciones a que le hacían acreedor sus andanzas de «golfo» y buscaba su rehabilitación con aquellos discretos alardes de riqueza; pero más todavía con un afán de demostrar a sus conterráneos que no era usurpada la nombradía conseguida.

En un burladero del callejón, junto a los estochos, presenciaba yo la corrida, y no obstante hallarme tan habituado a aquella manera suya de torear, tan metido dentro del toro, que no parecía sino que el instinto o algo que lo suple, daba al capotillo o a la muleta el preciso y justo desvío del cuerpo para que la fiera pasase rozándolo sin llevárselo por delante, con exactitud de medida imposible de lograr por el arte consciente; a pesar de esto, a mí se me antojaba excesivo el valor que mi amigo le «echaba al toro», y como aunque un poco distanciados, acaso por temor a confidencias que trataba de evitar, penosas para mí, no había menugado en nada mi afecto, me estaba haciendo sufrir aquella tarde en que tal vez no se arrimase más que en otras, pero a mí me lo parecía, desasosegándome el vago presentimiento de que allí iba a pasar algo.

Tentado estuve de gritarle que no fuera primo, pero me contuvo el interés y el entusiasmo con que el público seguía sus faenas, y la cara de satisfacción y complacencia del mismo *Rechorizos*, que sonreía a los tendidos, al propio tiempo que aprovechaba la ocasión para respirar, como si en aquello que a cuatro metros de él, en la arena, llevaba a cabo su matador, estuviese colaborando y le correspondiera por lo tanto una parte del triunfo.

—¡El más grande! ¡El mejor!—me dijo gritando, una vez que nuestras miradas se encontraron; y poco faltaba para que se le saltaran las lágrimas.

Eso fué en la faena de muleta de su primero, y un momento antes de acabar con él de una gran estocada, que desató una furia de palmas y aclamaciones, en la que no hubo manos ni gargantas que no tomaran parte, y que no se calmó ni aun después de haber despojado al toro de las dos orejas y el rabo.

Pareciéndome que ya todo peligro había pasado, y sin acordarme de que todavía le quedaba otro toro encerrado, o figurándome que después de la hazaña realizada, ante la imposibilidad de superarla, se limitaría a salir del paso decorosamente, dejé escapar un suspiro de alivio, burlándome, sin el menor pesar, de mis ridículos presentimientos, y conviniendo «in mente» que *Chori* tenía razón: ¡Mi amigo Rafael, era el más grande, el mejor!

Cuando se acercó a la barrera, donde ya le esperaba la toalla enarbolada por su mozo de espadas,

para secarse el sudor, me aproximé a él y sin decirle nada le tendí la mano que él estrechó con fuerza, efusivamente, al propio tiempo que ambos sonreíamos, igualmente satisfechos. No hubo tiempo para más. Los insistentes aplausos reclamaban el paseo triunfal alrededor del anillo, y con el capote en una mano y en la otra la montera, hizo el recorrido, terminándolo en el centro de la plaza con un ceremonioso saludo en redondo.

La salida del otro toro dió fin a la ovación general, pero no al entusiasmo de las gentes, que llenas de gratitud hacia el diestro que tantas emociones les había hecho experimentar, premiaban calorosamente, fervorosamente, cuanto en lo sucesivo fué haciendo.

En este ambiente se iba deslizandó la corrida, con la general complacencia, pues cada diestro había puesto y ponía de su parte el mejor deseo de agradar; cuando apareció el toro quinto, segundo de Rafael, y en seguida me di cuenta de que mi amigo se hallaba resuelto a dar una tarde completa de toros.

Lo que hizo durante toda la lidia de aquel bravo animal, un ejemplar precioso de la ganadería manchega de la viuda de Montesa, que en aquella corrida se estrenaba; lo que hizo no me sería posible describirlo ni casi recordarlo ahora: itanto y tan de mérito fué! Lo que sí tengo presente es que lo había toreado de muleta pasmosamente, por lo artístico, por lo cerca, por lo valiente, por lo variado, y

que al entrar a matar, lo que él pensó que fuera una estocada magna quedó en pinchazo, por no haber hecho el toro nada por él contra lo que había previsto, pues para que hiciera le había dado la querencia. Encorajinado con esta decepción y queriendo borrar el mal efecto que el pinchazo pudiera haber producido, como el toro hubiese quedado igualado, sin darle un pase más, se armó en corto, y dejándose ver, se fué muy derecho y muy despacio a él... y lo que era de esperar, al propio tiempo que metía toda la espada era enganchado, volteado y tirado al suelo... El toro estaba herido de muerte, en lo alto de las agujas, y al intentar recoger a su matador, se tambaleó y unos segundos después rodaba sin puntilla.

Toreros, mozos de plaza, *Rechorizos*, yo, anduvimos presurosos a socorrer a Rafael, que con la taleguilla destrozada, sangrando, el cabello desgreñado, pero sonriente, se quería zafar de nuestras manos, y logró resistirnos hasta que cayó su enemigo desplomado.

La ovación mayor que he presenciado en mi vida acompañó al héroe en el doloroso trayecto de la enfermería, a donde en pelotón le seguimos los amigos y subordinados.

Y tampoco quiero recordar mi emoción cuando vi a mi amigo tendido en la mesa de operaciones...

Cuando uno de los médicos empezó a cortar la taleguilla, que no era más que un harapo en uno de los pernales, y comprendí que era inminente

la aparición de la carne desgarrada, no tuve fuerzas para mirar y volví la cara; pero agucé el oído, lleno de ansiedad, sofocado por la angustia, esperando que una palabra me revelara toda la gravedad del daño.

—Pero esta vez mis presentimientos no se confirmaron: el daño no era grave. Era, por fortuna, lo menos que podía ser. Un leve puntazo en el muslo derecho, y unos fuertes varetazos que, «salvo complicaciones», estarían curados en unos días.

Eso en resumen venía a decir el parte facultativo.

Y eso siguió opinando el mismo doctor, cuando seguidamente lo visitó en el hotel.

—Si tiene usted toros el domingo, podrá torear —afirmó rotundamente.

—¡Ojalá!—contestó Rafael, melancólicamente.— Pero...

—Nada, nada, se lo digo yo—insistió el médico—. A menos que no cometa usted tales tonterías... Por ejemplo, ahora le convendría descansar, no hablar, no recibir a nadie, porque toda fatiga, toda excitación es perjudicial para usted.

—Eso, doctor, va a ser difícil—siguió objetando el herido—. Son amigos que se interesan por uno.

—Si son verdaderos amigos y realmente se interesan por usted, la mejor manera de demostrarlo es dejándole tranquilo. Que les digan que yo lo he dispuesto así.

—Yo me encargo de eso, doctor—le aseguré resueltamente.

—Debe usted de hacerlo... Y si ocurre alguna novedad, que no lo creo, me avisan ustedes en seguida.

Se marchó el médico y en aquel punto empezaron las visitas. En la salita contigua a la alcoba del herido, en el pasillo, en el vestíbulo del hotel, en la calle los admiradores se agolpaban y eran numerosos, entre ellos nuestros paisanos, los que arrollándolo todo pugnaban por llegar a la cama donde Rafael se hallaba. *Rechorizos*, que había ido a telegrafiar a Madrid, a Valencia y a Bernia, no estaba de regreso todavía; los individuos de la cuadrilla, no habían venido aún, y yo sólo me veía obligado a contener aquel alud, con buenas palabras, con súplicas, agravando el mal y dando, torpemente, con ello pábulo a los más pesimistas augurios, con lo cual excitaba la curiosidad o el interés de los congregados.

Por fin llegaron los picadores y luego los banderilleros, que como paraban en el mismo hotel, sin desvestirse el traje de luces algunos, entraron a ver a su matador y tras ellos los que se consideraban más amigos, y a poco los periodistas, llenándose al fin la alcoba.

Fué lo mejor que pudo ocurrir.

Establecida la comunicación entre el lecho del dolor y la calle, a través de la salita, pasillos y vestíbulo, pronto circuló la noticia de que la cogida del célebre espada había carecido de importancia, y que

charlando, bromeando y fumando se hallaba el hombre tan campechanamente con su cuadrilla y amigos.

Un poco defraudados fueron disolviéndose los grupos, y la normalidad quedó poco menos que restablecida un par de horas más tarde.

—¡Tanto aparato para un rasguño!—decían unos sin poder disimular el mal humor que la poca importancia de la herida les causaba.

—¡Si hubiera sido un pobre obrero, aunque hubiese reventado de un batacazo!...—exclamaban los antitaurinos y defensores del progreso y de la civilización, tipo Murull—. Pero se trata de un as del toreo...

—¡Todo eso es propaganda!—murmuraban los excépticos.

Y ninguno decía que nadie sino ellos mismos le habían dado importancia al accidente.

Y menos que nadie, Rafael. Por varias razones. Primera, porque a cambio del puntazo el éxito había tenido caracteres de gran acontecimiento; segundo, porque no *camelaba* torear en Barcelona al domingo siguiente, y el pretexto que ahora tenía no daba lugar a chismes ni hablillas; y tercero porque así podía volver a Madrid en seguida y pasar tranquilamente dos semanas, prolongando por quince días unas vacaciones que cuando más a gusto las estaba saboreando había visto interrumpidas.

Esto se deducía de sus medias palabras, cuando ya a solas me comunicó sus propósitos.

—Pero ya has oído al médico—le hice observar—. Dice que el domingo podrías torear.

—Es posible... si quisiera, pero no quiero. Son manías, lo comprendo, pero no toreo a gusto esos toros... Serán muy buenos, no lo discuto, pero yo no he tropezado con uno a modo desde que soy totero, y si por mí fuera, el señor marqués tendría que hacer cecina de todos ellos.

—Haberlo dicho a la empresa.

—¿Por qué no se lo decías tú, que lo sabías?...

—Hombre...—titubeé—la verdad... Descararse, tratándose de una ganadería andaluza de categoría...

—¿Ves? Pues por eso mismo me achanté yo... Pero cree que doy por bien empleado el puntazo con tal de no torearlos... No tienen más que nervio los que parecen bravos, y los mansos son unos esabóríos, sin lidia. ¡Ea, lo dicho! Mañana le telegrafías a la empresa de Barcelona que le envías el certificado, para que se avien como puedan, y nosotros a Madrid a restablecernos, para torear el otro domingo en Valencia.

—Ya sabes que don Chimo tiene mucho interés en que vayas a su pueblo...

—¡Ea, que no toreo yo ese ganado!—exclamó al fin, con tono resuelto y de mando, que era en él muy raro, pues en el fondo, para mí al menos, no había dejado de ser el antiguo *Carabina*, más que cariñoso, humilde, como si continuara reconociendo

la superioridad que su modestia me adjudicó desde el comienzo de nuestra amistad.

—¡Cualquiera diría que yo tengo empeño en que lo torees!—repliqué un poco desabrido—. No hago más que recordarte que tu decisión perjudica a una empresa, y quién sabe si a ti mismo a la larga. Por lo demás...

—¡Ché, Juanito! ¿te has enfadado?—me preguntó pesaroso de su arranque—. Yo no he tenido intención... y me doy cuenta de que lo que dices es en bien mío... Pero... no voy a torear esos toros a Barcelona, leal!

Como no se presentó ni señal de fiebre y Rafael continuaba animoso y tranquilo, hasta ya tarde le hicimos tertulia los individuos de su cuadrilla a ratos, y los íntimos, *Rechorizos* y yo.

—Te engañó el toro, Rafael—quiso disculparle *Rechorizos*.

—No, *Chori*, me engañé yo a mí mismo. Yo fui el que me di coba. El toro había sido de azúcar, jamón, y lo toreé demasiado, sin hartarme de palmas. Cuando se me quedó al pincharle, debí tomar experiencia, y entrarle luego un poquito largo y deprisa; pero me di coba, quise matarlo bien, y entré tan despacio que el animalito no tuvo más que alargar la gaita al verme ir para engancharme.

Sin querer pensé en el *señó* Manuel Domínguez, mi mentor y maestro, que algunas tabarras me tenía dadas, pero ¡cuántas cosas me había enseñado! Matar los toros a *volapié*, decía él, es invertir las

reglas del toreo, porque es el toro el que torea y el diestro el que embiste. Rafael sabía a qué atenerse al presente, sobre esa verdad.

—Si la viuda esa da muchas corridas como la de hoy, se va a colocar en primera fila—agregó mi amigo, tras una pausa—. Hay bravura y buen estilo. El tipo ya dice la casta. ¡Vaya animalitos finos y bien construídos! Si eran así los de Ibarra, no me extraña que aun se hable de ellos.

Poco era el daño que el toro de la viuda le había hecho, pero yo estoy seguro que aun siendo más también se lo habría perdonado. ¡Tal era su afición, y tal su simpatía por el verdadero toro bravo!

Al día siguiente su estado era casi el normal, y y cuando le pedí al médico el certificado para la empresa de Barcelona, una batalla me costó ganar para que me lo diera. Pero invocando el paisanaje, y recurriendo a todo género de argumentos, conseguí lo que solicitaba, como asimismo de algunos corresponsales amigos que telegrafiasen a Madrid la noticia de que por prescripción facultativa el famoso espada permanecería un par de semanas alejado de los cosos.

Y a Madrid nos fuimos tras de la noticia.

Y de otra me enteré a las cuarenta y ocho horas de este imprevisto regreso.

Laureta iba a ser madre.

Al cabo de seis años de matrimonio el acontecimiento tan deseado iba a producirse. El apellido de la Peña ya no se extinguía.

Y con tal motivo el actual depositario de tan encarecido solariego, no cabía en sí de gozo.

Y de gozo reventaba a su vez, Rafael Matillo que, no pudiendo contenerse, al fin me hizo *la confidencia* de sus relaciones con mi tía, para poder decirme:

—¡Es hijo mío, Juan!—porque, cosa extraordinaria, tanto don Blas como él estaban seguros de que se trataba de un hijo y no de una hija.

Por lo demás, no me pareció un desatino la presunción de mi amigo, respecto a su paternidad. Lo más verosímil es que suyo fuese, pues el obligado a asumirla no había demostrado ninguna capacidad hasta entonces para alcanzarla.

—¡Podrás creer que ya le quiero!—siguió diciéndome—. Verdad es que tú ya sabes que su madre es la única mujer que yo he querido en el mundo... Desde el primer día que la vi, ¿te acuerdas?... Y oye, Juan... (le vi titubear, como si no se atreviera a formular la pregunta que yo ya presentía; pero al fin se decidió mirándome fijamente a los ojos)... ¿Tú no has tenido nunca nada con tu tía?

—¿Cómo se te puede ocurrir semejante atrocidad, Rafael? ¿Por quién tomas a mi tía y por quién me tomas a mí?

—Es que eso se ha murmurado...—insistió él, no del todo convencido.

—¿Y tú lo has creído?

—Qué sé yo, Juan..., qué sé yo... Pero si tú me dices que es mentira.

—Una mentira indigna. Y de ello tú mismo has tenido ocasión de convencerte desde... desde... Porque yo sospecho, por lo que acabas de contarme, que tus relaciones con ella no son de ayer...

—Efectivamente—y el tono con que lo dijo era ya de mayor seguridad—. Otra cosa... Yo no sé si he hecho bien en revelarte este secreto y no quisiera que por haber yo hablado perdiera Laureta en tu opinión...

—Mira, Rafael; en mi opinión no ha ganado nada mi tía, lo debes comprender, con lo que acabas de decirme. Aparte de que a nadie le gusta tener en su familia mujeres frágiles, está además su marido, al que yo quiero mucho y le estoy agradecido; pero, como ella es mayor de edad y sabe lo que se hace, con no entrar ni salir en esta cuestión, creo que cumplo con todos.

Quedé contento de mi discurso y no le desagradó a mi amigo tampoco por lo que pude deducir. No volvimos a hablar más del asunto.

De todos los alborozos, el que más me sorprendió fué el de don Joaquín.

¿Qué le iba ni qué le venía al señor Murull en todo aquello?

Como la alegría es contagiosa, al contagio atribuí la del socio de mi tío y apoderado honorario de mi amigo, y hasta me lamenté de que el único que parecía inmune a ella fuese yo; porque si bien es verdad que tampoco en María Otilia se advertían grandes síntomas de júbilo, teniendo en cuenta

que con la venida al mundo de un heredero de don Blas, dejaba ella de serlo, no podía sorprenderme su actitud, y más cuando no le faltaban motivos a la discreta y apacible criatura para sospechar de la legitimidad del hijo que iba a suplantarla en sus derechos.

Pero la hipótesis del contagio era completamente gratuita. A otras causas mucho menos complicadas obedecía la satisfacción del señor Murull.

Laureta fué la que me dió la clave, cuando la felicité por el fausto acontecimiento en perspectiva.

—Mi alegría sería completa si fuese tuyo—me contestó mi halagadora y bondadosa tía, con acento de convicción y ternura inolvidable—. ¿Y tú, no te alegrarías también, Juanín?

Me pareció una crueldad decirle que no había previsto esa posibilidad, y le respondí evasivamente:

—¡Figúrate!... Pero más vale, al fin y al cabo, que sea su padre Rafael...

—¿Por qué vale más?—me replicó desdeñosa—. Aparte que yo no creo que lo sea él.

—Es lo más probable, sin embargo, porque tu marido, lo mismo que yo, ya tenemos bien probada nuestra poca habilidad para esos menesteres.

—Es que yo no me refiero a mi marido...—dijo con un ligero, ligerísimo temblor en la voz, y bajando los ojos, que antes se habían alzado para clavarse un momento en los míos, con una gracia tan adorablemente infantil, que la atrocidad cuya confesión yo presentía, perdió toda gravedad y me dis-

puse a escucharla como quien va a oír el relato de una leve e intrascendente travesura.

—¿Cómo?—pregunté de todos modos, casi sin querer comprender—. Pero... ¿hay otro, además?

—Te sorprende, ¿verdad? Me lo explico. ¡Soy yo, que he pasado por ello, y aun no he salido de mi asombro!

—No, Laureta, lo mío no es asombro—me apresuré a rectificar, para tranquilizarla, pues me afligía verla confusa, aunque aquella confusión aumentase, como un hechizo complementario, la belleza de su carita de niña, que por un prodigio de su naturaleza parecía más añorada así que el tiempo pasaba, y sin empacho podía decir ahora que de los dos era yo el mayor—. Yo no me asombro de nada, ni hay por qué asombrarse; lo único que he hecho es manifestar un poco de extrañeza, porque la noticia me cogía de improviso; y nada más, Laureta.

—Es verdad... ¿a ti qué te importa? Tú ya no me quieres... Pero hay para asombrarse, créemelo... y mucho más si me conocieras bien, tal como yo soy... ¿Por qué me pasan a mí estas cosas, Juanín, que ni busco, ni deseo, ni me gustan? Ya ves, ¿supondrías tú nunca que yo pudiese tener un capricho con don Chimo?

—¿Con Murull?—pregunté ahora realmente asombrado; porque Murull era para mi tía don Chimo, en su afán de traducir al valenciano los nombres propios, como su marido era Blay y Rafael Rafelet. Yo era el único que escapaba a esta regla.

—¡Con el mismo!—afirmó con ironía trágica la pobre.

—Francamente.

—¿Ves? Y lo más gracioso es que no creo que él tampoco se hubiera propuesto seducirme.

—Entonces... lo comprendo menos.

—¡Claro! Tú lo comprendes menos, y yo no lo comprendo—hablaba nerviosa, angustiada, pesarosa—. Figúrate que eso ocurrió precisamente cuando venía a hablarme de María Otilia, de la que está enamorado y me pedía que yo la tantease para averiguar si sus pretensiones serían bien acogidas. Nos hallábamos solos en el despacho de Blay y nos habíamos sentado en el sofá.

—¡En el sofá!—exclamé sonriendo—. No hables más... Pero lo que encuentro extraordinario es que cometieras la imprudencia de sentarte en ese sofá con un hombre.

—¿Tú crees en eso?—replicó mi tía con un gracioso mohín excéptico que acentuaba su candorosa ingenuidad—. El sofá no tiene ninguna culpa; la culpa es toda entera mía, que soy... ¡No—protestó, sin acabar de decir lo que era—, no soy eso! Yo sé, y nadie mejor puede saberlo, que yo no soy eso. ¿Pero cómo explicar lo que me pasa? Empiezo por ignorarlo yo misma... Me aturden las palabras, me conmueven, me enternecen las súplicas, me quedo privada de toda voluntad, de toda energía, me olvido de mí misma y el deseo del hombre me envuelve, me domina, hasta creer que es mi propio deseo...

Chimo me hablaba de su amor por María Otilia cuando empezó, y luego, sin saber cómo, hablando de mí, de que yo había sido su gran pasión, pero por respeto a su socio, jamás se atrevió a decirme nada... Yo sospechaba que mentía, que eso se lo hacía decir la excitación que se iba apoderando de él, sintiéndome a su lado, solos los dos y a cubierto de una sorpresa... Sospechaba eso, que mi experiencia de la vida me sugería, y sin embargo me creía obligada a escucharle y a sonreírle, demostrando una complacencia que no sentía, pero que estimulaba su ardor... ¡Y para qué decirte más?

—¡Y tú crees que él sea...?—la interrogué. Sin dejarme concluir, me contestó:

—Casi estoy segura. En la mujer hay un instinto que nos advierte de eso, y pocas veces nos equivocamos.

—Pero... ¿sigue don Joaquín pensando en casarse con María Otilia después de eso?—seguí preguntándole, aguzada mi curiosidad.

—Desde luego... Como que a la que quiere es a ella... y a mí me parece admirablemente. Entre tanto yo... ¡Puedes imaginarte si deseo que se casen!

—¿Pero ella le quiere?

—¡Psé! No supongo que esté muy enamorada; pero no sé qué advierto en esa muchacha desde hace algún tiempo, que me hace pensar que su mayor deseo es salir de esta casa. ¡No sé a qué atribuirlo!

Ni yo se lo dije, o por lo menos no le dije lo que podía motivar su actitud.

La de don Joaquín, a que me he referido y que me había intrigado, ya estaba averiguado a qué obedecía.

El buen señor se sentía padre también.

Y aquella paternidad mancomunada, aquella complicación familiar que reunía y apiñaba a tan dispares y diversos individuos me iba excluyendo a mí, me iba expulsando del núcleo, del mismo modo que un cuerpo extraño es expulsado por la labor inconsciente del organismo que a ese fin tiende.

Concluí por quedar aislado, y para romper todo lazo con mis antiguos afectos y hábitos, hasta mi abuela creyó llegada la hora de su reposo en el pueblo natal, probablemente atraída por las magnificencias de la quinta y del huerto de Laureta, y a Bernia se trasladó al lado de su otra hija mi madre, mi pobre madre a la que quizá había yo olvidado más de lo debido, pues sólo de tarde en tarde le ofrecí el placer de una breve visita, en los seis años que ya duraba mi ausencia.

Así las cosas, un cierto día, era esto a mediados de septiembre, al entrar yo en el despacho de mi tío, me dijo éste:

—Oye, Juanito, tendrás que ir a Villarrubia de los Ojos, a ver los toros de la Viuda de Montesa, pues se empeña la buena señora en no encajonarlos hasta que yo o un representante mío los vea... Dice que la corrida está bien; pero es un poco desigual.

Dos toros parece que bajan algo. En fin, como Rafael quiere que los eche en Tarragona, y los días son contados, mañana tomas el auto y te vas a entenderlas con la viudita... ¿Tú no la conoces?

—No, yo, no—respondí.

—¡Jamón serrano! Echa de espaldas... y un trato que encanta... Se quedó viuda a los dos años de casada, una chiquilla todavía, y lleva tres en ese estado. Su marido murió en un accidente de automóvil al regresar de una corrida en Toledo. ¡Un muchacho muy simpático! Su mujercita y sus toros eran para él todo lo que había en el mundo. Por eso ella ha querido continuar la ganadería, y la cuida con un esmero extraordinario. Este año ha empezado a jugar los de su hierro y está contentísima con el resultado que han dado. Por eso esta corrida... Pero yo la he convencido diciéndole que se va a lidiar en una plaza donde esas cosas no suenan. De todas maneras, ya ves, pide que vayamos para que nos hagamos cargo de lo que son los toros. ¡Eso se llama conciencia de ganadera! ¡Y eso se llama ganadera guapa! ¡Como sus toros saquen en bravura lo que a ella le sobra de gracia y simpatía!...

Yo escuchaba a mi tío distraído. La ganadera ni los toros me interesaban; pero la excursión, mucho. Madrid me pesaba ya desde hacía unos cuantos meses.

—Que te acompañe *Rechorizos*—continuó don Blas—. Y ya sabes, por poco que pueda pasar, la encerráis en seguida... Además, en Tarragona...

¡Figúrate tú!... ¿Estamos, Juanito?... No hay más que hablar.

Y no hablamos más.

A Villarrubia de los Ojos me enviaban y en Villarrubia de los Ojos...

¡El Destino tiene unas jugarretas!

además debía de haber en su vestir y en toda su entera persona, bajo las apariencias de una elegante sencillez, el dibujo de agachar que se veía en los camisas y refinamientos de su indumento, en la gracia sutil que en todo instante mantenía y que contrastaba con la des-

IV

Emprendí el camino a la mañana siguiente, acompañado de *Chori*, a ver los toros de doña Margarita Zaldívar, viuda de Montesa.

En el automóvil de mi tío, Mancha adelante, en demanda de Despeñaperros, seguimos poco menos «la ruta de Don Quijote», para detenernos en los límites de Ciudad Real con Jaén, donde la vacada pastaba.

El pueblo se hallaba a corta distancia de la dehesa, y en el viejo caserón que en él poseía la señora viuda, fuimos acogidos y alojados por ésta, con esa afabilidad campechana de las mujeres que metidas en negocios masculinos diríase que tratan, estableciendo una rápida camaradería, hacer olvidar el sexo a que pertenecen, o al menos a prescindir de diferencias en sus relaciones con los hombres.

Pero, a pesar de su buen deseo, no acababa de conseguirlo doña Margarita. Era demasiado hermosa, demasiado femeninamente hermosa, para que los hombres olvidaran en su presencia que se las habían con una mujer, y una mujer muy bonita, que

además debía de saberlo, porque había en su vestir y en toda su arrogante persona, bajo las apariencias de una elegante sencillez, el deseo de agradar que se revelaba en los esmeros y refinamientos de su indumento, en la graciosa actitud que en todo instante mantenía y que contrastaba con la despreocupación y desenvoltura que al mismo tiempo afectaba. Era la suya, indudablemente, una coquetería más bien nacida de un laudable propósito de agradar, por el deseo de ser agradable, que esa otra que tiene por finalidad desasosegar al sexo contrario.

«Joven, no representaba siquiera veinticinco años, alta, esbelta, bien proporcionada, quizá con más carnes que las que consienten las siluetas femeninas a la moda, dos ojos negros, grandes, imponentes, una boca roja y fresca, deliciosa, un cutis marfileño. Un pie de admirable factura y calzado con suprema elegancia, corta la falda, cortado el pelo a lo Manolo. ¿Podía yo imaginar, con encontrarme en un poblachón manchego, con una ganadera viuda, que no contenta con deberle a la Naturaleza todos los atractivos y prestigios de la belleza femenina, aun recurría al arte modistil, zapateril y peluqueril, para aumentarlos?»

«Francamente, no lo imaginé nunca y mi sorpresa degeneró en alalamiento así que la tuve delante.

«Luego, cuando me enteré de que era cubana, que se había educado en Nueva York, que más tarde, residiendo en Madrid, conoció al que acabó siendo su

marido, y que de él se enamoró precisamente viéndole correr toros en el campo, porque todo ejercicio violento y varonil la encantaban, quise hallar una justificación a la heterogeneidad de sus gustos y aficiones, que respondían unos a hábitos adquiridos por educación y ambiente, y otros a inclinaciones de su idiosincrasia.

Una parte del año la pasaba en Madrid o en viajes por el extranjero, y el resto en aquel pueblo, donde había empezado por escandalizar al vecindario y había terminado por ser respetada, admirada y bendecida, haciéndose perdonar lo que allí se tenían por extravagancias, con una conducta intachable y una generosidad inagotable en beneficio de los que de ella habían menester.

—He recibido esa mañana—me dijo con una voz que sonaba a gloria y era otro encanto en ella—un telegrama de su tío, porque creo que don Blas es tío de usted, anunciándome su visita, para ver la corrida de que venimos tratando... Yo creo que está bien, pero no he querido cerrar el trato hasta que ustedes la vieran. Hay cuatro toros, y dos que bajan algo. Pero no tengo otra cosa. El año aquí no ha sido bueno y ya sabe usted... aunque se les dé todo el grano que quieran, cuando en el campo escasea la hierba... En fin, mañana iremos al cortijo y allí decidirá usted.

Lo dijo esto de un tirón, resueltamente, sonriéndome a cada coma, entornando los ojos con una im-

pertinencia seductora para clavarlos en mí, a cada punto.

Y como yo me limitara a hacer un ademán de asentimiento a este discurso, porque no tenía fuerzas ni alientos para más, añadió ella, poniendo término a esta primera entrevista:

—Ahora le acompañarán a usted a su cuarto, por si quiere arreglarse para comer. . . Porque ya va siendo hora y más para usted que debe traer un apetito regular después de tantas horas de automóvil.

Esta vez sonreí. Ya era algo más. Pero tampoco dije una palabra. Todas las necesitaba para el soliloquio interior que desde el primer instante me ocupaba. «¡Qué mujer! ¡Qué divinidad de mujer! ¡Es dislocante! ¡Es estupenda! ¡Qué burrada de mujer!»—. Y así sucesivamente, hasta que ya en mi cuarto, donde *Rechorizos* me esperaba, pude exclamar:

—¿Has visto otra igual en tu vida?

—¿Otra qué...?

—Otra viuda como esta viuda.

—No he tenido tiempo de fijarme, pero me ha parecido una buena gachí—me contestó el mozo de espadas de Rafael y el agregado a la misión que me traía a Villarrubia en calidad de asesor, con ese tono disciplente de hombre que ha renunciado al mundo y a sus galas, que venía adoptando desde que por una jugarreta del destino ocupaba el poco elevado empleo que le aseguraba el garbanzo.

—Sí... Una cosa sin importancia... Una buena gachí de las del montón... ¡Tú estás peor, Manolo! —le increpé entre enojado y compasivo. Y sin hacerle ya caso me entregué con el mayor entusiasmo al aseo de mi persona e indumentaria.

Bajé al comedor—cuando vino a avisarme un criado—con miedo. Me asustaba la perspectiva de aquella larga sesión a solas con la viudita, y porque temía no estar a la altura de ella ni en la conversación ni en prácticas sociales, pues desde luego, que ella pertenecía a otra casta y estaba habituada a otro trato, al trato de un mundo que no era el mío, eso saltaba a la vista. ¿Necesitaría decir que esa preocupación mía la originaba lo mucho que la ganadera me había gustado y al deseo inconsciente que yo sentía de gustarle? La tal preocupación me cohibía, me hacía perder la espontaneidad, la naturalidad, y mi torpeza aumentaba en razón de mis esfuerzos por disimularla.

Afortunadamente no estaba sola. La acompañaban un señor ya anciano, pero todavía fuerte y vigoroso, con todo el aspecto de un hacendado, de un rico labrador, y una señora si tan anciana como el señor, de ningún modo tan fuerte y vigorosa.

—Mis tíos—me dijo señalándolos—. Don Joaquín es además mi administrador, y con él podrá usted hablar de toros porque es un excelente aficionado, que hoy todavía toma el tren y no pierde feria de renombre ni corrida grande en Madrid.

—Por vicio—respondió el simpático administra-

dor y tío, tendiéndome la mano, y sonriendo melancólicamente—. Sí, he tenido mucha afición y la conservo aún; pero...

—Mi tío echa de menos los buenos tiempos de su juventud... cuando los toros...

—No, Margarita, no—la interrumpió el anciano; —muy bien eso de que echo de menos los tiempos de mi juventud, porque eran los de mi juventud; pero en cuanto a que los toros entonces me gustasen más, ya no está usted en lo cierto. Prefiero los de ahora, más chicos, más jóvenes, pero más bravos, más de lidia... Ya tendremos ocasión de hablar de eso esté joven y yo; y no digo usted porque es un aficionado muy particular... Una aficionada que no ha visto una sola corrida de toros. ¿Conoce usted otro caso?

La pregunta iba dirigida a mí, que en realidad lo encontré extraordinario, y me quedé mirando a mi interlocutor y luego a la aludida sin querer dar crédito a la afirmación y como esperando que ella lo confirmase.

—Es cierto—dijo la encantadora ganadera con un gracioso mohín, como si pretendiera disculparse—. Y tiene su explicación... Pero vamos a sentarnos... Usted aquí, señor Pérez—y me señaló el puesto de su derecha. Enfrente de mí se sentó don Joaquín y enfrente de la viudita su señora tía, que todavía no había despegado los labios. Y empezamos a comer.

—Tiene su explicación—prosiguió «la aficionada

muy particular», así que todos estuvimos servidos, recordando que nos debía esa explicación—. De soltera, mis ideas completamente yanquis sobre el asunto, me vedaban la existencia a tales fiestas, y si en alguna ocasión el anuncio de una corrida extraordinaria animaba a mis padres a asistir a ella, en Madrid, o en Valencia, o en San Sebastián, jamás quise acompañarles. Me horrorizaba al sólo pensar que yo hubiese de presenciar tan bárbaro y cruel espectáculo. Quiso luego la casualidad que me enamorase de un entusiasta aficionado, y que precisamente lo conociera en un tentadero en Sevilla, al que habíamos sido invitados, viéndole lucir su destreza en el acoso de reses. Por consejo suyo, papá adquirió una gran finca en este pueblo, y con ese motivo nuestras relaciones fueron cada vez más amistosas y acabaron por ser francamente de amor, hasta que nos casamos. Ya ganadera, pues el mismo año de nuestra boda compro él la vacada, me aficioné apasionadamente por el toro, y más que mi propio marido estudié, cuidé, me ocupé de todo lo concerniente al ganado; pero no pude nunca habituarme a la idea de que aquellos animalitos todo vigor, todo fuerza, todo agilidad, todo nobleza, todo valentía, habían de contemplarlos mis ojos ensangrentados y maltrechos, convertidos lastimosamente en una piltrafa repugnante, y renuncié a verlos lidiar en la plaza. Y digo en la plaza, porque en la nuestra y en otras ganaderías he visto torear en los días de tienta y he admirado a casi todos los

grandes toreros que existen, entre ellos a su amigo de usted, a Rafael Matillo.

—Es sorprendente eso...—dije comiéndomela con los ojos, pues hasta en sus rarezas encontraba yo admirable a aquella criatura.

—¡Se lo decía yo a usted!—exclamó don Joaquín, triunfante—. Y lo más notable es que entiende y habla bien de toros; sabe lo que tiene mérito y lo que no lo tiene, sin haber visto más que eso que ella dice: torear en nuestra placita.

—Bueno, sí, pero es que además leo mucho de lo que sobre el toreo se escribe, y estoy al día, respecto a la afición—rectificó ella sonriendo confusa, con una modestia de niña prodigio que se ruboriza por las alabanzas, que sabe, no obstante, que merece—. Pero la verdad sea dicha: a mí lo que realmente me interesa es el toro; el toro es el que tiene todas mis simpatías, y sus sufrimientos, los sufrimientos de que le hacen víctima alevosamente, abusando de su nobleza y de su intrepidez, no puedo contemplarlos tranquilamente.

—Pero todo eso no lo consiente el toro impunemente—observé yo—; el toro se defiende y cuando puede, hiere y mata.

—Está en su derecho... Lo creo tanto así, que el riesgo del torero apenas si lo tengo en cuenta.

—Es curiosa la evolución de los sentimientos en unos cuantos siglos—comentó don Joaquín—. ¿Qué digo en unos cuantos siglos?... En uno escaso... porque aun no hace tantos años, lo mismo que en

tiempos de los Reyes Católicos, y que antes en los del Rey Sabio, era el riesgo, la exposición del hombre lo que hacía de la fiesta de toros un espectáculo bárbaro; hoy, en cambio, es el caballo, y aun el mismo toro, lo que nos conmueve, y en defensa suya se alzan las voces indignadas de los taurofobos. La suerte del hombre no parece interesarles... y se comprende... En días como los nuestros en que el sport favorito de las multitudes es el boxeo, resultaría absurdo que nos afligiera la perspectiva de una cornada que en realidad es el hombre el que la busca, por su libre y espontánea voluntad.

—Ahí duele—replicó la viudita—. No son únicamente los sentimientos los que han evolucionado, es que ha variado también el concepto que de esa libertad tenemos. El hombre es cada vez más dueño de su persona y por lo tanto de sus actos, y hasta me parece que si por atavismo aun considera nuestro código como delito el suicidio, en nuestra moral de ahora nadie lo tiene por tal. Yo no encuentro censurable esa desviación de la piedad hacia los animales, y soy la primera en sentirla.

—Ni yo tampoco. No hacía más que poner de relieve el hecho—se creyó en el caso de manifestar el tío administrador, que en su actitud, con respecto a su sobrina, más parecía atenerse al cargo que al parental parentesco.

Y es que en verdad, el que doña Margarita llamaba tío, lo era lejano de su marido. Hombre de bue-

na posición en otros tiempos, había visto muy mer-
mada su hacienda a la vejez, pero inteligente, ins-
truído, activo y servicial, en él puso su confianza
la viuda, cuando el malhadado accidente la privó
del esposo, y con todo el celo e interés que su gra-
titud le aconsejaba, procuraba suplir las energías
que los años habían aminorado. Pero aun se tenía
a caballo, tieso y erguido, aun gustaba de ponerse
los zahones, más por pinturería que por necesidad,
y con su chaquetón al hombro no pasaba día sin re-
correr el cortijo entero, para inspeccionar los pra-
dos donde las vacas pastaban, el cerrado donde es-
taban los toros de saca, junto a la hermosa vega
donde a sus anchas campaban por sus respetos los
erales y utreros; sin olvidar las tierras vastísimas
de labor que completaban el cortijo.

—¿Pero es de verdad que le gustan a usted más
los toros y los toreros de ahora, tío?

—De veinte años a esta parte, interesarme, lo
que se llama interesarme, sólo dos toreros lo han
conseguido. Joselito, el torero por esencia, presen-
cia y potencia, el torero de las realidades, capaz de
todo y maestro en todo, sin rival posible en su arte,
cumbre y fastigio de la profesión en su época y en
cualquiera que se le coloque, y luego... y luego! .
¿quién dirá, usted?... ¡El Niño de la Palma!... Aquél
por lo que hizo, éste por lo que podría hacer. He
dicho que aquél fué el torero de las realidades, o si
usted quiere, de las realizaciones, porque hizo real
y efectivo lo que el mejor aficionado podía desear

en materia de arte tauromáquico; éste otro, como torero de las posibilidades. ¡Todo, todo, todo le es posible! Todo... menos darse cuenta, por lo visto, de que no basta con poder hacer las cosas, es preciso hacerlas, y con frecuencia, no regatearle al público una destreza que él adivina, de que él está convencido y que le lleva a la plaza, y por eso mismo si le defraudan se indigna y se exaspera. ¡Me pasa a mí!... ¡Si ese torero se decidiera!—y después sin transición—. Ya está usted viendo que no estoy tan anticuado en mis gustos, como supone mi sobrina. Le hablo de mi admiración por dos toreros de ahora, y no le nombro a *Lagartijo* que fué mi primer ídolo, ni a *Frascuelo*, el matador que más me ha satisfecho, ni a *Mazzantini*, que nunca me gustó, ni al *Guerra*, que fué un coloso, ni a *Fuentes*, tan completo, ni a *Bombita*, la voluntad y el pundonor hechos torero...

—¡Pero y los toros, y aquellos toros...!, tío Joaquín?—dijo con cómica admiración la viudita.

—Los criamos más bravos ahora, Margarita—respondió el viejo sin perder la gravedad ni su acento conciliador—. Eran entonces más grandes, se jugaban de más edad, pero por eso mismo carecían de esas condiciones de lidia y para la lidia que tienen los de ahora. Con éstos ha sido posible torear como se torea. Gracias a ese toro, la tauromaquia va dejando de ser lo que era en un principio y el famoso tópico «la inteligencia venciendo a la fuerza» quedará en tópico nada más. El público, cada día

que pasa, va formando un diferente concepto de la fiesta, y lo de «el hombre triunfando de la fiera», otro tópico, lo substituye con el de una estrecha colaboración del hombre con la fiera, para crear arte, para crear belleza, ganando en plasticidad el espectáculo lo que tal vez pierda en grandiosidad. La tragedia se aleja de la arena...

—¿Y se entroniza la comedia?—preguntó la viudita, maliciosamente.

—No sea usted mordaz, Margarita—suplicó con cómica severidad—. ¡Ya me ha roto usted el hilo del discurso, con lo bien que me iba saliendo! Pero en fin, volviendo a lo nuestro, el ganado de lidia es hoy mejor que antes, y sólo pueden achacarle los intransigentes que se juega más joven. Pero la bravura y la nobleza del toro decae mucho con la edad. Además, los criadores actuales entienden más y mejor su negocio. Se lo dice a ustedes quien lo sabe. Hay más esmero en la selección, se cuida más escrupulosamente el ganado, se conoce mejor lo que se tiene, y así se han refinado tan extraordinariamente las castas... Ha sido un gran bien para el toreo, ese que hay quien considera gran mal de haber achicado los toros y lidiarlos con cuatro años. Gracias a eso nos entusiasman un Belmonte, un *Chicuelo* y tantos otros grandes artistas... Mientras el toro dé la impresión de riesgo, de peligro, es decir, mientras no sea un becerro lo que salga a la plaza, yo lo encuentro muy bien... Ahora, el becerro con dos plátanos por pitones, no.

—Y a eso llegaremos—me creí en el deber de decir.

—Y habremos acabado... Algo observo en ese sentido, no crea usted, y lo deploro por nuestra fiesta que si tiene grandezas incomparables es precisamente porque el arte, la gracia, se han de hermanar con el valor. ¿Y qué valor se necesita para contender con un becerro?... En ese punto todos los aficionados debiéramos ser intolerantes. Va en ello el prestigio de nuestro hermoso espectáculo, que es el nacional, aunque haya quien se empeñe en negarle esa calidad.

—Tiene usted razón—asentí.

—Ha estado usted admirable, tío, y yo le felicito energúlecida—concluyó la bellísima ganadera, yo no sé si en serio o en broma—. Pero hay que convenir de todos modos que sin lesión enorme a la verdad, hubiera usted podido ser más galante.

—¿Más galante?—preguntó el simpático señor, sin comprender.

—Con el señor Pérez, sí... Se ha olvidado usted que es el apoderado de Rafael Matillo, y aunque sólo fuera por eso, y hay otras razones, a Rafael debía usted de haberlo incluido entre los toreros interesantes.

—¡Y lo es!—exclamó el viejo aficionado con acento de convicción—. ¡Si ese muchacho fuera andaluz!

—¿Usted cree que los toreros han de ser forzosamente andaluces?—le interrogué con esa curiosidad

que yo he puesto siempre en todo cuanto podía ilustrarme.

—Algo así creo...; pero no significa esto negar que de otras tierras los puede haber muy buenos, ni afirmar que basta con que el torero haya nacido en Andalucía para que ya lo posea todo. No, nada de eso. Lo que yo pienso es que, entre dos grandes toreros, en el andaluz existe un algo complementario, llámese gracia, llámese prestancia, llámese como se llame, que da realce a su arte... Y no lo achaco a la raza todo, aunque es indudable que en Andalucía el mismo pueblo es un compuesto de selecciones étnicas y esto influye no poco; pero más bien lo atribuyo a lo contagioso y pegadizo, a eso que en las familias se toma a veces por parecido y no es más que una imitación de ademanes y gestos y llamamos «aire de familia». El andaluz es airoso en sus movimientos, varonilmente gracioso en sus actitudes, porque ese es el «aire familiar», y hasta la flexibilidad de sus miembros es posible que obedezca a una gimnasia inconsciente. En fin, no sé; pero el torero grande andaluz, tiene ese «algo» de que carece el torero grande de otras regiones, y Rafael Matillo...

—¿Usted sabe que Rafael se crió en la provincia de Málaga y se hizo torero en Andalucía?—le interrumpí.

—Por eso tal vez es de todos los valencianos el que más se parece a los andaluces... Si el pobre Granero... Puede suceder muy bien que, como el

torero que estamos acostumbrados a representarnos como arquetipo es el andaluz también, echemos de menos en los de otras regiones ese algo especial que es característico de los andaluces—de los andaluces que lo poseen—y nos parece que sin él no es el torero completo. ¿Pero qué mucho que eso nos ocurra a nosotros, cuando los mismos profesionales del resto de España procuran imitar a los de Andalucía?

—Es verdad, tiene usted razón—asentí yo.

—Mi tío siempre acaba por tener razón, como se le deje hablar—dijo sonriendo afectuosamente la sobrina.

La sobremesa se prolongó largo rato, y ya era muy tarde cuando nos retiramos a descansar.

—Hay que madrugar mañana—había dicho la viudita—para que estemos en el cortijo antes de las diez. ¿Usted monta a caballo?—me preguntó luego a mí.

—Me tengo... sí, señora—contesté, no del todo seguro.

—Pues iremos a caballo—decidió—; me gusta más que en coche.

Antes de las ocho, a la mañana siguiente, nos reuníamos de nuevo en el mismo comedor para tomar el desayuno. Cuando yo entré ya estaban esperándome don Joaquín y su sobrina. Sí, porque la que yo había tomado a primera vista por un mozallete, espigado y garboso, era su sobrina, era la ganadera, que con sus zahones, su chaqueta ceñida

al talle, atado al cuello un pañolito, y tocada con sombrero ancho, llevado todo con graciosa desenvoltura, acabó de enloquecerme.

—¿Ha descansado usted, señor Pérez?—me preguntó afablemente.

El señor Pérez no lo sabía. El señor Pérez se había acostado pensando en ella, y es posible que hubiese llegado a pegar los ojos; pero, en ese caso, al abrirlos, le parecía que no había dejado de pensar ¿en sueños?... Tal vez, pero no lo podía afirmar. Ello es que, despierto o dormido la turbadora visión de la adorable viudita no había abandonado un momento al señor Pérez, y por si le faltaba algo, ahora con aquella indumentaria campera venía a recibir el puntillazo final. ¡No había derecho a ser tan requetebonita!—fué la protesta que in mente hizo el señor Pérez. Mas aun así, tuve la vileza de contestar:

—Sí, señora, muy bien. Muchas gracias. ¿Y usted?

—Menos que de costumbre—respondíome con una leve mueca de despecho—. Probablemente debido a la nerviosidad que me ha debido producir el café de anoche. Ya casi he perdido el hábito de tomarlo.

No sé por qué, se me antojó que el café cargaba con responsabilidades que no tenía.

—Oiga usted, tío—añadió de improviso, fijándose primero en mí y luego en don Joaquín—¿no le vendría bien al señor Pérez un chaquetón de usted?... Yo creo que sí... Y me gustaría que se lo pusiera,

para verle vestido como nosotros. ¿Quiere usted, señor Pérez?... Y perdone este capricho... que por lo menos demuestra que le he tomado a usted simpatía... Y es verdad... me parece que somos amigos ya de antiguo.

—Pues no faltaba más—acepté con la mayor complacencia.—De haberlo sabido...

Iba a decir que hubiera traído mi ropa de campo, pero se me atragantó la mentira, porque yo no tenía tal ropa, y dejé en suspenso la frase.

—Me parece que sí—dijo al fin el administrador, después de haberme tomado las medidas con la vista—. Venga usted conmigo... Y en último caso...

Doña Margarita adivinó el pensamiento de don Joaquín.

—Bueno, sí—aprobó con cierto embarazo.

Y efectivamente, fué el chaquetón de su difunto esposo, fueron sus zahones, fué su sombrero, en una palabra, fué su vestuario el que yo utilicé.

—¡Así, así, es cómo está usted a tono!—exclamó la caprichosa criadora de toros de lidia, cuando me presenté transformado ante ella, que no quiso averiguar, ni reconocer, la procedencia de las prendas.

¿Por qué desde aquel momento empezó mi corazón a palpar con más vehemencia y por qué sentí alentar en el fondo de mi alma una vaga esperanza?

¿Esperanza de qué?

Me habría parecido tan gran necedad concretarlo, que ni pensar quise en ello.

Y a caballo los tres, mejor dicho, los cuatro, por-

que *Rechorizos* también nos acompañaba, emprendimos la marcha hacia el cortijo que atravesamos en parte para llegar a la casa vivienda.

Doña Margarita, con vanidad de propietaria y muy justificada ciertamente, me miraba de vez en cuando como queriendo indagar lo que la espléndida posesión me parecía, la impresión que toda aquella vasta campiña me producía.

Y la expresión de mi semblante seguramente le diría que aquello tenía para mí todo el aspecto de un paraíso. Bastaba con que ella fuese la Eva, la dueña y señora, iella que me había encontrado simpático!, para que yo no viera más que lugares de delicia y amenidad en derredor... Para decir la verdad entera, no es que los viera, es que los adivinaba, porque yo miraba sin verlos, yo no veía más que el busto airoso de la propietaria sobre el caballo, y eso en cambio lo veía aun cuando no la mirase.

Durante una gran parte del camino no quise que mis ojos se apartasen del busto, temía que llegasen a los pies; a los pies que tan bien calzados había admirado la noche anterior—porque yo soy un admirador de los pies bonitos bien calzados—y que ahora se me figuraba que debían perder el valor de joyitas que para mí tenían, embutidos en la bota enteriza que los contenía al presente. Y estaba equivocado. Poseían una belleza tan suya, que un poco de arte del zapatero había bastado para que conservasen por completo su hechizo.

Desde la suela doble y recía de sus botas con pre-

tensiones hombrunas, hasta lo alto de la copa del sombrero ancho, de su persona entera, con chaquetón, zahones y todo, a pesar de su atavío varonil, de la naturalidad de sus movimientos que delataban un largo hábito, de la desenvoltura graciosa de sus gestos y ademanes, se desprendía un hechizo tan turbadoramente femenino, que en vano me esforzaba en ver en ella a la ganadera con quien mi tío me había enviado a tratar; yo lo que veía era la mujer, sólo para ella tenía ojos, y en ella se concentraba toda mi atención. ¿Qué camino seguíamos? ¿Cómo era el paisaje? ¿Quién nos acompañaba? De nada tengo en este instante recuerdo. El que únicamente conservo, más que en la memoria clara, en esa otra que nos transmite las sensaciones sin descubrirnos la causa de ellas, como si durmieran en nuestra sensibilidad y por una misteriosa evocación reviviesen imprevistamente; el único que conservo, es el de un busto airoso y gallardo que sobre la insospechable amplitud de la enloquecedora curva de las caderas, se balanceaba rítmicamente a compás del paso largo del caballo que le imprimía un movimiento de media rotación, lleno de sugerencias, para que fuese más vigorosa la impresión que la extraña criatura me producía.

Ajena a ella —¿ajena a ella?— durante todo el trayecto me habló de sus campos y de sus toros, de sus toros sobre todo, dándome minuciosas explicaciones de todo cuanto hace difícil la cría del ganado bravo y revelando sus conocimientos en tan complicada

materia. No lo que decía, el sonido de su voz, era lo que yo escuchaba. Una voz de timbre inconfundible, un acento cálido y meloso que halagaba al oído, y se adentraba hasta el corazón; por lo menos hasta el mío en el que no había palabra suya que no tuviera eco.

—No hay nada seguro, no hay nada cierto—creo que me decía—. Las tientas no son más que un indicio; las reatas engañan: el atavismo viene de vez en cuando a estropear la combinación. Influyen los pastos, el clima, la topografía. Las cruzas no siempre ligan bien. Mi marido era partidario de la consanguinidad, mi tío Joaquín también. Yo no sé... Hay productos incestuosos que dan excelente resultado; pero en otras ocasiones... Depende de cómo liguen. Cuando un producto recoge todas las buenas cualidades de su sangre, es excelente; pero suele acontecer lo contrario también. De todas maneras yo me inclino por la consanguinidad, que es la manera de conservar la pureza de la casta.

¿Era esto lo que me decía entonces o lo que yo ahora recuerdo es lo que me ha dicho otras veces?

Me parece más probable lo segundo. Sería muy difícil, que de lo que me habló en aquella mañana referente a toros y campos me quedara recuerdo. Ni aun dicho por ella tenía para mí el menor interés todo eso; ella era lo único que me interesaba, pero tan *desinteresadamente*, que ni siquiera se me ocurrió pensar si me había enamorado; con el placer inefable de verla, oirla y admirarla me daba

por contento, por tan contento, que yo no recuerdo horas más dulces ni más felices que las que estaba gozando desde mi llegada a aquel pueblo manchego.

Llegamos a la casa. No me enteré de cómo era la casa. Almorzamos; no sé lo que almorzamos. Fuí-mos luego a ver la corrida. Habló *Rechorizos*, habló don Joaquín, habló doña Margarita, y hasta creo que yo también hablé. Lo que no puedo recordar es lo que se dijo. Y sólo cuando ella me preguntó, de una manera directa:

—En fin, señor Pérez, ¿a usted le parece bien la corrida?

Contesté sobresaltado, como quien sale de un sueño:

—Superior, doña Margarita... Lo que necesitamos.

Tengo presente que *Chori* me miró sorprendido, y como yo sostuviera con firmeza mi actitud, se encogió de hombros enigmáticamente.

¡Bastante me importaba a mí lo que *Chori* pensase!

La corrida no tenía pero, porque nada de lo que perteneciera a doña Margarita lo tenía; y si *Chori* opinaba de otro modo, peor para él.

—Es que hay ahí un toro...—se aventuró a decir al fin el mozo de estoques de mi amigo—bastante destartalado de pitones, y eso... a los toreros no les gusta.

—Pero es uno nada más—me pareció que era una réplica oportuna—y por un toro...

—Yo no hago más que dar mi opinión... Juanito... que para eso he venido y no me parece haber dicho nada prematuro... ¿Quién se lía a la cintura a ese galán?

—No, desde luego—le tranquilicé—; pero ya ves que la corrida en conjunto está muy bien y aunque ese toro... En último caso se le arreglan los pitones.

—No será el primero—asintió don Joaquín.

—De una manera u otra ya encontraremos remedio. Lo esencial es que Rafael toree esta corrida, pues éstos son los toros que a él más le gustan.

Rechorizos se dió por vencido y entabló conversación con don Joaquín, alejándose algo de nosotros que permanecíamos quietos sobre nuestras monturas, en muda contemplación de los seis toros objeto de discusión.

Nuestro examen nada tenía que ver con el minucioso de nuestros acompañantes. El de éstos era exclusivamente técnico, el nuestro era emotivo... al menos el mío, porque todo cuanto ante mis ojos pasaba no hacía más que producirme una inexplicable emoción, honda y punzante, hasta las lágrimas.

—¿Quiere usted que subamos hasta allí?—me preguntó la viudita, señalándome un altozano sobre el cual un peñasco nos podía servir de asiento—. Desde allí abarca la vista toda la vega...

—Ya lo creo... Será delicioso—respondíle entusiasmado al oír la invitación.

Nos apeamos de los caballos que entregamos a un gañán, y nos dirigimos a la loma vecina.

Ibamos los dos silenciosos y silenciosos nos sentamos en el peñasco que era un mirador admirable.

Ella fué la primera en hablar, así que nuestras miradas se esparcieron por la campiña circundante:

—Mi pobre marido había puesto en todo esto sus ilusiones. Cuando nos casamos y unimos nuestras tierras que eran colindantes, se le antojó ser ganadero de toros bravos. Era un capricho de toda su vida. Primero pensó en reconstituir la vacada de la tierra, tan famosa en otros tiempos; pero era difícil encontrar casta pura gijona y tuvo que desistir. Entonces adquirió esta ganadería y en los pocos años que la disfrutó se desvivió para mejorarla. ¡Y ya ve usted!... Antes de poder lidiar una corrida tentada por él, ocurrió el desgraciado accidente en el que encontró la muerte.

Su tono era confidencial, impregnado de una suave melancolía, que más parecía venir de la melancolía del paisaje en aquel atardecer opaco, en el que la luz se apagaba entre nubarrones que avanzaban a lo lejos, limitando cada vez más el horizonte, que de la tristeza del recuerdo.

—Y me dejó sola—prosiguió tras una breve pausa, siempre en el mismo tono, impersonal, de salmodia, con opacidades en la voz que rimaban con la opacidad ambiente—en plena juventud, viviendo de recuerdos cuando la vida comienza... Yo me esfuerzo porque todos los que fueron sus gustos sean los

míos, por alegrarme con lo que él se alegró, amar lo que el amó, cuidar lo que él cuidó... Pero... la vida tiene sus exigencias, y no basta con que una mujer quiera hacer renuncia de su propia individualidad, sacrificarse a sí misma, olvidarse de sí misma... Hay momentos en que la soledad me angustia, en que mi corazón se rebela, en que... ¿Pero por qué le cuento a usted todas estas cosas?—se preguntó de improviso, interrumpiéndose y queriendo sonreír.

¿Cómo debía yo de interpretar aquellas palabras?

¿Había en ellas una intención oculta, tenían un doble sentido, o se limitaba todo a la exteriorización inconsciente de un estado de alma pasajero y circunstancial?

Intervinieron la vanidad y la malicia, y en pugna con la modestia y la buena fe—tal vez mis cualidades básicas—me crearon una situación angustiosa, en la que perdida toda espontaneidad, dándose cuenta exacta de que era preciso que yo dijese algo, la duda, la incertidumbre, me impedían «componer la frase» que yo juzgaba necesaria, y me lo impedía precisamente el deseo de *componerla con tal arte* que no se delatara en ella el desconcertante efecto que sus palabras me producían. Por fin dije:

—Yo lo único que puedo decirle a usted, es que la escuchó conmovido—y era verdad. Mi acento debió revelárselo.

Me miró con ojos en que había más que gratitud.

—Muchas gracias...—murmuró sonriendo de

nuevo, pero esta vez como se sonríe a un amigo—. Por extraño que a mí me parezca, y a usted debe de parecérselo más, yo he comprendido que a usted le podía hablar así, tener este pequeño desahogo... que con nadie jamás me he permitido. Desde el primer momento, yo no he podido considerarle a usted un desconocido... ¿Será verdad que hay existencias anteriores?—y trató de reír como para hacerse perdonar esta duda; pero en seguida volvió a ser grave la exposición de su rostro, para añadir—: No sabemos nada de nada...

¿Cómo decirle yo, por mi parte, que la impresión que ella me había causado, tenía mucho de esa sorpresa que experimentamos al hallarnos ante algo, que una consciencia obscura nos señala como aquello que buscábamos?

El misterio nos tuvo durante un breve espacio de tiempo bajo su dominio; y ambos silenciosos, como agobiados por una emoción inefable, llena de delicias, por un impulso simultáneo tendimos a la vez las manos uno hacia el otro, y unidas, muy estrechamente, quedaron, mientras sus ojos como los míos se empañaban de lágrimas.

Un instante después, mi brazo rodeaba su talle, y mi cara se aproximaba a la suya y a no ser porque las anchas alas del sombrero lo impidieron nos habríamos besado.

La situación pasó, de un salto brusco, de lo sentimental a lo cómico; y la viudita, repuesta y dueña de sí antes que yo, se echó a reír.

—Por algo le hice yo poner ese sombrero—exclamó—. Pero la cosa tiene un arreglo...

Su tono era ahora resuelto y decidido.

—¡Hable usted pronto!—le supliqué—. A ver ese arreglo... Yo ya me lo estoy quitando...

—No se precipite... Primero el arreglo...

—¡Veamos!

—¿Le gusto a usted?—me interrogó sin apartar sus ojos inquisidores de los míos deslumbrados.

—¿Se pueden preguntar esas cosas? ¡Más que lo mejor del mundo!

—¿Sería usted capaz de quererme?

—¡Con siete almas, si tuviera siete!

—¿Quiere usted casarse conmigo?

—¿Casarme... con... usted?—repetí, temeroso de haber oído mal.

—Sí, casarse conmigo... Piense que tengo algunos años más que usted... que dicen que soy caprichosa... voluntariosa y no sé si algo más.

—¿Pero usted querría casarse conmigo?—le pregunté a mi vez, sin querer acabar de dar crédito a lo que estaba oyendo.

—Debo parecerle a usted una mujer absurda, lo comprendo. Pero no me juzgue con demasiada severidad antes de haberme escuchado. Me consta que no suelen proceder las mujeres como yo estoy procediendo en esta ocasión, y si en este momento no dominara en mí todo lo que hay de mejor en mi naturaleza, que es la lealtad, tampoco yo procedería así. Hágase usted cargo... tengo veinticinco años,

llevo dos de viudez, necesito vivir, quiero vivir. Me había propuesto en un principio no volver a amar... luego hube de reconocer que ese propósito no me era posible cumplirle y llegué a una transacción conmigo mismo: me casaría de nuevo, si algún día tropezaba con el hombre, fuese éste quien fuese, que me gustara, que yo considerase merecedor de mi cariño y capaz de corresponderlo... Y así he dejado transcurrir días, meses, años sin decidirme por ninguno, hasta que hoy...

—Hizo una breve pausa y luego continuó:

—Sí... Porque no es un amante lo que yo necesito... En ese caso... ya estaría resuelto el problema. Para eso, estoy convencida de que los dos nos gustamos... Pero lo que yo quiero es un marido; un marido es lo que necesito. El amor no es un asunto tan serio, como nuestras madres se figuraron... O mejor dicho, es de una seriedad efímera y luego... No, no es un amante lo que yo deseo. Un marido... que por decontado será mi amante... mientras dure el amor... después mi amigo... y siempre mi esposo. ¿Quiere usted ser todo eso? Imagino que reúne usted todas las condiciones que yo quería ver reunidas en el hombre de mi elección.

—¿Podía ser más seductora la perspectiva?

—De momento no pensé más que en lo de ser su amante, acaso porque en ello había cifrado todas mis ilusiones, si es que me había atrevido a hacerme alguna; pero la propina del maridaje no dejaba de parecerme espléndida. ¡Marido de aquella mujer que

se me antojaba extraordinaria por muchos y diversos conceptos, y copartícipe de su fortuna que no podía menos de ser cuantiosa! ¿Era posible?

Y como en esos segundos en que nos creemos amenazados por una muerte inminente, en aquellos yo vi desenvolverse como una cinta de película en carrera vertiginosa todos los episodios de mi vida, desde cuando era el «hijo de la viuda», *Oremus* más tarde, estudiante, aficionadillo, «taurino», hasta aquel instante; y en él me detuve, como para afianzarme en la realidad, en una realidad que tenía demasiadas apariencias de ensueño para que la aceptase como tal.

Indudablemente lo que me ocurría era algo absurdo; la aventura asumía todos los caracteres de un capítulo novelesco y me resistía a creer que en la existencia cotidiana tales capítulos fuesen posibles. Hubiérase tratado de amor, nada más que de amor, y mi extrañeza no habría sido tanta. Sabía a qué atenerme respecto al concepto que la mujer moderna tiene de eso, y sin pensar más que en mí ya había bastante para mi edificación; pero que se tratara de matrimonio era desconcertante para mí. Amor, nada más que amor, en el sentido un poco arbitrario y convencional, que hace de esa palabra un eufemismo, ya sabía yo que era para la mujer de ahora poco más o menos lo que ha sido para el hombre de siempre, una cosa intrascendente, que puede empezar y acabar en pocas horas; pero el matrimonio, en países como el nuestro, sin divorcio po-

sible, tiene suma trascendencia, sobre todo para ella, y que ésta quisiera contraerlo de «inspiración», sin conocerme más que de vista, por el solo hecho de que su «corazón se lo dijera», me parecía muy halagador, desde luego; pero, lo repito, demasiado absurdamente novelesco, para aceptar la idea con la efusión que era del caso; y quedé perplejo: una perplejidad que se asemejaba extraordinariamente a la estupefacción.

Hasta tal punto que, ahora mismo, al evocar estos recuerdos, yo no sé si transcribo de un modo fidedigno nuestro diálogo ni tampoco si realmente las impresiones que me atribuyo fueron las experimentadas entonces o las que me parece que debí de experimentar, y estoy haciendo novela en vez de ceñirme al papel de narrador de episodios vividos que desde el comienzo he asumido. Si eso me ocurre lo sentiría doblemente, porque no siento veleidades literatescas y caer en pecado de literaturismo me dolería de verdad.

—¿Pero usted se querría casar conmigo?—volví a preguntarle, como si me fuera imposible aceptar semejante idea.

—Antes contésteme usted—me ordenó ésta.

—Casarme con usted, ser su criado, servirla de lacayo... lo que usted quiera hacer de mí.

—Entonces... ve usted... ya nos podemos besar, con sombrero y todo.

Y con gracia infinita inclinó a un lado la adora-

DE LA SANGRE DEL TORO

ble cabecita, mientras yo la inclinaba al contrario, y me ofreció sus labios.

Y el augurio de *Carabina*, cuando me decidió a acompañarle a las capeas, se ha realizado en parte.

Porque en parte «como del toro», aunque sea en calidad de ganadero. Mi sino es vivir de su sangre, y lo acepto gustoso.

Y adorando a mi Margarita y adorado de ella, recordando a veces mis andanzas juveniles, desde mi infancia en Bernia a mis años de Madrid, arrepentido de muchas y satisfecho de otras, dejo pasar el tiempo, a ver si entretanto las cosas de la política se arreglan, y al llegar a la madurez me calzo un acta de senador.

¿No sería un bonito final en mi poco accidentada, pero muy tortuosa carrera?

F I N

Febrero de 1928.